

LECTULANDIA

**FREDERIK POHL
ARTHUR C. CLARKE
ISAAC ASIMOV**
La estrella



25

Lectulandia

Terry Carr concibió esta antología de relatos desde un planteamiento unitario: todos tienen por centro el tema de Navidad y la Estrella de Belén. Sobre este punto de partida, algunos de los más destacados cultivadores de la ciencia-ficción nos dan su visión particularísima de una Navidad extraterrestre, La carga de tradiciones y leyendas aparentemente inmovibles que lleva consigo la celebración religiosa sirve de estímulo a los autores y, al mismo tiempo acentúa la dificultad de este tour de force que tiene mucho de juego intelectual, de ruptura desmitificadora o de búsqueda circunstancial de una salida a la crisis de creación que desde hace unos años parece afectar al género, Isaac Asimov, Arthur C. Clarke y, sobre todo, Frank M. Robinson que logra una verdadera obra maestra de humor desmitificador en *El planeta de Santa Claus*, son algunos de los colaboradores de este conjunto de relatos, verdaderamente insólito en el panorama de la ciencia ficción.

Lectulandia

AA. VV.

La estrella

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 25

ePub r1.0

Titivillus 29.01.15

Título original: *To Follow a Star*
AA. VV., 1978
Traducción: Antonio-Prometeo Moya

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

¿Una antología de Ciencia-Ficción sobre Navidad? Parece desde luego sorprendente porque la Ciencia-Ficción es una literatura del futuro, mientras que la Navidad celebra un acontecimiento del pasado; la Ciencia-Ficción se caracteriza habitualmente por su énfasis sobre el pensamiento científico, en tanto que la Navidad es un motivo religioso; la Ciencia-Ficción, finalmente, versa sobre la adaptación de la humanidad al cambio, mientras que la Navidad es un tiempo de afirmación de unos valores inmutables.

Y, sin embargo, pensándolo bien, son precisamente esas contradicciones aparentes las que hacen tan fascinante esta colección de relatos: en la buena ficción la fuerza brota del conflicto entre opuestos.

Es probable que sea eso lo que ha movido a los más finos escritores de Ciencia-Ficción a tratar el tema de la Navidad. En un Mundo cada vez más dominado por la ciencia ¿cómo pueden verse afectadas nuestras convicciones religiosas? Al viajar hacia nuevos planetas ¿estarán nuestras tradiciones sometidas a cambios inesperados? El hecho de encontrarnos con criaturas extrañas de otros sistemas planetarios ¿nos capacitará para comunicarles lo que significa para nosotros la Navidad?

Estas preguntas resultan fascinantes y los relatos que arrancan de las mismas son a veces divertidos y con frecuencia conmovedores. Pienso que el lector se verá sorprendido por las especulaciones que encontrará en este libro... Y tal vez descubrirá nuevos puntos de vista sobre una de nuestras creencias más queridas.

TERRY CARR

LA ESTRELLA

de Arthur C. Clarke

The Star

Solemos alardear de conocer el universo mejor de lo que lo conocemos realmente... aunque hay ocasiones en que nos topamos con cosas que ponen en entredicho nuestras creencias más básicas. Y, a veces, hasta la fe en Dios puede tambalearse.

Arthur C. Clarke, acaso más conocido por su novela *2001: Una odisea del espacio*, ha ganado dos premios Hugo, dos Nebula y un International Fantasy. Ganó su primer premio Hugo por el relato que sigue.

Hay tres mil años luz hasta el Vaticano. En otro tiempo creía que el espacio no podía alterar la fe; y lo creía al igual que consideraba fuera de duda el que los cielos cantaran la gloria de la obra de Dios. A la sazón he visto esa obra y mi fe se encuentra considerablemente minada.

Contemplo el crucifijo que pende en la pared de la cabina sobre el ordenador Mark VI y por primera vez en mi vida me pregunto si no será un símbolo vacuo.

No he hablado con nadie todavía, pero la verdad no puede ocultarse. Los datos existen para que alguien los observe, registrados como están en millas incontables de cinta magnética y miles de fotografías que llevamos de regreso a la Tierra. Otros científicos las interpretarán tan fácilmente como yo; más fácilmente, sin duda. No soy quien para simular la manipulación de la verdad que tan pésimo prestigio proporcionó a mi orden en los días pasados.

La tripulación está ya bastante deprimida; me pregunto cómo se tomarán esta última ironía. Pocos de cuantos la componen tienen una fe religiosa, y, no obstante, no se aprovecharán de este arma definitiva usándola contra mí; guerra privada, honrada pero fundamentalmente seria, que ha tenido lugar durante todo el trayecto desde que salimos de la Tierra. Era divertido tener a un jesuita de Primer Astrofísico. El doctor Chandler, por ejemplo, nunca pudo asimilarlo del todo (¿por qué serán ateos tan notorios los hombres entregados a la medicina?). A veces me encontraba ante el tablero de observación, donde las luces permanecen siempre amortiguadas y el resplandor de las estrellas con gloria inalterada. Se me acercaba entonces y se quedaba contemplando el exterior por la gran escotilla oval, mientras los cielos giraban con lentitud en torno de nosotros a medida que la nave se balanceaba de punta a punta con la escora que no nos habíamos molestado en corregir.

—Bueno, padre —acababa diciendo al final—. Esto prosigue una eternidad tras otra; acaso lo hizo Alguien. Sin embargo ¿cómo puede creer usted que ese Alguien ha de tener un interés especial en nosotros y en nuestro miserable mundillo? Esto es lo que no puedo entender —comenzaba entonces la disputa, mientras las estrellas y las nebulosas giraban en derredor de nosotros en silenciosos e infinitos arcos que se abrían del otro lado del plástico de la escotilla de observación.

En mi sentir, era la aparente incongruencia de mi posición lo que, de veras, divertía a la tripulación. En vano argumentaba yo con mis tres artículos en el *Diario Astrofísico* y mis cinco de *Noticias Mensuales de la Real Sociedad Astronómica*. Les recordaba que nuestra orden había conseguido no poca fama por sus trabajos científicos. Podíamos quedar pocos ya, pero desde el siglo XVIII habíamos hecho aportaciones a la astronomía y la geofísica que no podían ni siquiera evaluarse.

¿Dará al traste con mil años de historia mi informe sobre la Nebulosa del Fénix? Me temo, empero, que dará al traste con muchas más cosas.

No sé quién bautizó a la nebulosa con ese nombre que tan malo me parece. Si contiene una profecía, ésta no podrá verificarse hasta dentro de mil años. Hasta la palabra «nebulosa» es equívoca, ya que el Fénix es mucho más pequeño que esas

magníficas acumulaciones de gas (la materia de las estrellas nonatas) que se esparcen por toda la longitud de la Vía Láctea. En escala cósmica, por supuesto, la Nebulosa del Fénix es una cabeza de alfiler, una tenue cáscara de gas que rodea a una estrella única.

O lo que queda de esa estrella...

Mientras se alza por encima de las líneas del espectrofotómetro, la rubensiana pesadez de Loyola parece burlarse de mí. ¿Qué habrías hecho tú, Padre, con este conocimiento que me ha sobrevenido, tan alejado del pequeño Mundo que era todo el Universo que tú conociste? ¿Habría triunfado tu fe en la prueba, como la mía ha fallado ante ella?

Miras en la distancia, Padre, pero por mi parte he ido más allá de lo que pudieras haber imaginado cuando fundaste nuestra orden hace dos mil años. Ninguna otra nave investigadora ha ido tan lejos de la Tierra; nos encontramos en las mismísimas fronteras del Universo explorado. Nos propusimos alcanzar la Nebulosa del Fénix, lo conseguimos, y regresamos con el conocimiento sobre nuestros hombros. Desearía liberar mis hombros de esa carga, pero en vano te invoco a través de los siglos y los años luz que se alzan entre nosotros.

Las palabras son transparentes en tu libro de reglas: AD MAIOREM DEI GLORIAM dice el mensaje, pero se trata de un mensaje en que ya no puedo creer. ¿Habrías seguido creyendo tú de haber visto lo que hemos encontrado?

Por supuesto, sabíamos lo que era la Nebulosa del Fénix. Todos los años, sólo en nuestra galaxia explotaban más de cien estrellas, aumentando durante horas o días su fulgor en miles de veces antes de sumergirse en la muerte y la negrura. Son las novas ordinarias, las consabidas catástrofes del Universo. He registrado los espectrogramas y curvas de luz de docenas de ellas desde que comencé a trabajar en el observatorio lunar.

Pero tres o cuatro veces cada mil años tiene lugar algo distinto junto a lo que hasta una nova palidece con total insignificancia.

Cuando una estrella se convierte en supernova puede, durante un breve instante, apagar el brillo de todos los soles de la galaxia. Los astrónomos chinos detectaron una en 1054 sin saber de qué se trataba. Cinco siglos más tarde, en 1572, estalló una supernova en Casiopea con tanto brillo que fue visible a la luz del día. En los mil años transcurridos desde esa fecha han tenido lugar tres explosiones más.

Nuestra misión era visitar los restos de una catástrofe tal para reconstruir los sucesos que la habían precedido y, de ser posible, saber la causa. Nos adentramos con cautela en las capas concéntricas de gas que habían estallado tres mil años antes y que se encontraban todavía en expansión. El calor era inmenso y radiaba aún con feroz luz violeta, demasiado tenue empero para hacernos daño. Cuando la estrella explotó, sus estratos exteriores habían irrumpido hacia arriba con velocidad tal que habían salido por completo de su campo de gravitación. Hoy forman un caparazón hueco tan grande que puede abarcar mil sistemas solares, rodeando lo que brilla y arde en su

centro y que no es sino el objeto fantástico que es ahora la estrella: una masa blanca, más pequeña que la Tierra, pero con un peso un millón de veces mayor.

Las capas de gas brillante nos rodeaban y desvanecían la noche normal de los espacios interestelares. Volamos en el interior de una bomba cósmica que había detonado milenios atrás y cuyos fragmentos incandescentes eran todavía metralla. La inmensa escala de la explosión y el hecho de que su onda expansiva hubiera alcanzado ya un volumen de espacio de muchos billones de millas, despojaba a la escena de todo movimiento perceptible. Un ojo desnudo tardaría décadas antes de captar un movimiento en las torturadas espirales de gas; sin embargo, la sensación del estallido lo dominaba todo.

Habíamos comprobado nuestra dirección primaria horas antes y nos encaminábamos despacio a la pequeña estrella que teníamos al frente. Había sido un sol como el nuestro en otro tiempo, pero había despilfarrado en pocas horas la energía que habría mantenido su brillo durante un millón de años. A la sazón se encontraba como un tacaño desplumado que escatimara sus recursos en un intento de reparar su pródiga juventud.

Seramente, nadie esperaba encontrar planetas. Si alguno había habido antes de la explosión se habría convertido en ráfagas de vapor y su substancia se habría confundido con la estructura de la estrella misma. Pese a todo investigamos rutinariamente, como siempre que nos aproximábamos a un sol desconocido, y dimos con un Mundo diminuto que daba vueltas en torno de la estrella a una distancia inmensa. Tenía que haberse tratado del Plutón de aquel desvanecido sistema solar, dando vueltas en las fronteras de la noche. Demasiado lejos del sol central para haber conocido la vida, su distancia misma lo había salvado del destino que sin duda habían seguido todos sus compañeros.

Los fuegos de la explosión habían afectado su capa rocosa y quemado la costra de gas helado que en sus días lo habría cubierto. Aterrizamos y encontramos la bóveda.

Sus constructores habían hecho seguramente lo mismo que habríamos hecho nosotros. La señal monolítica que se erguía sobre la entrada era a la sazón una masa fundida, pero desde que tomamos las primeras fotografías desde lejos supimos que aquello había sido obra de la inteligencia. Poco después detectamos la capa de radiactividad que había quedado enterrada en la roca. Aún cuando el pilón que descollaba sobre la Bóveda hubiera sido destruido, esta capa habría permanecido, inmóvil, pero como faro eterno que llamaba a las estrellas. Nuestra nave descendió hacia aquel gigantesco ojo de buey como una flecha corre hacia la diana.

El pilón tenía que haber tenido una milla de altura cuando fue construido, pero a la sazón parecía un cabo de vela que hubiera sido derretido y convertido en amasijo de cera. Nos costó una semana pasar por la capa rocosa fundida, ya que no teníamos las herramientas apropiadas para el caso. Nuestro programa original había sido dejado de lado; aquel monumento solitario, que hablaba de un trabajo realizado a una distancia tan grande del sol destruido, sólo podía tener un sentido. Una civilización

que había sabido cercana su muerte había alzado su último adiós a la inmortalidad.

Habríamos tardado generaciones enteras en examinar todos los tesoros que encontramos en la Bóveda. Ellos habían tenido mucho tiempo para prepararla, ya que el sol había tenido que dar sus primeros avisos muchos años antes de la explosión final. Todo lo que habían querido preservar, todos los frutos de su genio, lo habían llevado a aquel Mundo distante en los días que habían precedido al fin, esperando que cualquier otra raza los encontrara y no hiciera caso omiso de ellos.

¡Si hubieran tenido un poco más de tiempo! Podían viajar con soltura de un planeta a otro, pero todavía no habían aprendido a salvar los golfos interestelares; y el sistema solar más cercano se encontraba a cien años luz de distancia.

Aun cuando no hubieran sido tan intranquilizadamente humanos como mostraban sus esculturas, no hubiéramos podido menos que admirarlos y lamentar su destino. Habían dejado miles de registros visuales y máquinas para proyectar éstos, junto con elaboradas instrucciones gráficas de las que no resultaba difícil deducir su lenguaje escrito. Examinamos muchos de aquellos registros y revivimos con ellos por vez primera en seis mil años la calidez y hermosura de una civilización que había tenido que ser superior a la nuestra de muchas maneras. Acaso habían dejado memoria sólo de lo mejor. Pero sus mundos eran encantadores y sus ciudades habían sido construidas con una gracia que se relacionaba con la de cualquiera de las nuestras. Las contemplamos en pleno funcionamiento y escuchamos su habla musical a través de las centurias. Recuerdo todavía una viva escena: un grupo de niños en un banco de extraña arena azul jugaban con las olas como los niños juegan en la Tierra.

Y hundiéndose en el horizonte, todavía cálido, amable y vitalizador, se encontraba aquel sol que pronto habría de trocarse en traidor y de olvidarse de toda aquella felicidad inocente.

Posiblemente, de no haber estado tan lejos de la Tierra y de no habernos encontrado por ende tan propensos a la soledad, no nos habríamos conmovido tanto. Muchos habíamos visto ruinas de antiguas civilizaciones en otros mundos, pero nunca nos habían afectado tan profundamente.

La tragedia era única. Para una raza, sucumbir y decaer era una cosa, como las naciones y las culturas habían hecho en la Tierra. Pero ser destruida tan completamente en pleno florecimiento, sin dejar supervivientes... ¿cómo podía conciliarse ello con la misericordia de Dios?

Mis colegas me preguntaron esto y les di las respuestas que supe. Acaso tú lo habrías hecho mejor, Pader Loyola, pero nada he encontrado en los *Ejercicios Espirituales* que pueda servirme. No habían sido malvados; no sé a qué dioses adoraban, si acaso adoraban a alguno. Pero los he visto después de muchos siglos y he contemplado durante largos instantes el empeño que pusieron en su último esfuerzo por preservarse mientras ese empeño era iluminado por el sol que estaba amenazado.

Sé las respuestas que me darán mis colegas cuando regrese a la Tierra. Dirán que

el Universo no tiene propósito ni plan, puesto que cada año explotan cien soles, en este mismo instante hay una raza en algún lugar del espacio que se encuentra en trance de extinción. Tanto si ha obrado bien como si ha obrado mal en el curso de su existencia, ello no cuenta a la hora definitiva; no hay justicia divina porque no hay Dios.

No obstante, por supuesto, cuanto hemos visto no prueba nada. Quien argumentase así estaría sometido a las leyes de la emoción, no de la lógica. Dios no necesita justificar sus actos ante los hombres. Aquel que hizo el Universo puede destruirlo cuando quiera. Es una arrogancia —peligrosamente próxima a la blasfemia— el decir lo que puede y no puede hacer.

A pesar de los mundos y las civilizaciones incluidas en esta consideración, podría haber aceptado este razonamiento. Pero hay un punto en el que la fe más profunda se resquebraja y, a la sazón, una vez hechos mis cálculos, he alcanzado ese punto.

Antes de llegar a la nebulosa nos era imposible decir cuándo se había producido la explosión. No obstante, a la sazón, gracias a la evidencia astronómica y a los registros encontrados en el planeta superviviente, he podido fechar la catástrofe con precisión. Sé en qué año llegó a la Tierra la luz despedida por aquel estruendo colosal. Sé con qué brillantez lució en los cielos terrestres la supernova cuyo cadáver relampagueaba mortecinamente tras nuestra nave. Sé también lo que ocasionó un resplandor a poca altura, antes del alba, brillando como un faro en el oriente.

Razonablemente no puede haber dudas; el viejo misterio está resuelto por fin. Sin embargo... Señor, había tantas estrellas que pudiste haber usado...

¿Qué necesidad había de llevar a aquellas gentes a la destrucción y de que el signo de su aniquilación resplandeciese sobre Belén?

NAVIDAD EN GANÍMEDES

de Isaac Asimov

Christmas on Ganimede

Deténgase un momento a pensar en los problemas que pueden afectar a los mineros de Ganímedes, satélite del planeta Júpiter, a unos 500 millones de kilómetros de la Tierra: aislados en un medio tan ajeno al nuestro, ¿cómo pueden hacer comprender nuestra Navidad a sus compañeros de trabajo oriundos del satélite? Isaac Asimov sugiere que no se trata de una empresa imposible: claro que bastante difícil y capaz de crear divertidas confusiones.

Isaac Asimov es uno de los escritores de ciencia-ficción más populares; ha sido ganador del premio Hugo y el premio Nebula por su novela *Los propios dioses* y también de varios premios Hugo especiales por su serie en torno a *Fundación* y sus múltiples artículos y libros científicos.

Olaf Johnson canturreaba entre dientes mientras sus ojos azules observaban soñadores el impresionante abeto situado en un rincón de la biblioteca. Aunque ésta era la estancia más amplia de la Base, a Olaf no le parecía demasiado espaciosa en aquella ocasión. Se inclinó con entusiasmo sobre la enorme canasta que tenía a su lado y extrajo el primer rollo de papel verde y rojo.

No se detuvo a reflexionar sobre el repentino impulso sentimental que se había apoderado de la Productos Ganimedinos, S. A., para enviar a la Base una colección completa de adornos navideños. Olaf se hallaba bien preparado para desempeñar el trabajo que se había impuesto como decorador en jefe de los temas navideños; este cargo le colmaba de satisfacción.

De repente frunció el entrecejo y masculló una maldición. La lámpara que convocaba Asamblea General empezó a lanzar destellos histéricamente. Con expresión contrariada dejó a un lado el martillo, que ya había levantado, así como el rollo de papel; se arrancó unas cuantas lentejuelas del cabello y se dirigió al departamento de los oficiales.

El comandante Scott Pelham estaba arrellanado en el sillón presidencial cuando entró Olaf. Sus dedos rechonchos tamborileaban sin ritmo sobre el cristal que cubría la parte superior de la mesa. Olaf sostuvo sin temor la mirada colérica del comandante, ya que en su departamento no había ocurrido ninguna anomalía en veinte circunvoluciones ganimedinas.

Un grupo de hombres llenó con presteza el aposento y la mirada de Pelham se endureció mientras los contaba uno a uno inquisitivamente.

—Ya estamos todos aquí —exclamó—. ¡Muchachos! Nos enfrentamos con una crisis.

Se percibió un vago movimiento. Los ojos de Olaf miraron al techo y se sintió aliviado. Por término medio, en cada circunvolución completa se originaba una crisis en la Base. Generalmente surgía al producirse un alza repentina en el cupo de oxita, o bien cuando era inferior la calidad del último lote de hojas de karen. Sin embargo, las palabras siguientes le dejaron sin aliento.

—En relación con la crisis tengo que hacer una pregunta.

La voz de Pelham tenía un profundo timbre de barítono, salpicado de estridencias, cuando estaba colérico.

—¿Qué cochino y estúpido perturbador ha contado historias de hadas a esos revoltosos astruces?

Olaf carraspeó nervioso, con lo que se convirtió en el centro de la atención general. Le oscilaba la nuez presa de repentina alarma, se le arrugó la frente como cartón mojado; temblaba.

—Yo... yo... —tartamudeó; hubo un momentáneo silencio, sus largos dedos hacían desatinados ademanes suplicantes—. Sí... quiero decir que estuve allí después que las últimas entregas de hojas de karen... ya que los astruces se movían con lentitud y...

La voz de Pelham adquirió un tono de falsa dulzura. Sonrió.

—¿Les habló a los nativos de Santa Claus, Olaf?

La sonrisa parecía insólita al igual que la mirada lobuna que lanzaba de reojo y Olaf quedó anonadado. Asintió convulsivamente.

—Oh, ¿sí? ¿Habló con ellos? Vaya, vaya, les habló de San Nicolás. Viene en un trineo volando por los aires con un tiro de ocho renos, ¿eh?

—Sí, en efecto. ¿No es verdad? —inquirió inadecuadamente Olaf.

—Y dibujó los renos para demostrar que no se trataba de un error. Y que él tiene una gran barba blanca y sus ropas son encarnadas con cenefas albinas.

—Si, señor, tiene razón —contestó Olaf estupefacto.

—Y lleva un gran saco atestado de regalos para los niños buenos, los deja caer por la chimenea y los pone dentro de los calcetines y medias.

—Exacto.

—También les dijo que está a punto de llegar. Una circunvalación más y vendrá a visitarnos.

Olaf sonrió débilmente.

—Si, mi comandante. Quería decírselo; estoy montando el árbol y...

—¡Cállese! —el comandante respiraba agitado y sibilante—, ¿sabe lo que se han imaginado esos astruces?

—No, mi comandante.

Pelham inclinó el torso sobre la mesa en dirección a Olaf y gritó:

—Quieren que Santa Claus los visite.

Se oyeron algunas risas que al punto se convirtieron en toses ahogadas ante la encolerizada mirada del comandante.

—Y si Santa Claus no los visita dejarán de trabajar —repitió—. Se producirá una huelga.

Después de estas palabras ya no se oyeron risas, ni toses contenidas, ni nada por el estilo. Si había cruzado otro pensamiento por las mentes del grupo, éste no llegó a manifestarse. Olaf expresó la idea que estaba en el ánimo de todos:

—¿Y cómo va la cuota?

—¿Que cómo va la cuota? —gruñó Pelham—. ¿Tengo que dibujarles un gráfico? Productos ganimedinos tiene que obtener cien toneladas de wolframita, ochenta toneladas de hojas de karen y cincuenta toneladas de oxita por año, o de lo contrario perderá la concesión. Supongo que ninguno de ustedes lo ignora. Se da la circunstancia que al año terminará dentro de dos circunvoluciones ganimedinas y la producción sufre un déficit del cinco por ciento con arreglo al plan establecido.

Se produjo un silencio sepulcral. Pelham prosiguió:

—Y los nativos no trabajarán si no viene Santa Claus. No habrá trabajo, ni cuota, ni concesión, ni empleos. Cuando la Compañía pierda sus derechos, perderemos los empleos mejor pagados de la organización. Adiós, muchachos... buena suerte... a menos...

Hizo una pausa y mirando fijamente a Olaf añadió:

—A menos que antes de terminar la próxima circunvolución tengamos un trineo volador, ocho renos y un Santa Claus, y por las manchas cósmicas de los anillos de Saturno, lo conseguiremos; especialmente un Santa Claus.

Diez rostros palidieron mortalmente.

—¿Tiene algún plan, mi comandante? —graznó alguien con voz trémula.

—Sí, desde luego que lo tengo —estiró las piernas y se recostó en el sillón.

Un repentino sudor frío se apoderó de Olaf Johnson al notar, cual dedo acusador, las miradas fijas de todos los presentes.

—Cuanto lo siento, mi comandante —murmuró con voz ahogada.

Pero el dedo acusador permanecía inmóvil.

Pelham penetró con paso firme en la antesala. Se despojó de la careta de oxígeno y de los fríos cilindros conectados a ella. Arrojó a un lado, una tras otra, gruesas prendas de lana y, al fin, con un suspiro de preocupación, se quitó a tirones un par de botas espaciales que le llegaban hasta las rodillas.

Sim Pierce interrumpió el cuidadoso examen de la última partida de hojas de karen y lanzó desde detrás de sus lentes una mirada esperanzadora.

—¿Qué hay? —preguntó.

Pelham se encogió de hombros.

—Les prometí la visita de Santa Claus. ¿Qué podía hacer? También les he doblado la ración de azúcar y de momento están trabajando.

Pierce agitó una enorme hoja de karen con cierto énfasis, mientras decía:

—¿Quiere decir hasta el día en que deba aparecer el prometido San Nicolás? En mi vida he oído cosa más tonta. No se podrá llevar a cabo. No habrá Santa Claus.

—Diga eso a los astruces —Pelham se hundió en una butaca y sus rasgos adquirieron una expresión pétrea—. ¿Qué hace Benson?

—¿Cree que podrá equipar ese dichoso trineo? —Pierce examinó una hoja al trasluz con aire crítico—. Mi opinión es que está chiflado. El viejo aguilucho ha descendido al sótano esta mañana y desde entonces está allí. Lo único que sé es que ha desmontado el disociador eléctrico. Si sucede algo anormal, nos quedaremos sin oxígeno.

—Bien —Pelham se incorporó con dificultad—. Por mi parte ojalá nos asfixiemos. Sería la manera más fácil de salir de este atolladero. Me voy abajo.

Salió presuroso y cerró la puerta de golpe.

En el sótano miró a su alrededor aturdido. Diseminadas por todos los sitios brillaban numerosas piezas de acero cromado. Pasó un buen rato tratando de reconocer las partes que el día anterior constituían una compacta maquinaria, un electro-disociador perfectamente montado. En el centro, en contraste anacrónico, había un polvoriento trineo de madera, con las palas encarnadas y deslucidas; Se oían martillazos procedentes de su interior.

—¡Eh, Benson! —gritó Pelham.

Un rostro tizado y sudoroso se asomó bajo el trineo y un chorro de tabaco salió disparado hacia la inseparable escupidera del ingeniero.

—¿Cómo grita de esta manera? —se quejó Benson—. Estoy haciendo un trabajo delicado.

—¿Qué diablos es éste fantástico artefacto?

—Un trineo volante. Una idea mía —el fuego del entusiasmo brilló en los húmedos ojos de Benson y mientras hablaba le surgía por la comisura de los labios la espuma del tabaco—. El trineo lo trajeron aquí en los viejos tiempos, cuando se creía que Ganímedes estaba cubierto de nieve como otros satélites de Júpiter. Todo cuanto tengo que hacer es adaptar en el fondo unos cuantos gravo-repulsores del disociador, con lo cual el trineo se hará antigravitatorio al conectar la corriente. Los compresores harán el resto.

El comandante se mordió el labio inferior dubitativo.

—¿Y funcionará?

—Por supuesto. Mucha gente ha pensado aplicar los repulsores a los viajes aéreos, pero resultan ineficaces en los campos de gran gravitación. En Ganímedes, con un tercio de gravitación y una presión atmosférica muy leve, un chiquillo podría manejarlo, incluso Johnson, aunque no lamentaría si cayera y se rompiera su maldito cuello.

—Muy bien, mire. Tenemos grandes cantidades de esa madera purpúrea aborígen. Póngase en contacto con Fim y dígame que coloque el trineo en una plataforma construida con este material. Tiene que medir unos seis metros de largo con una baranda alrededor de la parte que sobresalga.

Benson escupió y frunció el ceño bajo los espesos cabellos que le llegaban hasta los ojos.

—¿Cuál es su idea, comandante? —inquirió.

Inmediatamente se dejaron oír las risotadas de Pelham como ásperos ladridos.

—Esos astruces esperan ver los renos y los verán. Estos animales tendrán que ir montados en algo, ¿no es eso?

—Cierto... pero en Ganímedes no hay renos.

El comandante Pelham, que ya se marchaba, se detuvo un momento. Contrajo los párpados con desagrado como hacía siempre que pensaba en Olaf Johnson.

—Olaf ha salido a cazar ocho zambúes. Tienen cuatro patas, cabeza en un extremo y cola en el otro. Esto es suficiente para los astruces.

El viejo ingeniero rumió este informe y rió entre dientes de mala gana.

—Bien, me agrada la tonta distracción de su trabajo.

—A mí también —gritó Pelham.

Se alejó majestuosamente mientras Benson, mirándolo de reojo, desaparecía bajo el trineo.

La descripción que había hecho el comandante de un zambú era concisa y exacta, pero omitió detalles interesantes. Por una parte, el zambú tiene una cola larga, un hocico flexible, dos orejas que ondean elegantemente de atrás hacia adelante. Tiene dos ojos purpúreos y emotivos. Los machos están dotados de espinas de color carmesí, plegables a voluntad, que se extienden a lo largo de la columna vertebral y al parecer este ornamento es muy apreciado por las hembras de esta especie. Todo esto, combinado con una cola cubierta de escamas y un cerebro nada mediocre tendrán ustedes un zambú, o al menos lo tienen si logran capturarlo.

Precisamente, éste era el pensamiento que se le ocurrió a Olaf Johnson, al descender con cautela por una eminencia rocosa aproximándose a un rebaño de veinticinco zambúes que pastaban entre los desperdigados matorrales de una zona arenosa. Los ejemplares más próximos observaban cómo se acercaba Olaf, quien ofrecía un grotesco aspecto enfundado en pieles y con la careta de oxígeno conectada a la nariz. Como sea que los zambúes carecen de enemigos naturales se contentaban con mirar aquella extraña figura con ojos lánguidos y reprobatorios y volvieron a ronzar su provechosa pitanza.

Las nociones de Olaf respecto a la caza mayor eran incompletas. Rebuscó en los bolsillos un terrón de azúcar y cortándolo exclamó:

—Pss... Pss... michito... pss... pss... michito...

Las orejas del zambú más próximo se crisparon con desagrado. Olaf se acercó más con el terrón de azúcar en alto:

—Ven aquí, currito, ven aquí...

El zambú vio la golosina y puso los ojos en blanco.

Movió el hocico arrojando el último bocado de vegetación y avanzó olfateando con el cuello estirado. Después golpeó la palma extendida con un rápido y experto movimiento, llevándose el terrón a la boca. La otra mano de Olaf bajó rápida, pero se encontró con el vacío.

Con expresión desengañada sacó otra pieza del bolsillo:

—Ven aquí, príncipe. Acércate, Fido...

El zambú emitió un gruñido tremolante en las profundidades de su garganta. Era una manifestación placentera. Evidentemente aquel extraño monstruo que tenía ante él, después de haberse vuelto loco, se proponía alimentarlo para siempre con aquellos bocados concentrados y succulentos. Se lo arrebató de nuevo y retrocedió con la misma rapidez que la vez anterior. Pero en esta ocasión Olaf lo sujetaba con firmeza, pero el zambú también le había cazado medio dedo.

El alarido que dio Olaf denotaba que éste carecía en cierto modo de la impasibilidad necesaria requerida en tales circunstancias. Sin embargo, un mordisco que hace daño a través de espesos guantes, por supuesto, no deja de ser un mordisco.

Se abalanzó osadamente sobre el animal. Había ciertas cosas que alteraban la sangre de Johnson y el antiguo espíritu de los vikingos resurgía en él. Precisamente

una de estas cosas era el que alguien o algo le mordiera un dedo, y mucho más si este alguien o algo era un ser extraterrestre.

Los ojos del zambú observaban indecisos mientras retrocedía. Ya no le ofrecían más terrones blancos y no sabía con seguridad lo que sucedería a continuación. La incertidumbre se desvaneció con rapidez inesperada cuando dos manos enguantadas se apoderaron de sus orejas y empezaron a zarandearlas. Lanzó un agudo gañido y arremetió brioso.

Los zambúes están dotados de cierta dignidad. Les desagrada que les tiren de las orejas, particularmente cuando otros zambúes, incluyendo algunas hembras, forman un corro y miran expectantes.

El terrícola cayó de espaldas y durante un rato estuvo en esta posición. Mientras tanto el zambú se alejó unos cuantos pasos y caballerosamente permitió que Johnson se pusiera en pie.

La vieja sangre de los vikingos alcanzó un grado más alto de efervescencia en Olaf. Se restregó la parte dolorida y saltó, olvidándose de las leyes de gravitación ganimedinas. Se desplazó por el aire a un metro de altura sobre la espalda del zambú.

Asomó el miedo en los ojos del animal al observar a Olaf. El salto había sido imponente, pero al mismo tiempo también se notaba en sus órganos visuales cierta confusión. Parecía que aquella maniobra carecía de propósito.

Olaf volvió a caer de espaldas sobre los cilindros al igual que la vez anterior. Empezaba a sentirse desconcertado. Los sonidos que emitían los espectadores denotaban palpablemente su condición de risitas burlonas.

—Risitas, ¿eh? —masculló amargado—; todavía no ha empezado la lucha.

Se acercó al animal lenta y cautelosamente. Dio un rodeo, examinando el punto más conveniente para lanzar el ataque. El zambú hizo lo mismo. Olaf simuló un falso ataque. Su oponente se agachó. A continuación, este último se volvió de espaldas y Olaf se agachó a su vez.

El seco y agresivo ronquido que salía de la garganta del zambú no parecía estar en consonancia con el espíritu fraternal que generalmente reina durante la época navideña y esta actitud irreverente le recordaba a Olaf algo así como un sacrilegio.

De pronto se oyó un silbido. Olaf sintió un repentino calor en la cabeza detrás de la oreja izquierda. Esta vez dio una vuelta en el aire y cayó de nuca. Los asistentes al espectáculo prorrumpieron en un clamor que parecía un relincho de satisfacción y el zambú movió la cola triunfalmente.

Olaf se sobrepuso a la impresión de estar flotando en un espacio infinito tachonado de estrellas y se incorporó vacilante.

—¡Protesto! —exclamó—. El ataque con la cola es juego sucio.

Saltó hacia atrás esquivando otro coletazo y acto seguido se lanzó hacia la parte inferior del animal y, atrapándole las patas, con fuerza, le obligó a dar con el espinazo en el suelo. El zambú lanzó un gañido de indignación.

Ahora la lucha había entrado en una fase en la que los músculos terrícolas y

ganimedianos jugaban un papel decisivo. Olaf se manifestó como un hombre de fuerza bruta. Luchó con denuedo y por último se lo cargó a la espalda y el animal se sintió zarandeado e impotente.

Respondió vociferante y trató de demostrar sus objeciones con un coletazo bien administrado. Pero estaba situado con desventaja y la cola pasó silbando inofensiva sobre la cabeza de Olaf.

Los otros zambúes dejaron paso libre al vencedor con triste expresión en sus semblantes. Evidentemente eran muy buenos amigos del animal capturado y les era desagradable en extremo que hubiera perdido el combate. Volvieron a su quehacer gastronómico con resignación filosófica, completamente convencidos que todo era obra del destino.

Al otro lado de la prominencia rocosa, Olaf Había habilitado una cueva. Se desarrolló una breve y confusa lucha antes que Olaf lograra hacer entrar en razón al zambú. Una cuerda anudada concienzudamente fue el auxiliar más eficaz para mantenerlo quieto.

Pocas horas después cuando ya tenía en su poder los ocho zambúes, poseía una técnica depurada que sólo se adquiere tras larga experiencia. Podía haber dado a los cow-boys valiosos consejos sobre la forma de derribar cuadrúpedos recalcitrantes. También podía haber dado unas cuantas lecciones a los estibadores terrícolas, sobre tacos y juramentos simples y compuestos.

Era el día de Nochebuena y en la Base ganimedina reinaba un ruido ensordecedor y un confuso acaloramiento, como si se hubiera puesto en marcha un nuevo ingenio para registrar toda clase de sonidos. Alrededor del viejo trineo situado sobre una enorme plataforma de madera purpúrea, cinco terrícolas libraban una verdadera batalla con un zambú.

El zambú posee opiniones concretas en relación con muchas cosas y uno de sus más tenaces principios es que no va adonde no quiere ir. Esto lo demostraba palpablemente sacudiendo la cabeza, la cola, las cuatro patas, las tres espinas, en todas las direcciones y con todas sus fuerzas.

Pero los terrícolas insistieron y no con gran delicadeza. A pesar de sus angustiosos alaridos el animal, fue elevado hasta la plataforma, colocado en el lugar correspondiente y enjaezado sin remedio ni esperanza.

—Muy bien —gritó Peter Benson—. Traigan la botella.

Sujetando el hocico con una mano, Benson agitó la botella con la otra. El zambú temblaba de ansiedad y emitió temblorosos gañidos. Benson introdujo el líquido en la garganta del animal. Se oyó un gorgoteo y después un gruñido comprensivo. El animal estiró el cuello en demanda de otro trago.

—Nuestro mejor coñac —suspiró Benson.

Hubiera terminado la botella, pero la dejó cuando estaba por la mitad. Los ojos del zambú giraron rápidamente en sus cuencas; parecía como si intentara bromear.

Sin embargo, esta actitud no duró mucho tiempo, pues el metabolismo ganimedino queda afectado por el alcohol casi de inmediato. Los músculos se le contrajeron con la rigidez propia de la borrachera e hipando sonoramente se desplomó.

—Traer al siguiente —exclamó Benson.

Al cabo de una hora los ocho zambúes no eran más que estatuas catalépticas. Les ligaron a sus cabezas palas en horquilla a guisa de astas.. Producían un efecto tosco e inexacto, pero apto para el fin deseado.

En el preciso momento en que Benson abría la boca para preguntar dónde estaba Olaf Johnson, el benemérito personaje apareció entre los brazos de tres camaradas y fue conducido a la plataforma tan envarado como cualquier zambú después de la lucha. No obstante, articuló sus objeciones con la mayor claridad.

—Yo no voy a ninguna parte con este atuendo. ¿Me oye...?

En realidad había motivos para quejarse. Olaf nunca había sido atractivo, ni en sus mejores momentos, pero su condición actual era una mezcla entre una pesadilla de zambúes y una concepción patriarcal de Picasso.

Llevaba los atavíos tradicionales de Santa Claus. Éstos eran encarnados, tanto como podía permitir el papel de seda cosido a su capa espacial. El «armiño» era tan blanco como el algodón en rama; precisamente esto es lo que era. Su barba ondeaba libremente, hecha de más algodón en rama, enganchada a un lienzo que le llegaba de oreja a oreja.

Con tales aditamentos debajo y la nariz de oxígeno encima hasta la persona de ánimo más templado hubiera rehuido su mirada.

A Olaf no le habían mostrado un espejo para mirarse, pero lo que podía ver de él mismo y lo que su instinto le decía, le postraba en tal estado que la caída de un rayo fulminante la hubiera saludado con alivio.

Entre gritos y espasmos fue izado al trineo. Intervinieron otros, ayudando vigorosamente hasta que de Olaf, no quedó más que una masa retorcida de la que salían voces ahogadas.

—Dejadme —mascullaba—, dejadme —y atacaba uno a uno.

Hizo un pequeño amago para demostrar su osadía, pero cayeron sobre él numerosas manos que lo atenazaron, impidiéndole mover un dedo.

—¡Entre! —ordenó Benson.

—¡Váyase al infierno! —rugió Olaf entrecortadamente—. No quiero entrar en un artefacto patentado para un suicidio inmediato. Se puede llevar a su sanguinario trineo volante y...

—¡Oiga! —interrumpió Benson—. El comandante Pelham le está esperando al otro lado. Lo despellejará vivo si no está allí dentro de media hora.

—El comandante Pelham puede entrar en el trineo a mi lado y...

—Piense en su empleo. Piense en sus ciento cincuenta dólares semanales. Piense en Hilda allá en la Tierra que no se casará con usted si pierde el empleo.. Piense en todo eso.

Johnson pensó en aquello confusamente; pensó alguna cosa más y penetró en el trineo. Aseguró el saco con correas y puso en marcha el gravo-repulsor. Abrió el propulsor a chorro lanzando una horrible maldición.

El trineo arrancó impetuoso y Olaf no salió despedido hacia atrás por encima del artilugio, por verdadero milagro.

Se aferró a los pasadores y observó cómo las colinas circundantes subían y bajaban según los picados y rizos del inseguro trineo.

Sopló el viento y las ondulaciones se hicieron más sensibles. Cuando Júpiter apareció, su luz amarillenta iluminó todos los picos y abismos del accidentado terreno hacia cada uno de los cuales parecía dirigirse el trineo y cuando el gigantesco planeta se había alejado por completo de la línea del horizonte, la maldición de la bebida, que sale de los organismos ganimedinos, con la misma rapidez que entra, comenzó a alejarse de los zambúes.

El zambú zaguero fue el primero en despertar; se relamió la cavidad bucal, dio un respingo y desvaneció el maléfico influjo del alcohol. Después de haber tomado esta decisión, examinó lánguidamente lo que tenía a su alrededor. No le causó una impresión inmediata, Gradualmente se fue dando cuenta del hecho incontrastable de que el suelo que pisaba, cualquiera que fuere, no era el terreno firme de Ganimedes, Se inclinaba, se movía, lo cual era muy extraño.

Aunque hubiera atribuido este balanceo a su reciente orgía, no por ello dejó de mirar por debajo del barandal al cual estaba amarrado. Los zambúes jamás han muerto de ataque cardíaco, según consta en los registros sanitarios, pero éste, cuando miró abajo de sus patas estuvo a punto de romper la tradición.

El angustioso chillido de horror y desesperación que lanzó, hizo recobrar el conocimiento a los demás, cuyas cabezas, aunque doloridas, habían recobrado la conciencia.

Durante un buen rato se desarrolló una torpe, cacareante y confusa conversación, ya que los animales trataban de echar fuera de la cabeza el dolor e introducir en ella los hechos. Lograron conseguir ambos propósitos y organizaron una estampida. No era propiamente una estampida, puesto que estaban estrechamente atados. Pero si exceptuamos el detalle de su situación forzada, hicieron todos los movimientos del galope tendido. Y el trineo se volvió loco.

Olaf se cogió la barba un segundo antes de dejarla ondear libremente.

—¡Eh! —gritó,

Era tanto como sisear a un huracán.

El trineo pataleaba, saltaba y bailaba un tango histérico. Era presa de repentinos arrebatos y parecía dispuesto a estrellar su cerebro de madera contra la corteza de Ganimedes. Entretanto Olaf, a la vez que renegaba, juraba y lloraba, accionaba los propulsores a chorro.

Ganimedes daba vueltas y Júpiter se mostraba como una mancha borrosa. Quizá la bailotearte panorámica de Júpiter fue lo que indujo a los zambúes a comportarse

con más formalidad. Parecía que ya les había pasado el malestar de la borrachera. Sea como fuere, cesaron de moverse, se dirigieron los unos a los otros sublimes discursos de despedida, confesaron sus pecados y esperaron la muerte.

El trineo se estabilizó y Olaf recobró el aliento que volvió a perder de nuevo ante un curioso espectáculo: hacia arriba veía las colinas y el sólido terreno ganimedino y por debajo el oscuro cielo y la abultada figura de Júpiter.

Al ver todo esto, él también hizo las paces con la eternidad y esperó el fin.

«Astruz» es un diminutivo de avestruz y a este animal se parecían los nativos de Ganímedes, si bien hay que considerar que tienen el cuello más corto la cabeza más grande y su plumaje parece que de un momento a otro vaya a desprenderse de raíz. Hay que añadir a su retrato un par de brazos, flacos y huesudos, provistos de tres dedos rechonchos. Saben inglés, pero cuando uno los oye, preferiría que no lo hablaran.

Unos cincuenta astruces se habían agrupado en una construcción de poca altura hecha de madera purpúrea, que llamaban salón de reunión. En un sucio Banco de honor de esta estancia fétida y obscurificada por el humo de las antorchas, estaban sentados el comandante Pelham y cinco de sus hombres. Ante ellos se pavoneaba el astrúz más desaliñado de todos inflando su enorme tórax con rítmicos y explosivos sonidos. Se detuvo un momento y señaló hacia una abertura en el techo.

—Mira —graznó—. Chimenea. Nosotros hacer, entrar Sannicaus.

Pelham asintió con un gruñido. El astrúz cloqueó placentero. Señaló los pequeños sacos de hierba tejida que colgaban de las paredes:

—Mirar, calcetines, medias, Sannicaus poner regalos.

—Sí —admitió Pelham sin entusiasmo— chimenea y calcetines. Muy bonito.

Torció la boca en dirección a Sim Pierce, que estaba sentado a su lado y murmuró entre dientes:

—Si estoy media hora más en esta escombrería, me moriré. ¿Cuando llegará ese tonto?

Pierce se movió incómodamente.

—Escuche, he realizado algunos cálculos. Estamos a salvo en todo menos en las hojas de karen, en las que aún llevamos cuatro toneladas de déficit. Si logramos resolver este estúpido asunto dentro de una hora, podremos empezar un nuevo período y hacer que los astruces trabajen el doble —se echó hacia atrás y continuó—. Sí, creo que lo podremos conseguir.

—Poco más o menos —replicó Pelham sombríamente—. Y eso si llega Johnson y no nos pone en otro aprieto.

El astrúz hablaba de nuevo, pues a sus congéneres les agrada charlar:

—Todos los años Kissmess —no sabía pronunciar Christmas—, Kissmess bonito, todo el Mundo amigos. Astruz querer Kissmess. Vosotros gustar Kissmess.

—Sí, es muy bonito —refunfuñó Pelham cortésmente—. Paz en Ganímedes y

buena voluntad para los hombres, especialmente para aquéllos como Johnson. ¿Dónde diablos está ese idiota?

Cogió otro berrinche mientras el astruz saltaba unas cuantas veces de arriba a abajo de manera calculada, evidentemente para ejercitarse. Continuó saltando variando el ritmo con aburridos pasos de baile. Los puños de Pelham se crispaban de una manera extraña. Unos excitados graznidos que provenían de un agujero en la pared, dignificado con el nombre de ventana, contuvieron a Pelham de hacer una matanza de nativos.

Los astruces se agruparon en enjambres y los terrícolas lucharon por hallar un punto dominante.

Al fondo de la gran bola amarillenta de Júpiter, rugió un trineo volante tirado por ocho renos. Era muy pequeñito, pero no había duda; era Santa Claus que llegaba.

Al parecer algo funcionaba mal. El trineo, los renos y todo el conjunto, descendían a una velocidad terrible, pero volaban invertidos.

Los astruces se dispersaron en medio de una cacofonía de granizados.

—¡Sannicaus! ¡Sannicaus! ¡Sannicaus!

Salieron trepando por las ventanas como una fila de estropajos locos en movimiento... Pelham y sus hombres alcanzaron el exterior por una puerta de poca altura.

El trineo se aproximaba, se hacía más grande, daba bandazos de un lado a otro y vibraba como una rueda descentrada en vuelo. Olaf Johnson era una pequeña figura que se asía perfectamente al trineo con ambas manos.

Pelham gritaba desafortadamente, incoherente y se atragantaba cada vez que se le olvidaba respirar a través de la careta nasal en la fina atmósfera ganimedina.

De pronto se detuvo y miró fijamente con horror. El trineo seguía descendiendo veloz y ya casi se veía de tamaño natural. Si hubiera sido una flecha disparada por Guillermo Tell, no hubiera apuntado, entre ceja y ceja de Pelham, con más precisión.

—Todo el Mundo a tierra —chilló mientras se dejaba caer.

La ráfaga de viento que dejó el trineo al pasar de largo restalló penetrante contra su rostro. La voz de Olaf se oyó durante un instante chillona y confusa. Los compresores de aire dejaron una estela de vapor. Pelham temblaba en el helado suelo de Ganímedes.

Poco después se levantó lentamente, sacudiendo las rodillas como una hula hawaina. Los astruces que se habían dispersado, antes de que se les echara encima el vehículo aéreo, se agruparon de nuevo. A lo lejos el trineo giraba dando media vuelta. Pelham seguía los revoloteos y bandazos del artefacto desde que empezó a cambiar de dirección. Cabeceó e inclinándose a un lado, enfiló hacia la base y ganó velocidad.

En el interior del trineo Olaf trabajaba como un demonio. Con las piernas ampliamente abiertas balanceaba con desesperación el peso de su cuerpo. Sudaba y maldecía mientras intentaba con todas sus fuerzas evitar la panorámica de Júpiter «hacia abajo», y esto producía en el trineo oscilaciones más y más violentas.

Los bamboleos alcanzaban ahora un ángulo de 180", y Olaf sintió que su estómago le presentaba enérgicas reclamaciones.

Conteniendo el aliento apoyó todo el peso de su cuerpo sobre el pie derecho y el trineo se balanceó con más amplitud que nunca. En el punto más pronunciado de este vaivén desconectó el gravo-repulsor y la débil fuerza gravitatoria de Ganímedes Sacudió el trineo obligándole a descender. Como es natural, al ser el vehículo más pesado por el fondo, debido a la masa metálica del gravo-propulsor, adquirió la posición normal en tanto descendía.

Pero esto le causó muy poco alivio al comandante Pelham ya que, una vez más, el trineo apuntaba directamente hacia su persona.

—Cuerpo a tierra —vociferó, y de nuevo se lanzó al suelo.

El trineo silbó sobre su cabeza, crujió al tropezar contra una peña, hizo un salto de cinco metros y se paró en seco con un chasquido. Olaf salió despedido por la baranda.

Había llegado Santa Claus.

Con un profundo y tembloroso suspiro, Olaf se ajustó el saco sobre la espalda, se recompuso la barba y acarició la cabeza a uno de los sufridos y silenciosos zambúes. Podía haber sobrevenido la muerte; en verdad, Olaf no la había afrontado con serenidad, pero ahora estaba dispuesto a morir, pisando tierra firme, con nobleza, como un Johnson.

Dentro de la cabaña en la que los astruces se habían aglomerado, una vez más, un golpe en el tejado anunció la llegada del saco de los regalos de Santa Claus y un segundo batacazo la llegada del santo. Una figura espantosa apareció a través del agujero provisional.

—¡Felices Navidades! —farfulló, dejándose caer por el orificio.

Olaf fue a parar encima de los cilindros de oxígeno, como de costumbre y después los colocó en el sitio habitual.

Los astruces saltaban de arriba a abajo como pelotas de goma.

Olaf se dirigió cojeando ostensiblemente al primer calcetín y depositó una pequeña esfera deslumbrante y policromada que extrajo del saco, una de las muchas bolas que originalmente habían sido proyectadas para adornar los árboles navideños. Una a una las fue dejando en todos los saquitos disponibles.

Después de haber realizado su tarea, se sentó en cuclillas completamente agotado y siguió las sucesivas escenas con ojos vidriosos e inseguros. La jovialidad y las carcajadas de buen humor, tradición característica de la festividad de Santa Claus, estuvieron completamente ausentes en esta ocasión.

Pero la ausencia de alegría la compensaron los astruces con su extraño embelesamiento. Hasta que Olaf, entregó la última bola guardaron silencio y permanecieron sentados. Pero cuando se acabó el reparto, el aire se enrareció bajo la tensión de estridencias discordantes. En menos de un segundo la mano de cada astrúz contenía una bola.

Charlaban entre ellos violentamente y asían las bolas con cuidado, protegiéndolas

con el pecho. Después las comparaban unas con otras y formaban grupos para contemplar las más llamativas.

El astrúz más desaseado se acercó a Pelham y lo cogió por las solapas.

—Sannícaus, bueno —cacareó—. Mira, dejar huevos. Observó reverentemente su esfera y agregó:

—Ser más bonitos que huevos astruces. Ser huevos Sannícaus, ¿eh?

Con su dedo pellejudo pinchó el estómago de Pelham.

—¡No! —aulló Pelham impetuosamente—. ¡Infiernos, no...!

Pero el astrúz no le escuchaba. Ocultó la bola en las profundidades de su plumaje y continuó:

—Colores bonitos. ¿Cuánto tiempo tardar salir pequeños Sannícaus? ¿Qué comer pequeños Sannícaus?... Nosotros enseñar ser vivos inteligentes, como astruces.

Pierce agarró el brazo del comandante Pelham.

—No discuta con ellos —susurró frenético—. ¿Qué importa si ellos creen que esas bolas son huevos de Santa Claus? ¡Mire! Si trabajamos como locos, podremos alcanzar la cuota. Que empiecen a trabajar.

—Lleva razón —admitió Pelham.

Se dirigió al astrúz:

—Dígales a todos que se preparen.

Hablaba con claridad y en voz alta.

—Ahora a trabajar, ¿me comprenden? ¡Venga!, de prisa, de prisa...

Hacía ademanes con los brazos. El desastrado astrúz se detuvo de repente y dijo con calma:

—Nosotros trabajar, pero Johnson decir Kissmess y venir todos los años.

—¿No tenéis bastante con un Christmas? —masculló Pelham.

—¡No! —graznó el astrúz—, nosotros querer Sannicaus año próximo. Traer más huevos. Más otro año. Y otro, y otro, más huevos. Más pequeños Sannicaus. Si Sannicaus no venir, nosotros no trabajar.

—Hay mucho tiempo por delante. Ya hablaremos entonces. O nos volveremos todos locos o los astruces habrán olvidado la fiesta.

Pierce abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir, la cerró de nuevo, la abrió otra vez y finalmente consiguió hablar:

—Comandante, quieren que venga todos los años.

—Yo lo sé, pero el año próximo no se acordarán.

—Pero, no comprende... Un año para ellos es una revolución completa alrededor de Júpiter. Esto significa una semana y tres horas del tiempo terrestre. ¡Quieren que Santa Claus venga todas las semanas!

—¡Todas las semanas! —rugió Pelham—. Johnson les dijo...

Durante unos instantes le pareció que todo eran chispas dando saltos mortales. Se quedó sin respiración y automáticamente sus ojos buscaron a Olaf.

Olaf se quedó frío hasta el tuétano. Se levantó sobrecogido y se deslizó hacia la

puerta. Se detuvo cuando estaba en el umbral; de repente recordó la tradición.

Con la barba semidesprendida graznó:

—¡Felices Navidades y buenas noches a todos!

Corrió hacia el trineo como si todos los diablos le pisaran los talones. No eran los diablos, era el comandante Scott Pelham.

FELIZ CUMPLEAÑOS, QUERIDO JESÚS

de Frederik Pohl

Happy birthday, dear Jesus

La gente se interesa cada vez más por los bienes materiales y esto ha llevado a subrayar el interés por las características y el aspecto económico de la Navidad. Si las cosas continúan de este modo, ¿cómo será la Navidad de aquí a diez o veinte años? Frederik Pohl, maestro de la ciencia ficción satírica, ofrece aquí un agudo comentario sobre la Navidad del futuro, cuando las tiendas comienzan a celebrar las ventas de Navidad en septiembre... pero ¿quedan personas que recuerden todavía el sentido auténtico de la Navidad?

Frederik Pohl es célebre en la ciencia-ficción como editor y como escritor. *Mercaderes del espacio*, que escribió en colaboración con C. M. Kornbluth, se considera una sátira clásica de la Avenida Madison. Suele ejercer funciones editoriales para Bantam Books. Ganó el premio Nebula por su novela *Man Plus*.

Fue la Navidad más desquiciada de toda mi vida. En parte fue culpa de Heinemann, ya que me vino con una de sus ocurrencias acerca de los regalos empaquetados que, ciertamente, parecía buena, pero al igual que todas las demás ideas que paren los de la oficina principal significó dolor de cabeza para todos los demás. Pero lo que de veras me alborotó la Navidad fue la muchacha.

La oficina de personal me la envió después de haber acudido yo allí en carne y hueso y haber aporreado el mostrador tres veces consecutivas. Estábamos ya en el comienzo de la temporada y cuando ella me dijo que había presentado su solicitud tres semanas antes de que la llamaran, me disculpé y pedí línea con la oficina de personal desde mi propio despacho.

—Aquí Martin —dije—. ¿Qué demonios pasa con tus empleados? La chica es del tipo empíreo y me la habéis tenido por ahí perdida un mes por lo menos...

Crawford, el jefe de personal, me interrumpió.

—¿Has cruzado muchas palabras con ella?

—No, la verdad, pero...

—Lámame cuando lo hayas hecho —advirtió y colgó.

Volví a la oficina del almacén, donde me esperaba la hembra en cuestión con mucha paciencia, y me quedé mirándola con detenimiento. A mí me parecía bien.

Era rubia, de ojos azules y nada grandota; su sonrisa era breve y dulce. No era exactamente hermosa, pero era la clase de muchacha que a uno le gusta conocer. No era ni atontada ni procaz; que es la perfecta descripción de lo que llamamos «tipo empíreo». ¿Qué ocurría, pues, en la oficina de personal?

Se llamaba Lilymary Hargrave. La puse a trabajar en la máquina perfumadora de regalos empaquetados y me dediqué luego a lo mío. Tengo en mi departamento a unas ciento cuarenta y una personas empleadas y en plena temporada navideña suelo doblar el número de trabajadores. Pero las cosas nos salen a pedir de boca. Un ejemplo: *Saul y Capell*, un negociete que nos viene pisando los talones en cuanto a dominio comercial de la ciudad se refiere, tiene ciento sesenta empleados en el departamento de regalo y consulta y sus ventas son un veinticinco por ciento más pequeñas que las nuestras. En los cuatro años que llevo al frente del departamento no ha dejado de cumplirse a rajatabla ningún programa.

La mañana en que comenzó a trabajar la nueva empleada la pasé entera vigilándola. Era una chiquita despierta, lista, demasiado lista para aturrullarse con el perfumador. Necesitaba alguien como ella a mi alrededor y, en un momento dado, consideré que si seguía respondiendo tan bien como veía, al cabo de una semana la pondría en el mostrador de consejos, y que el diablo se llevara lo que pensasen los de personal.

El almacén estaba lleno de compradores de última hora. Creo que soy un sentimental, pero me encanta observar el gentío que entra y sale, los artículos revueltos por todas partes y las lucecitas en los árboles y los altavoces musitando: «Navidades blancas», «La última bujía del mercado» y «Campanitas de alegría», y

tantas y tantas cosas que son tradicionales. Navidad es algo más que una temporada de buenas ventas para mí: significa algo.

La chica pidió verme cerca de la hora de cerrar. Parecía cansada, y con razón. Vi una carretilla llena de regalos empaquetados y a un tipo de la sección de Envíos con cara de no saber qué pasaba. La chica dijo:

—Perdone, señor Martin, pero creo que he cometido un error.

El tipo de Envíos rió entre dientes.

—Compruébelo usted mismo, señor Martin —dijo, tendiéndome uno de los paquetes.

Lo miré. Era cierto, había un error. La nueva idea de Heinemann para aquel año consistía en una tarjeta de regalo adosada: una vulgar escena navideña y un mensaje de paz impreso:

Felicitación en el día más feliz del año

De

A

\$8,50

El precio variaba según el artículo, por supuesto. La idea de Heinemann era que el cliente la rellenase y mandase por correo a quien quisiese antes del tiempo oportuno. De este modo, la persona que recibiese la tarjeta sabría cuánto tendría que gastar en el regalo con que debía cumplimentar al remitente. Era un truco agudo, lo admito, y quizá lo más agudo de todo era el pico de los cincuenta centavos. Heinemann decía que era de poca educación el ofrecer precios redondos y puesto que los clientes preferían esta aparente imprecisión, era mejor hacerlo así.

Pero el problema estaba en que las máquinas de empaquetar regalos sólo engranaban tarjetas de modelo homogéneo, por lo que se hacía necesario poner el precio a mano.

—Muy bien, Joe —dije—. Yo me ocuparé de esto personalmente —Joe se fue satisfecho a Envíos y me encaré con la chica—. Es culpa mía. Debería habérselo explicado, pero creo que habría sido excesivo para el primer día.

Parecía abatida.

—Lo lamento —dijo.

—No hay nada que lamentar —le mostré la solapilla que el Departamento de Envíos se quedaba en calidad de resguardo para archivo una vez el paquete era enviado—. No tenemos más que seguir esta indicación; el precio está puesto en todos los resguardos. Comprobaremos las tarjetas y las seleccionaremos. Creo... —consulté el reloj—. Creo que esta noche saldrá usted un poco más tarde, pero haré que se le considere tiempo extra y se le pague por ello. No ha sido culpa suya, a fin de cuentas.

—Señor Martin —dijo con vacilación—, creo que no va a poder ser... es decir, ¿no podemos dejarlo para otro día? No es que esté cansada, sino que tengo que estar

en casa porque mi padre me espera y si no llego a tiempo no se acordará de cenar. Por favor.

Creo que fruncí el entrecejo un tanto, ya que su cara quedó un poquito contristada. Pero, después de todo, era su primer día.

—Señorita Hargrave —dije—, deje de preocuparse. Yo me ocuparé de ello.

La forma en que me ocupé de ello fue hacerlo por mi cuenta. Era ya tarde cuando acabé, de modo que comí con rapidez y fui a casa a acostarme. Pero no me importó, porque, ¡oh, si supierais qué sonrisa me dedicó al marcharse!

La mañana siguiente estuve mirando aquí y allá porque deseaba ver de nuevo a Lilymary Hargrave. Pero mi suerte parecía estar ausente, porque ella también lo estaba.

Mi brazo derecho, Johnny Furness, me informó que ni siquiera había telefonado. Llamé a los de personal para que me dieran su número telefónico, pero no lo tenían; pedí su dirección, pero la compañía telefónica afirmó que no había ningún teléfono a su nombre. Estuve paseando nervioso hasta la hora del café y entonces me calé el sombrero y salí del almacén. No era sólo que quisiera verla, me decía a mí mismo; era una obrera demasiado buena para dejar que se sintiera aturdida por un simple error y era, al mismo tiempo, cuestión de justicia que fuera a buscarla a su casa.

La casa estaba en un barrio indescriptible: ni bueno ni malo. Un grupo de críos jugaba junto a una boca de riego... aunque, por otro lado, las casas eran limpias y más o menos nuevas. Clase media, habría dicho cualquiera.

Di con el domicilio y llamé a la puerta de un apartamento del segundo piso.

Abrió un hombre alto, delgado, de unos cincuenta años aproximadamente: el padre de Lilymary, consideré.

—Buenos días —dije—. ¿Está la señorita Hargrave?

Sonrió; su rostro estaba tostado por el Sol y sus dientes eran brillantes.

—¿Cuál?

—Rubia, estatura media, ojos azules. ¿Hay más de una?

—Cuatro. Pero usted se refiere a Lilymary; ¿no quiere pasar?

Lo seguí y me encontré con una versión de Lilymary de seis años que cogió mi sombrero y lo colgó solemnemente en una percha hecha de cañas de bambú. El hombre delgado dijo:

—Soy Morton Hargrave, padre de Lily. Ella está en la cocina.

—George Martin —dije.

Asintió y se fue, a la cocina, supuse. Me senté en un sillón pasado de moda que había en la sala de estar y la niña de seis años lo hizo en el borde de una silla de rígido respaldo que se erguía enfrente de mí, sin duda para estar segura de que no iba a arramblar con ninguno de los recuerdos que había en la repisa de la chimenea. La estancia estaba llena de curiosidades: sobre todo el pedazo de tejido áspero cruzado por una lanza. Todo tenía un algo que recordaba a los mares del sur, aunque no soy un experto.

La de seis años dijo con seriedad:

—Éste es el individuo, Lilymary —y se levantó.

—Buenos días —dijo Lilymary Hargrave, con algunas manchas de harina y una expresión de interés pintada en el rostro.

Dije tartamudeando:

—Yo... este... vi que no había acudido esta mañana y, bueno, puesto que es usted nueva en la empresa, pensé...

—Perdone, señor Martin —dijo—. ¿No le dijeron nada en la sección de personal acerca de los domingos?

—¿Qué pasa con los domingos?

—He de tener los domingos libres —explicó—. El señor Crawford dijo que no era corriente, pero me es imposible aceptar el empleo de otra forma.

—¿Domingos libres? —repetí—. Pero... pero, señorita Hargrave, ¿no se da cuenta de que eso altera mis planes? ¡El domingo es el día que más trabajo tenemos! Nuestra empresa no es una tienda para ricos; nuestros clientes trabajan durante toda la semana. Si no disponemos de personal que les atienda cuando pueden acudir, no hacemos el trabajo que ellos quieren que hagamos.

—Lo lamento muchísimo, señor Martin —dijo sinceramente.

El engendro de seis años alcanzaba ya mi sombrero. El padre me dijo desde el vestíbulo:

—Venga cuando quiera, señor Martin. Nos alegraremos de verle.

Me acompañó hasta la puerta mientras Lilymary me despedía con una sonrisa y un gesto y regresaba a la cocina. Dije:

—Señor Hargrave, ¿podría pedir a Lilymary que vaya por la tarde por lo menos? Detesto parecer el patrón, pero resulta que no damos abasto los fines de semana, sobre todo ahora que tenemos la temporada encima.

—¿Temporada?

—Temporada navideña —expliqué—. Cerca del noventa por ciento del beneficio anual se consigue en la temporada navideña, y una buena parte durante los fines de semana. ¿Se lo pedirá usted? El hombre negó con la cabeza.

—Seis días trabajó el Señor —me soltó—, y el séptimo descansó. Lo siento.

Y allí estaba yo, fuera del piso y con la puerta cerrándose educada pero implacablemente a mis espaldas.

La gente está chiflada. Fui en metro hasta el almacén con un humor de perros; compré un periódico pero no lo leí, ya que cada vez que le echaba el ojo encima veía la fecha que anunciaba que la temporada navideña se acercaba y que quedaba muy poco tiempo para cubrir las cifras programadas: ocho de septiembre.

Me prometí que tendría preparado algo para espetárselo a la señorita Lilymary Hargrave cuando tuviese la amabilidad de presentarse en su trabajo. Sin embargo no ocurrió así. Porque aquella noche, mientras mascullaba acerca de los mil líos del día una vez se habían marchado todos, me enamoré de Lilymary Hargrave.

Acaso esto haya sonado a estupidez. Ella ni siquiera estaba allí y yo apenas la conocía de unas horas antes, y cuando un hombre empieza a dejar atrás los treinta y no se ha casado nunca, se empieza a pensar que es un caso difícil y que no es probable que caiga en la red de golpe y porrazo y que se enamore impetuosamente como un adolescente después de su primer divorcio barbilampiño. Como fuera, así ocurrió.

Estuve a punto de llamarla. Temblé al borde del acto, mi mano sobre el auricular del teléfono. Pero era casi medianoche y si no estaba en la cama es algo que no quería saber, de manera que me fui a dormir. Me incliné al lado del lecho y apagué el soñador antes de ponerme a dormir; tenía una soñateca corriente repleta, un modelo de lujo con quinientos sueños que me había regalado la casa la Navidad anterior. Tenía el harén de Haroun al Raschid y tres de las favoritas de Carlos II; había viajado en cohete alrededor de la Luna, buceado hasta la Atlántica, ganado todas las apuestas en las carreras y hasta me habían elegido rey del mundo. Pero lo que quería soñar a la sazón no estaba grabado en ninguna cinta: su nombre era Lilymary Hargrave.

El lunes duró una eternidad. Pero al final de la eternidad, cuando la punta del ala del ruiseñor había erosionado por completo la montaña de acero y el personal de Envíos se ponía el sombrero, el abrigo, se empolvaba la nariz o se arreglaba el cabello, me fui derecho hacia Lilymary Hargrave y le pregunté si quería cenar conmigo.

Pareció desconcertada, pero sólo un instante. Luego sonrió... Creo haber mencionado ya la dulzura de su sonrisa.

—Su proposición es fabulosa, señor Martin —dijo educadamente—, y se la agradezco infinito. Pero no puedo.

—Por favor —dije.

—Lo siento.

Pude haber rogado de nuevo y hasta haberme postrado de hinojos a sus pies, tan importante era para mí. Pero el personal estaba todavía en la tienda y no quiero ni pensar lo que habría sido el espectáculo del jefe de departamento de rodillas ante la última obrera admitida. De modo que dije escuetamente:

—Mal, mal —me despedí con un gesto y me alejé, dejando que su desconcierto me siguiera.

Despejé el escritorio, amontonando cuentas y facturas en un cajón; estaba ya a punto de salir cuando oí una voz que me llamaba:

—¡Señor Martin, señor Martin!

Ella corría hacia mí sin aliento.

—Lo lamento —dijo—, no quería gritarle, pero el caso es que telefoneé a mi padre y...

—Creí que no tenía usted teléfono —dije acusadoramente.

Parpadeó.

—Lo llamé a la rectoría —explicó—. El caso es que lo llamé y, bueno, ambos nos sentiríamos muy honrados si pudiera venir a cenar con nosotros a casa.

¡Maravillosas palabras! La apariencia entera de la sala de embalaje y expedición cambió en un momento. Me incliné tontamente ante ella sintiendo una suave aceleración cardíaca; me sentí tan contento que habría regalado una casa, tan fuerte que habría destrozado a un oso de las cavernas, cualquier cosa habría hecho. Quería gritar y cantar, pero lo que dije fue:

—De acuerdo.

Nos encaminamos al metro y en el intervalo tuve que haberle hablado de alguna cosa, pero el caso es que no recuerdo nada de cuanto dijimos, sólo que ella parecía el ángel que se encuentra en el punto más alto del más alto de los árboles navideños.

La cena estuvo bien, y había mucha, cocinada por la misma Lilymary, y creo que hice el idiota a más no poder. Estaba sentado, con la niña de seis años a un lado y Lilymary al otro, enfrente de la que tenía diez años y de la que tenía doce. El padre de las cuatro estaba en una punta; éramos los únicos varones. Creí entender que había un par de hermanos, pero no vivían con la familia. Supongo que había habido una madre en otro tiempo, a no ser que Morton Hargrave hubiera forjado a sus chicas con un molde de repostería; el caso es que la madre parecía haber muerto. Me sentía un tanto abrumado. No estaba acostumbrado a sentirme rodeado de tanta pieza femenina ni tan jóvenes como aquéllas.

Lilymary quiso entablar conversación conmigo, pero no tuvo mucho éxito. Las hermanas menores comenzaron a reírse como tontas y ella tuvo que hacerlas callar y a deslizarles ciertas observaciones en cierta clase de lengua extranjera muy peculiar: me sonó a dialecto extraño muy remoto y más tarde supe lo que era. Pero fue desconcertante, especialmente en los labios de la de los seis años y las risitas tontas. Así, no pude responder adecuadamente a las intenciones de Lilymary.

Pero todo tiene su final, hasta las cenas con niñas reidoras. Luego, el señor Hargrave y yo nos sentamos en el salón y esperamos a que las muchachas... ¿acabaran de fregar los platos?

—Señor Hargrave, ¿ha dicho que están fregando los platos? —dije desconcertado.

—Claro, claro que los están fregando —dijo—. ¿De qué otra manera podrían limpiarse?

—Vaya, señor Hargrave, pues con un lavaplatos —y lo miré de manera distinta; los negocios son los negocios; y añadí—: A fin de cuentas, estamos en temporada navideña. En mi empresa hacemos campaña de lavaplatos para que sean ofrecidos como regalo de Navidad, ¿sabe? Nosotros...

Me interrumpió con buen humor.

—Yo tengo ya mis regalos, señor Martin. Cuatro regalos que son excelentes lavaplatos.

—Pero, señor Hargrave...

—Déjese de *señor* Hargrave —la niña de seis años estaba junto a mí y me miraba con desaprobación—. *Doctor* Hargrave.

—¡Corinne! —exclamó el padre—. No le haga caso, señor Martin. Como habrá visto, no hacemos las cosas de manera muy... muy civilizada. Hemos pasado mucho tiempo en Borneo.

Las muchachas regresaban ya de la cocina. Lilymary se había quitado el delantal y estaba... de miedo.

—Señor Martin —dijo ocurrente—, ¿le gustaría oír cómo toca Corinne?

Había un piano en un rincón. Dijo con rapidez:

—Me enloquece el piano. Pero...

Lilymary rió.

—Lo hace bien —me dijo con seriedad—. Aunque esté ella delante he de confesarlo. Pero si no le gusta, dejaremos que se marche. O si lo prefiere, Gretchen y yo cantaremos un poco.

¡Por Satanás! ¿Acaso no había ningún televisor en aquella casa? Me sentía completamente desplazado, pero, claro, Lilymary seguía estando de miedo. Así que accedí y Lilymary y la doceañera llamada Gretchen cantaron canciones antiguas mientras que la seisañera llamada Corinne las acompañaba al piano. No estuvo mal. Luego, la de diez años, cuyo nombre no había oído a la sazón, recitó versos; y, por último, se me quedaron mirando todos con atención.

Me aclaré la garganta, bastante confundido. Lilymary dijo con rapidez:

—Oh, espere: usted no tiene que hacer nada, señor Martin. Se trata de una costumbre nuestra; no esperamos que los extraños se adapten a ella.

No quería que fecundara la palabra «extraño». De modo que dije:

—Pero si me gusta mucho. Quiero decir que soy bastante mediocre a la hora de entretener a mis amigos, pero... —vacilé, y vacilé porque era la cosa más acertada que había dicho; no tengo mejor voz que una cabra y, por supuesto, el instrumento que me ha enseñado a entonar es un aparato de T. V.

Pero en aquel momento recordé algo procedente de la infancia.

—¿Les gustaría —dije entusiasmado— algo apropiado para esta temporada? ¿«Una visita de Santa Claus», por ejemplo?

Gretchen dijo respondidamente:

—¿Qué temporada? No comenzamos a celebrar...

El padre la cortó:

—Adelante, señor Martin, por favor —dijo amablemente—. Nos encantaría oírlo. Me aclaré la garganta y comencé:

—*Es temporada navideña y en todos los hogares decentes
alborota ya San Nicolás con sus asistentes.
Alacenas repletas, cajones que abasto no dan*

*de tantos recuerdos empaquetados que vienen y van.
¡Navidad, alborozo, relámpago entusiasta!
¡Cuántas listas por hacer! ¡Cuánto derroche de pasta!
Tanto para...*

—¡Eh! —exclamó Gretchen con cara de pocos amigos—. Papá, eso no es...

—¡Chitón! —dijo el señor Hargrave enfadado, aunque su cara tampoco era muy cordial; pero dijo—: Por favor, prosiga.

Comencé a desear no haber abierto la boca. Me estaban mirando todos de una manera muy rara, salvo Lilymary, que constantemente miraba el suelo. Pero era demasiado tarde para retroceder. Proseguí:

*—Tanto para el dormitorio, tanto para el lavabo,
y en la cocina... ¡ya no cabe ni el pavo!
—¡Ayúdanos, Westinghouse! ¡Ayúdanos, Philips, lote completo!
¡Gallina Blanca, General Electric, subid al abeto!
Mirad a Papá con su cara risueña
mientras recorta el cupón de su postal navideña.
Tanto para la familia, tanto para las amistades.
¡Qué lista tan larga estas Navidades!
Olvidar un regalo puede ocasionar un malentendido.
Consulte si ha hecho el regalo exigido.
Y en...*

Gretchen se levantó.

—Es hora de irnos a la cama —dijo—. Buenas noches a todos.

Lilymary la contuvo.

—No es la hora. No todavía —y me miró por vez primera—. Por favor, continúe —dijo arqueando una ceja.

Seguí graznando:

*—Y en las tiendas, ¡cuántos regalos se penen en camino!
No hay palabras para explicar este torbellino.
El robot lavaplatos, el nuevo frigorífico,
el secador-teñidor, que por cierto es magnífico;
la puerta de didimio, la negra ropa interior,
¡y un televisor estereoscópico a todo color!
¡Ven, Departamento de Crédito! ¡Caja de Ahorros
y Monte de Piedad! ¡Ven Club de Navidad! ¡Ven...!*

Lilymary apartó la mirada. Me detuve y me humedecí los labios.

—No recuerdo más —mentí—. Lo siento... si...

El doctor Hargrave sacudió la cabeza como hombre que emerge de una pesadilla.

—Realmente, creo que se ha hecho un poco tarde —dijo a Lilymary—. Quizá... quizá nuestro invitado quiera un poco de café antes de irse.

Rechacé el café y Lilymary me acompañó hasta el metro. No hablamos mucho.

En la entrada de la boca del metro nos estrechamos la mano.

—Ha sido una velada agradable —dijo.

Un grupo de cantores de villancicos se acercó a nosotros; di al guitarrista unas monedas. Irritado de súbito, dije:

—¿Esto no significa nada para usted?

—¿El qué?

Hice un gesto señalando a los cantores.

—Eso. La Navidad. La Navidad sentimental, apacible, cálida y entrañable. Lilymary, nos conocemos hace muy poco, pero...

—Por favor, señor Martin —me interrumpió—. Yo... yo ya sé lo que va usted a decir —parecía horrorosamente suplicante bajo la luz navideña de la iluminación roja y verde del árbol que habían plantado en la entrada del metro; sus piernas blancas y rectas, apenas ocultas por los pantalones cortos, adquirieron reflejos cromáticos; sus ojos relampaguearon; añadió—: Habrá visto que, como dice papá, estamos un poco alejados de la... civilización. Papá es misionero y hemos estado en Borneo desde que yo era pequeña. Gretchen, Marlene y Corinne nacieron allí. Para nosotros era diferente en aquel lugar —miró al árbol que se alzaba sobre nosotros y suspiró—. Es difícil acostumbrarse —dijo—. A veces lamento haber salido de Borneo.

Me miró fijamente y sonrió.

—Pero, a veces, me alegro de estar aquí —y se fue.

¿Ambigüedad? Llámesele cosa de mujeres. De cualquier modo, así lo llamé yo. Estaba cerca del inicio del sentimiento que yo deseaba experimentase ella; y, por segunda vez, dejé que los musulmanes del harén de Haroun al Raschid permanecieran inmóviles en sus estuches.

La calamidad se produjo. Mi brazo derecho, Furness, vino una mañana con cara de desánimo y una carta en un sobre que ostentaba el sello gubernamental.

—¡Felicidades! —dijo—. Lo convocan a usted para que forme parte del jurado de ciudadanos de...

—¡Deberes jurídicos! —grazné—. ¡Y en estos días! Vayamos por partes, Johnny. Voy a llamar al señor Heinemann a ver si él puede solucionar esto.

Furness negó con la cabeza.

—Lo lamento, señor Martin. Ya le pregunté antes a él; pero no puede impedirlo. Se trata de un asunto de importancia: elegir con los ojos cerrados muestras de doce

marcas de cigarrillos con filtro... y el señor Heinemann dice que no parecería honrado el desentenderse.

A todos mis problemas venía a añadirse el de la diplomacia de aquel individuo.

Lo que significaba tiempo y también que no tendría tanto como quisiera para dedicarlo a Lilymary. Comer juntos un par de veces; ocasiones extraordinarias entre ligeros intervalos de las máquinas de empaquetar obsequios; y poco más.

El caso es que no podía olvidarme de ella. Había algo en aquella mujer que me atraía. La proporción, acaso. Inexplicable, por cierto. ¿Su familia? Un horror Victoriano; pero era *su* familia. Decidí aceptarlo como fuese y me dije que por lo pronto tenía que empezar a ver cómo.

—Señorita Hargrave —dije formalmente, al salir de mi oficina; caminamos hasta un lado, debajo de las cintas transportadoras; el estruendo de las mercancías que se organizaba sobre nuestras cabezas nos proporcionaba cierta intimidad; dije—: Lilymary, ¿va a tomarse vacaciones este domingo, como de costumbre? ¿Puedo ir a visitarla? Dudó sólo un segundo.

—Pues claro —dijo con firmeza—. Será un placer para todos. ¿Para cenar?

Negué con la cabeza.

—Tengo reservada para usted una sorpresa —susurré; me miró alarmada—. Bueno, no para usted, exactamente. Para las niñas. Confíe en mí, Lilymary. ¿Quedamos a eso de las cuatro?

Le guiñé el ojo y regresé a la oficina para preparar algunas cosas. No es precisamente tranquilizador (como dije, se trataba de nuestra temporada más agitada), pero ¿de qué vale ser el jefe si no se es capaz de controlar todas las piezas? Así, me armé de un vozarrón enérgico y los de Servicios Especiales protestaron, vacilaron y finalmente aceptaron participar en una Visita especial de Santa Claus a la casa de los Hargrave el domingo por la tarde.

Una vez las crías en el bolsillo, planeé astutamente, ganarse al viejo sería cosa fácil, ¿y qué niño puede resistir una visita de Santa Claus?

Apreté el timbre, entré y caminé por la curiosa sala de estar a la moda de los mares del sur como si ya perteneciera a la familia.

—¡Feliz Navidad! —dije de buen humor al engendro de seis años que me había abierto la puerta—. Espero que las niñas estéis preparadas para una pequeña fiesta.

La niña me miró con incredulidad y desapareció. Oí que decía algo de manera estridente y en son de protesta en la estancia contigua y la voz de Lilymary se alzó firme y bien modulada. Al momento entró la misma Lilymary.

—Hola, señor Martin.

—George.

—Hola, George —tomó asiento y pasó la mano por el sofá—. ¿Le apetece un poco de limonada?

—Sí, gracias —hacía calor realmente, ya que estábamos a fines de septiembre y el lugar no parecía tener aire acondicionado. Llamó a Gretchen y ésta apareció con una jarra y algunos pasteles. Dije, como quien advierte:

—¡No te apresures, muñequita! Dentro de poco, habrá una sorpresa.

Lilymary carraspeó mientras la pequeña dejaba ruidosamente la bandeja y salía correteando.

—Yo... me gustaría que me dijese en qué consiste esa sorpresa, George —dijo—. Ya sabe, somos un poco... bueno, póngase en nuestro lugar, y me pregunto...

—No hay nada de que preocuparse, Lilymary —le aseguré—. ¿Cuánto falta para las cuatro, un par de minutos? Pues no se apure. Serán puntuales y llegarán en cualquier momento.

—¿Serán? ¿Llegarán?

Miré a mi alrededor; no había moros en la costa.

—Santa Claus y sus ayudantes —susurré.

—Santa Cla... —comenzó.

—¡Ssh! —indicé la puerta con un gesto—. Quiero que sea una sorpresa para las niñas. No me lo eche a perder, Lilymary.

Bien: ella abrió la boca; pero no tuvo oportunidad de decir nada. El timbre sonó: Santa Claus y sus ayudantes llegaban a la hora prevista.

—¡Lilymary! —gritó la de doce años al abrir la puerta—. ¡Mira!

No vas a despanzurrar a una cría por sentirse emocionada.

—¡Ho, ho, ho! —canturreó Santa Claus, entrando a saltitos—. Hola, señor Martin. ¿Es aquí?

—Claro, Santa Claus —dije triunfante—. Entradlo todo, muchachos.

La niña de doce años gritó:

—¡Corinne! ¡Marlenne! ¡Venid a ver esto! —había un extraño tono en su voz, pero no presté mucha atención; no me correspondía interferir.

Me alejé, sonriendo, a un rincón de la estancia mientras los ayudantes de Santa Claus entraban sus sacos de chucherías sobre las espaldas. Hubo «¡ho, ho, ho!» y «¡Feliz Navidad a todos!» hasta que acabé repitiéndolo mentalmente.

Lilymary me miraba al tiempo que se mordía un labio. Santa Claus la tocó en el hombro.

—Señorita, ¿dónde está la cocina? —preguntó—. ¿Aquella puerta? Muy bien; Winken, tú mete allí lo tuyo. Tú, Nod, baja y monta en un santiamén la instalación sonora y luego encárgate de la puerta. Los demás... —echó un vistazo rápido a la estancia— ...podéis ir alineando los regalos aquí y allá. ¡A trabajar, muchachos! Tenemos que hacer cuatro Visitas más esta tarde.

Imposible ver un grupo de gnomos navideños moverse más aprisa que aquéllos. En un tris se alzó el árbol y quedó lleno de estrellitas de plata, de grises Formas Correctas y Cheques del Banco de Crédito. Otro tris y los ayudantes habían colocado una nutrida serie de luces verdes y rojas que iban de la sala de estar hasta la

instalación de sonido. Tris tras, y podíamos oír a la instalación sonora que emitía cadenciosa y alegremente *Lo que quiero de Navidad es dos veces de todo* y la llevaba hasta la calle; incluso vi que algunos niños del vecindario se agrupaban en la puerta dispuestos a la diversión. Los ayudantes que ocupaban la cocina desempaquetaban pasteles navideños de azúcar coloreada y terrones de cacao, mientras recogían donativos infantiles de diez y veinticinco centavos; los ayudantes encargados de la decoración enseñaban a los niños los juguetes y chucherías a medida que los iban sacando de los sacos; y, en cuanto a Santa Claus, éste se limitaba a permanecer sentado en un trono resplandeciente.

—¡Ho, ho, ho, muchachitos míos! —decía—. ¿Qué hace trabajando vuestro papá en esta feliz temporada navideña?

Eran mi orgullo. No había allí un solo ayudante que no fuera capaz de entrar en *Saúl y Cappel* o cualquier otro establecimiento de la ciudad y llevarse consigo un Santa Claus acompañado de tropa y todo. Pero así es la vida y así es nuestra genial empresa: manos hábiles y sueldos elevados; si no lo creen ustedes, consulten nuestras ventas.

Bien. Yo quería quedarme y asistir al cogollo de la diversión, pero el domingo es un mal día para tomarse la tarde libre; de modo que me escurrí al exterior y me dirigí a la tienda. Trabajé duro durante unas cuatro horas y aproveché un momento para bajar a la sección de Servicios Especiales cuando el personal comenzó a dejarse caer por caja. La gente en que yo estaba interesado fue la última en presentar su informe, naturalmente. Santa Claus estaba evidentemente cansado; dejé que informara y cambiara sus recibos de venta antes de cogerlo por mi cuenta.

—¿Cómo te fue? —le pregunté nervioso—. ¿Te dijo algo la señorita Hargrave... bueno, la más crecida de las cuatro?

Me miró acusadoramente.

—Señor Martin, no debió meternos en esto. ¿Cómo se puede cumplir con el trabajo cuando nos mete usted en tal atolladero?

Por supuesto, no era la forma en que Santa Claus debe dirigirse al jefe de departamento, pero lo dejé estar. El tipo estaba obviamente alterado.

—Pero ¿de qué me habla?

—¡De esos Hargrave! Hablando con sinceridad, señor Martin, por la forma en que nos trataron se diría que no nos querían allí. Las niñas eran como el mismo demonio. Pero cuando llegó el viejo... ¡la leche! Se lo digo, señor Martin, he pasado once Navidades en el Departamento y jamás vi una familia con menos espíritu navideño que esos Hargrave.

El contable pidió una oportunidad porque quería cerrar el libro aquella misma noche, de manera que dejé que Santa Claus siguiera rindiendo cuentas. Por mi parte, sus palabras me habían dejado muy pensativo y estuve dándoles vueltas mientras volvía a la oficina.

No tuve que esperar mucho para comprender su sentido. Poco antes de cerrar, una

de las chicas de la oficina me llamó la atención mientras me estaba ocupando de una nueva empleada de la sección de Consejos y atendí la llamada telefónica. Se trataba del padre de Lilymary. ¿Furioso? Chispas echaba, fíjate en lo que te digo. A duras penas podía seguir el hilo de sus palabras. Frases como «corrupción de la fiesta navideña», «compraventa del gusto» y cantidad de otras semejantes se me escapaban del todo. Pero hubo una cosa que entendí a la perfección.

—Quiero que sepa usted, señor Martin —dijo con voz crispada pero clarísima—, que desde este momento deja de ser bien recibido en mi casa. Me duele mucho decírselo, señor. En cuanto a Lilymary, puede considerar esto su dimisión a partir de este mismo momento.

—Pero —dije—, pero...

Pero habían colgado ya. Y éste fue el fin de aquello.

Los de personal me llamaron al cabo de un par de días porque querían saber qué hacer con la paga de Lilymary. Les dije que le enviaran el cheque por correo; tuve en el acto otra idea y les pedí que me lo enviaran a mí. Lo envié yo mismo, adjuntando una nota de disculpa por mis chapuzas, fueran éstas cuales fuesen. Pero ni siquiera se me respondió.

Comenzó octubre y el ritmo de trabajo aumentó. Por las noches llegaba molido a casa, ponía en marcha mi soñador y me quedaba como una marmota. Sometí a la maquinita a un compás agotador; incluso pedí a nuestro agente comprador de la sección de Sueños que me consiguiera ejemplares raros y curiosos, de un orden especial: Los últimos días de Petronio Arbitro, el Diario de Casanova, la Vida de Polly Adler, etcétera, hasta que llegó el día en que el agente comenzó a mirarme de reojo cada vez que me veía llegar. Pero nada de esto resultó. Mientras dormía me rodeaba lo más erótico; pero cuando despertaba se me metía dentro la imagen fija del rostro de Lilymary Hargrave.

Octubre. La tienda hasta los topes. El coste de la vida nacional había subido un 0,00013, pero nuestras ventas habían aumentado sus beneficios en un 0,00021 sobre el año anterior. Los jefes de sección resplandecían de contento y el aire estaba atestado de pluses para todos. Noviembre. La marea llegó a su cúspide y pequeñas olitas anunciaron un suave reflejo. Los almacenes se habían quedado sin existencias y los fabricantes se echaban a reír cuando les suplicábamos algún que otro envío; pero la sección de Artículos para el Hogar estaba tan muerta como en plenas rebajas de enero. Nuestro ritmo de ventas disminuyó sólo microscópicamente, pero no tanto que amortiguase nuestra intensidad de trabajo. Lo que tenía su truco, pues exponíamos, recomendábamos e insistíamos con aquellos artículos que podíamos suministrar, y hacíamos lo posible por disuadir al cliente de comprar aquellos otros que no podíamos reponer tan fácilmente.

¿Mala política? De ningún modo. Consultando cifras, resulta que vaciamos la tienda entera cuatro veces en siete semanas. Más del cincuenta por ciento a la semana. Nuestro balance de las ventas de julio había anunciado un ligero desajuste:

de cada cien personas que habíamos esperado comprasen acondicionadores de aire, dos no lo habían hecho, pero de cada cien que tenían que comprar menaje de cocina habían comprado una y media más. Desde septiembre, *Saúl y Cappel* estaban sin más artículos de cocina que los que devolvían en otros lugares, y aun así los liquidaban nada más recibirlos.

Heinemann me llamó a su oficina.

—George —dijo—, acabo de comprobar sus estadillos. La lista de encargos incumplidos sube a más de once mil. Quiero decirle que estoy sorprendido de la manera con que usted y su departamento...

—¡Un momento, señor Heineman! —estallé—. ¡Eso no es justo! Trabajamos más de lo debido por las noches, hasta que caemos rendidos todos. Once mil es una cifra pequeña, si me permite decirlo.

Me miró con sorpresa.

—Pero si iba a decirle eso, George —dijo—. Lo que iba a hacer es felicitarlo.

Me sentí henchido. Tragué saliva.

—Bu... gracias —dije—. Bueno, lo siento, yo...

—Olvídelo, George —Heinemann me miraba pensativo—. Está usted preocupado por algo, ¿no?

—La verdad, yo...

—¿Se trata de aquella chica?

—¿Chica? —lo miré—. ¿Quién ha dicho nada de ninguna chica?

—Vamos, suéltelo —dijo de buen humor—. ¿Cree que no lo sabe la empresa entera? —consultó su reloj—. George —dijo—, no me gusta meterme en la vida privada de los empleados. Usted lo sabe bien. Pero si aquella chica es la causa de que usted las esté pasando canutas, ¿por qué no se casa con ella por un tiempo? A lo mejor es lo que le hace falta a usted. Vamos, George, confíeselo. ¿Cuándo estuvo casado por última vez? ¿Hace tres años? ¿Cinco?

Aparté la mirada.

—Nunca lo estuve —admití.

Esto lo sobresaltó.

—¿Nunca? —me observó concienzudamente unos instantes—. ¿Que usted nunca...?

—¡No, no, no! —dije con rapidez—. Nunca lo estuve. Ni tampoco he conocido una situación parecida. Siempre me pareció... bueno, un paso muy importante para darlo a la ligera.

Heinemann distendió los músculos.

—¡Ah, la juventud! —estaba de buen humor, sin duda—. Siempre con miedo de herir a la gente, ¿eh? Bueno, me ocuparé de lo mío, si eso es lo que usted quiere. Pero si yo fuera usted, George, no la dejaría escapar.

Aquello fue todo. Volví al trabajo; pero no dejé de pensar en lo que me había dicho Heineman.

Al fin y al cabo... ¿por qué no?

—¿Lilymary? —llamé.

Vaciló y se volvió a medias. Había contado con eso. Podía deducirse de ello que no se había criado en el país; desde los seis años, nuestras muchachas no hacen más que escuchar la Lección Número Uno: cuando vayas sola por la noche, *no te pares nunca*.

Se detuvo pero no mucho. Miró en mi dirección y me vio, y su expresión cambió como si le hubiera dado un garrotazo.

—George —dijo, dudó y siguió caminando.

Su cabello resplandecía como un arco iris bajo las luces de Navidad.

Estábamos a unas cuantas puertas de su casa. Miré con un poco de aprensión a ésta, pero no había ningún padre Hargrave aguardando. La seguí y le dije:

—Por favor, Lilymary. ¿Podemos hablar un momento?

—¿Para qué?

—Para... —tragué saliva—. Para excusarme.

—No hace falta ninguna excusa —dijo con amabilidad—. Pertenece a mundos distintos, George. Y esto no necesita disculpas.

—Por favor.

—Bueno —dijo por fin—, ¿por qué no?

Dimos con un banco en un pequeño parque que había del otro lado de la boca del metro. Era tarde; camiones enormes del Departamento de Sanidad vaciaban cubos de basura, mientras los vehículos cisterna regaban las calles; tuvimos que alzar las piernas cuando éstos pasaron.

Dijo de pronto:

—Tendría que regresar. He salido sólo a hacer una compra pequeña —dijo; pero se quedó.

Bueno, el caso es que me excusé y que ella me escuchó como tiene que hacerlo una dama. Y, como era una dama, dijo luego:

—No hay por qué disculparse —y esto fue todo.

Y yo sin decir todavía lo que quería decir. Y sin saber cómo empezar.

Tanteé el problema. En medio del ruido de los cubos de basura y el crujido de los incineradores, la conversación se hacía difícil.

Pero incluso con tales impedimentos, capté una frase de sus labios:

—... volver a la jungla. Aquélla es nuestra casa, George. Mi padre no quiere esperar más tiempo. Ni tampoco las niñas.

—¿Volver? —la interrumpí.

—Eso he dicho —dijo mirándome; hizo un gesto con la cabeza señalando a los trabajadores de Sanidad, ocupados con los montones de tarjetas de Navidad y echándolos a los incineradores—. En cuanto se aligere el correo —dijo— y mi padre obtenga el permiso. Hace una semana que le remitieron el visado, al menos eso le han dicho. Dijeron que, con el trasiego navideño, tardaría en llegar dos o tres semanas

más de lo acostumbrado.

Algo me subía por la garganta. Todo lo que pude decir fue:

—¿Por qué?

Lilymary suspiró.

—Allí hemos vivido, George —explicó—. Éste no es sitio para nosotros. Somos hijos de la misión y a ella sola pertenecemos, a la difusión de la buena nueva... Aunque mi padre dice que ustedes los de aquí la necesitan más que los de Borneo —me miró fugazmente—. Es decir...

Hice un gesto con la mano. Tomé aliento.

—Lilymary —dije de sopetón—, ¿quiere usted casarse conmigo?

Silencio. Ella me miraba.

—Oh, George —dijo al cabo de un instante.

Y eso fue todo; he sido capaz de ponerlo en palabras. Lo que siguió no.

No obstante, proponer un matrimonio es como comprar un número de lotería; puede que no toque el primer premio, pero siempre queda la pedrea.

Lilymary habló con su padre y se me permitió entrar en la casa. No quiero decir que fuese bien recibido, pero el doctor Hargrave era muy educado: distante, pero educado. Me ofreció café, habló de las supersticiones oníricas de los naturales de Borneo y de los viejos días de la Misión, y cuando Lilymary estuvo lista para salir, me dio la mano en la puerta.

Fuimos a cenar... Le pregunté (aunque no con la inquisición frenética que me roía el alma sino como tema de conversación) que por qué tenían que volver allí. Por los *dyaks*, dijo; eran el verdadero pueblo de su padre; lo necesitaban. Después de la muerte de la madre, su padre quiso volver a América... pero fué un error para los demás. Él estaba dispuesto a venir. Las muchachas, por supuesto, vinieron con él.

Fuimos a bailar... La besé, protegidos por las sombras, bastante más tarde. Ella vaciló pero al fin me devolvió el beso.

Resolví enviar al carajo mi soñador; sus éxtasis de cartón piedra se volvían pálidos.

—¿Sabes? —dijo al apartarse, con la voz endulzada y con una nota risueña—, en Borneo no todo es cantar himnos piadosos.

La volví a atraer hacia mí, pero ella se escurrió y desapareció la risa. Miró su reloj.

—Es hora de irme, George —dijo—. Empezamos a hacer el equipaje mañana mismo.

—Pero...

—Es hora de irme, George —dijo.

Y me besó en la puerta, pero no me invitó a entrar.

Saqué las grabaciones del soñador y las esparcí por la habitación con no poca mala leche. Horas más tardes, tras la quincuagésima intentona de penetrar en la

región de los sueños y el vigésimo cigarrillo, me levanté, encendí la luz y las busqué.

Eran poca cosa, ciertamente; pero eran todo lo que yo tenía.

¡Semana de Fiesta! La tienda estaba medio pelada. Un recadero del Departamento de Crédito vino en mi busca con un montón de fichas justo en el momento de sonar el timbre de cierre.

Las dejó en mi escritorio.

—¡Gracias a Dios! —dijo con calor—. Creí que no se iba a quedar para ver esto, señor Martin.

Les eché un vistazo como si no pasara nada. El tipo me miró sorprendidísimo, pues los empleados descorchaban ya botellas y los botones del comedor subían bocadillos a toda pastilla; el individuo se alejó.

Encontré la ficha que me interesaba. «*¡Se necesita socio!*», ponía encima de todo con triple subrayado en rojo, pero no era aquello lo que yo buscaba. Lo encontré a mitad de texto: «Se espera que abandone el país en cuarenta y ocho horas. Contratante organizado según leyes del Estado de New York como grupo misionero religioso. No consta salario en archivos. *Nota preventiva*: no nos parece recomendable económicamente, ya que...»

Dejé de leer. ¡Cuarenta y ocho horas!

Al final de la página había unas palabras a mano, de la mano misma del Gerente de Créditos: «George, ¿qué coño buscas? Es la cuarta investigación que hacemos de esa gente».

Era cierto; pero aquélla sería la última. Al cabo de cuarenta y ocho horas se habrían ido todos.

La Fiesta de Navidad fue un asco. Pero había sido una Navidad espléndida para el establecimiento; antes de que pasara media hora estaba todo el mundo borracho.

Resolví no participar en la Semana de Fiesta. Permanecí en casa la mañana que siguió, mirando por la ventana. Había comenzado a nevar y el servicio de limpieza apartaba los viejos árboles navideños. Cuando llega Navidad todo se vuelve abandono; pero mi humor no concordaba con la temporada, sino con Lilymary y el número de kilómetros que había de mi casa a Borneo.

Pasé la hoja del calendario: 25 de diciembre. El 26 partirían...

Pero no podía, repito, no podía dejarla marchar tan fácilmente. No es que quisiera intentarlo de nuevo para volver a ser detenido; no era cuestión de tentar la suerte. Yo quería verla. De pronto, ninguna otra cosa tuvo significado para mí. Así, tomé el metro aunque sabía que era embarcarme en una empresa de locos. Pero ¿qué clase de empresa era más apropiada para mi ánimo?

No estaban en casa, pero no iba a permitir que aquello me contuviera. Llamé a la puerta de al lado y obtuve un receloso y sospechoso ¿qué-quiere-usted-de—ellos? que me espetó la mujer que había abierto. Pese a todo, me dijo que acaso estuvieran en el Centro de la Comunidad, en la manzana contigua.

Y allí estaban.

El Centro de la Comunidad era un lugar de recreo, muy amplio, de ladrillo. Había piscinas para nadar, mesas de ping-pong y todo tipo de cosas que tienen por finalidad el que los niños se mantengan apartados de la calle. Así era el vecindario. En el sótano había una sala de actos; en ella se encontraban los Hargrave, todos, junto con dos docenas de personas más. Salvo las hembras Hargrave no había allí jóvenes. La sala tenía cierto aire polvoriento, de almacén, como si no se utilizase con mucha frecuencia; aunque, por lo que vi, tenían allí hasta un árbol de Navidad. Fueran quienes fuesen los demás, no parecían ser muy expertos.

Entré y me quedé en la puerta, mirando alrededor. Alguien tocaba el piano y cierto grupo entonaba algunas canciones. La música me parecía familiar, pero fui incapaz de identificar las palabras:

*Adeste fideles,
laeti triumphantes.
Venite, venite in Bethlehem.*

Las muchachas estaban sentadas juntas, en la fila del frente; el padre no estaba con ellas, pero vi por qué. Estaba en pie ante un pequeño facistol en la parte delantera.

*Natum videte, regem angelorum.
Venite adoremus, venite adoremus...*

Reconocí entonces la tonada; se trataba de un plagio velado de aquello que estuviera de moda hace tiempo, el *mambo del árbol navideño*. No fue del todo mal, sin embargo, cuando acabaron con un sonoro acorde del piano y las quince o veinte voces en una nota prolongada. Hargrave comenzó a hablar entonces.

No le presté atención. Estaba demasiado ocupado observando la nuca de Lilymary. Mi factor psi ha sido siempre bajo y ella no lo rectificó volviéndose.

Había algo que me molestaba. Creo que era cierto resplandor que procedía de la parte delantera, arriba del todo. Aparté los ojos de la rubia cabellera de Lilymary y vi, irradiando luz, al doctor Hargrave. Parpadeé y volví a mirar y vi que no era tan radiante. Supuse que se trataba de algún rayo de Sol filtrado por las claraboyas y reflejado en su rubia cabeza, pero durante un momento me produjo una sensación extraña. Sin duda me moví entonces porque el hombre me divisó. Le tembló una palabra, pero prosiguió sin más. Fue suficiente, empero. Al cabo de unos segundos, Lilymary volvía la cabeza y sus ojos se encontraban con los míos.

Ya sabía que estaba allí. Me alejé de la puerta y me senté en el escalón de la entrada.

Tarde o temprano tenía que salir.

No duró mucho mi espera. Se me acercó con una pregunta en la mirada. Había salido por voluntad propia; en el interior, su padre seguía con la charla.

Me levanté de un salto y lo dije todo de una vez:

—Lilymary, me es imposible evitarlo, pero quiero casarme contigo. Sé que lo he hecho todo mal, pero no ha sido ésa mi intención. Yo... yo no quiero que sea bajo condiciones, Lilymary. Quiero que sea de por vida. Aquí o en Borneo, no me importa. Lo único que me interesa es una cosa y ésa eres tú —era divertido: resulta que quería decirle que la amaba y me mantenía tieso y torpe, hablando con el mismo tono de voz con que solía decir a un empleado que quedaba despedido.

Pero lo entendió. Aunque no hubiera dicho una sola palabra, ella lo habría entendido igual. Abrió la boca para hablar, pero cambió de idea para, en seguida, volver a abrir la boca y decir:

—¿Qué harías en Borneo —y en el acto, tan bajo que a duras penas la oí—, querido?

¡Querido! Fue como cuando Heinemann me hizo pasar en cierta ocasión y me dijo: «¡Jefe de Departamento!» Me sentí como de dos metros de estatura.

No respondí. Me adelanté y la besé, y no fue extraño que no supiera que no estábamos solos hasta que oí la tos del padre, apenas a un metro de distancia.

Pegué un bote, pero Lilymary se volvió y lo miró completamente en calma.

—Deberías estar en el servicio, padre —le dijo con reproche.

El padre movió su enorme cabeza.

—El doctor Mausner no puede bendecir sin mí —dijo—. Tendría que estar dentro, pero..., bueno, el Señor tiene tantas cosas que perdonarnos que no creo se moleste por una más. Bueno, ¿qué pasa aquí?

—George me ha pedido que me case con él.

—¿Y?

Ella me miró.

—Yo... —comenzó, pero se detuvo.

—Yo la quiero —dije.

El padre me miró también a mí y suspiró.

—George —dijo al cabo de unos instantes—, por primera vez en mi vida no sé lo que está bien ni lo que está mal. Quizá haya sido egoísta al pedir a Lilymary que viniera conmigo y con las niñas. No es que se lo dijera así, pero tampoco niego que fuera eso lo que quería. Pero... —sonrió y su sonrisa fue amplia y cálida—. Pero hay algo que sí sé. Conozco a Lilymary; y sé que puedo confiar en ella y en la rectitud de sus decisiones —la acarició suavemente—. Lo veré después del oficio —me dijo alejándose.

En la sala, a través de la puerta que abrió, pude oír las voces que cantaban al unísono.

—Entremos a rezar, George —dijo Lilymary, y al mirarme vi que todo su corazón, toda su alma, estaban en su rostro.

No dudé más que un instante. ¿Rezar? Rezar significaba Lilymary en aquel momento, y esto a su vez significaba... bueno, todo.

De modo que entré. Estaban todos de rodillas y Lilymary me fue enseñando las palabras; y recé. Y, ¿os lo creeríais?, nunca me he arrepentido.

EL PLANETA SANTA CLAUS

de Frank M. Robinson

The Santa Claus planet

En la Tierra y en otros planetas, la lucha de los poderosos por el dominio puede durar mucho tiempo. La historia que sigue trata de una colonia terrícola perdida entre las estrellas; una colonia donde las personas se valoran solamente por la riqueza que pueden ostentar... y derrochar. En un Mundo tal, las dádivas y concesiones pueden adquirir un aspecto siniestro, incluso en fechas navideñas.

Frank M. Robinson comenzó su relación profesional con la ciencia ficción hace más de treinta y cinco años, cuando entró de empleado en las oficinas de *Amazing Stories*. Desde entonces ha escrito gran número de relatos, incluyendo las novelas *The power*, que fue filmada por la televisión, y *The glass Inferno* (en colaboración con Thomas N. Scortia), que sirvió de base de la película *El coloso en llamas*.

—Creo que la ciudad está allí, señor —dijo Hawsworthy, emitiendo las palabras entre pequeñas volutas de vapor.

El teniente Harkins aguardó a que se instaurase cierta calma en las ráfagas de nieve que soplaban en torno de él y procedió a proteger sus ojos y a mirar en la dirección que había indicado Hawsworthy. Había un menudo apiñamiento de luces en la distancia —unas dos o tres millas largas, consideró—, pero no podía tratarse más que de las parpadeantes luces de una aldea primitiva.

Suspiró, se ajustó el cuello de su pesada túnica y se volvió luego para echar una última ojeada al *Churchill*, bruñido y brillante crucero de línea que descollaba inmensamente en el valle, a unos cuantos centenares de yardas más atrás. De sus escotillas brotaba una calidez amarilla y cómoda y pudo captar retazos de los oficiales y demás miembros de la tripulación que se mantenían en la antesala mayor alrededor del engalanado árbol. Incluso creyó oír notas dispersas de villancicos y oler el ardiente y especiado aroma del ponche en el aire frío y cortante.

Nochebuena...

Se mordió los delgados labios con disgusto. Estaba fuera, lanzado a una empresa descabellada en mitad del frío, mientras en el interior del *Churchill* la conmemoración de la Navidad empezaba alegremente. Ya se había preocupado de hablar con el alférez Jarvis para que le guardase un poco de ponche, pero conociendo como conocía el entusiasmo de Jarvis por la ración mensual de licor, todo trato quedaba en el aire y de manera bien inestable.

Un repentino turbión de nieve ocultó la nave y él y Hawsworthy dieron media vuelta y echaron a andar en dirección a las débiles luces que se destacaban en el horizonte.

En el servicio, era tradicional que la nave se posara en algún planeta hospitalario durante la Navidad, pensaba Harkins. Navidad no era Navidad sin la sensación sólida de que había tierra auténtica bajo los pies, con olor de pinos y la suave nebulosa de la nieve cayendo del cielo.

Naturalmente, el entusiasmo se había desatado en toda la nave. El mando había estado ocupado toda la semana llenándola con los succulentos aromas del pavo asado sintético, de la de ciruela y las agradables especias de los pasteles de fruta. Y los de la carpintería habían empleado toda una tarde en la construcción del árbol con tacos sobrantes, que después pintaron de verde, por si a última hora se descubría la imposibilidad de conseguir un árbol natural.

Luego —hacía una hora apenas, pensó Harkins amargamente— el capitán había pedido verlo y su entusiasmo personal se desvaneció como un globo que se pincha.

El capitán había descubierto que en el planeta había cierta cultura humana, por lo que era un deber del *Churchill* el enviar una embajada a la comunidad para invitar a bordo a los miembros que hablaran terrícola, si alguno había, para presentar las credenciales de la nave a las autoridades que hubiere allí y solicitar licencia de estancia.

Y como en otro tiempo se había empapado de antropología, la embajada quedó al cargo del joven teniente Harkins. Lo que significaba que se iba a perder casi toda la fiesta. Para colmo, tenía que llevar consigo a Hawsworthy. (No es que hubiera nada de malo en Hawsworthy, pero tenía la virtud especial de hacer que cualquiera se sintiera a disgusto e inseguro de sí. Era un tipo de veinte años y desde siempre se sospechaba que sus sentimientos hacia los oficiales más jóvenes tenían más de tolerancia que de respeto.)

—No puede faltar mucho, señor. Creo que distingo ya las casas.

Las luces de la población estaban a la sazón mucho más próximas y las confusas líneas de las pequeñas edificaciones habían comenzado a destacarse de la negrura salpicada de copos de nieve.

Una empresa descabellada, pensó Harkins por vigésima vez. Los archivos habían informado que la población era poco menos que primitiva, pero tamaña circunstancia no había disuadido al capitán de enviar su embajada para hacer «las cosas bien». La tradición. Probablemente se trataría de una población piscívora, y la autoridad a la que tenía que presentar las credenciales de la nave no pasaría de ser un cuerpecillo pintarrajeado de hechicero, a la sazón acaso escondido bajo la losa del fogón.

Se encontraban ya en la cúspide de la última colina que precedía al enclave del poblado y desde allí echaron una ojeada; el pueblo poseía calles curiosamente arregladas, casas que habían dejado bastante atrás la construcción rudimentaria, mientras podían verse farolas antiguas que iluminaban las calles cubiertas de nieve.

Harkins se sintió intranquilo. No era tan primitivo como tenía que haber sido.

Entraron en la población al parecer desierta, y habían cruzado ya un par de manzanas cuando Hawsworthy se detuvo de pronto echando mano de su pistola:

—Alguien viene, teniente.

A Harkins se le subió el corazón a la boca. De una calle lateral brotaba rumor de pasos y al cabo de un momento alcanzaron a distinguir un grupo de personas. Cuatro naturales vestidos con ricas pieles caminaban en vanguardia y tras ellos avanzaba un opulento y decorado trineo tirado por un gran animal de pies planos. La comitiva se detuvo y los cuatro naturales se inclinaron.

Por vez primera advirtió Harkins que transportaban lo que evidentemente tenían que ser regalos. Grandes láminas circulares de cobre con desgarrados diseños hechos a golpe de martillo y canastas que contenían lo que parecía esqueletos de gatos vagabundos muertos no muy recientemente. Los naturales se enderezaron y ofrecieron los regalos y a continuación se alejaron para esperar, sin duda.

Harkins aceptó los regalos sin saber qué hacer, luego de lo cual se desató un espeso silencio. Hasta que surgió una voz del interior del trineo.

—No se queden parados: destruyan los regalos y a continuación entreguen las pistolas.

Harkins abrió la boca. La voz hablaba su idioma a la perfección.

Hawsworthy se mordió el labio inferior y puso cara de querer pelear.

—Si lo hacemos, señor, quedaremos inermes y a merced de esta gente. Quien avisa no es traidor.

—Por favor, déjese ver —dijo Harkins hacia el encortinado trineo.

Las cortinas dejaron paso a un hombre. Era gordo y revelaba los síntomas habituales de la vida regalada, pero sus ojos brillaban con vivacidad y su rostro era rubicundo. Tipo sanguíneo, pensó Harkins, alerta; lo manifestaba abiertamente.

—Hagan lo que he dicho y no les ocurrirá nada —apremió el individuo.

—Nos gustaría ver a las autoridades —dijo Harkins, pensando que podía ser una alternativa.

El gordo puso los brazos en jarras y alzó la testa:

—Yo soy la autoridad. Me llamo Harry Reynolds y gobierno este planeta; al menos, gobierno esta parte de él.

Harkins dirigió la información en silencio, pero en seguida acudió a él el sentido de la responsabilidad que como embajador del *Churchill* poseía. Se presentó a sí mismo e idéntica operación hizo con Hawsworthy.

—Esperemos no tener que lamentarlo.

—Tienen ustedes mi palabra —dijo Reynolds.

Harkins caviló un momento y al rato se decidió: destrozaron las láminas de cobre y las canastas y entregaron las pistolas. Hawsworthy hizo lo propio. Los naturales sonrieron, cogieron los cartuchos de los cargadores, rompieron los cañones de plástico, hicieron una reverencia y se alejaron.

Se le ocurrió entonces a Harkins que las cosas merecían examinarse. Los naturales parecían amables, un terrícola llevaba las riendas y las posibilidades de permanecer en el planeta parecían factibles.

Entonces pensó en algo más. Se encaró con Reynolds y saludó.

—Señor, los oficiales y la tripulación del *Churchill* se sentirían muy honrados si usted consintiera en celebrar la Navidad con ellos a bordo.

Reynolds aceptó con presteza y Harkins señaló el trineo.

—Le sugiero que usemos el trineo, señor; ganaríamos tiempo.

Poco después, sentado en los cálidos cojines del trineo y mientras se deslizaban por el terreno, Harkins reflexionó con orgullo que su recomendación de utilizar el trineo había sido un golpe maestro. No sólo el bobalicón de Hawsworthy se había asombrado de su viveza de pensamiento, sino que hasta parecía probable que alcanzaran la nave antes de que Jarvis se hubiera cepillado todo el ponche.

Después de todo iba a ser una noche agradable, pensó, y no poco del agrado iba a consistir en el descubrimiento que de sus procedimientos gubernativos tendría que hacer Reynolds.

Miró la rojiza cara de Reynolds con el rabillo del ojo. Sin duda había bastantes cosas de que hablar.

Una vez en el *Churchill*, los oficiales jóvenes rodearon en seguida a Reynolds.

—¿Cómo se llama este planeta, señor Reynolds? —preguntó Jarvis con un vaso

en la mano—. Imagino que tiene que ser diferente de los números y letras que aparecen siempre en los mapas.

Reynolds se llevó un dedo a la nariz y pareció pensar.

—A las primeras semanas de estar aquí pensé que merecía el nombre de Santa Claus.

—¿Santa Claus? —preguntó Jarvis desconcertado.

—Exacto. Fíjese, los nativos se han comportado como en un ceremonial en que se hacen regalos... pero esto forma parte de la historia.

Harkins forzó el comienzo:

—Cuéntenosla. En la ciudad dijo usted que gobernaba esta parte del planeta. No pude menos de maravillarme por su manera de hacerlo.

Reynolds volvió a llenar su vaso.

—Puede usted achacarlo a un poco de imaginación... y también a bastante buena suerte. Todo empezó hace treinta años, cuando volvía de un viaje de negocios y me encaminaba a Canopus. Se me reventaron las válvulas y tuve que hacer un aterrizaje forzoso en este planeta. Naturalmente, permanecí varado hasta que pude hacer las reparaciones necesarias...

Reynolds gruñó y abrió los ojos con lentitud. La cabina entera parecía dar vueltas a su alrededor e hizo esfuerzos por dominar su estómago; dio una arcada, se volvió de lado y vomitó. Después de hacerlo se le fue pasando la sensación de náusea y la cabina pareció estabilizarse, aunque quedó en sentido oblicuo. Recordó vagamente el choque y recorrió con los ojos cuanto le rodeaba. Lo que había sido equipo y comodidades habían ido a parar al otro lado de la inclinada cubierta y se habían convertido en una masa destrozada después de estrellarse contra la parte delantera del casco; no podía saber qué otros daños había como no fueran los que intuía en la sala de máquinas, por cuya puerta brotaban finas hilachas de humo azul: el humo acre que se produce cuando se quema el material aislante.

Pero la nave estaba entera, pensó malhumorado, y él vivo todavía, lo que era asombroso si se considera que había estado dando bandazos dentro del cohete como un par de dados dentro del cubilete. Movié un brazo para ver qué ocurría y a continuación el otro. Estaban entumecidos y rasguñados, y la sangre se había secado en las feas heridas, pero no tenía ningún hueso roto.

La sensación de náusea volvió a dominarlo y dio unas cuantas arcadas; luego, armándose de todo su valor, se puso en pie entre tambaleos. La escotilla lateral de la cabina más cercana al suelo estaba destrozada y por ella penetraba un aire fresco y frío. Olía bien y esto le ayudó a despejarse la cabeza. Una minuciosa inspección de la puerta le puso de manifiesto que estaba rota sin remedio, de modo que se hizo con un pedazo de pasamanos quebrado y se dedicó a desgajar los pedazos de cuarzo adheridos todavía a los quicios; luego, aturdido por las contusiones, se deslizó al exterior y saltó al suelo cubierto de hierba.

Ya en tierra, caminó hacia un riachuelo que corría no muy lejos de la nave. Utilizó media camisa para limpiarse la grasa y las heridas; con la otra mitad se fabricó vendas rudimentarias. Se sentía muy cansado cuando acabó y se sentó en la blanda ribera para hacerse una idea general de la situación.

Reparar la nave no era del todo imposible: acaso tardase dos semanas, acaso menos. Mientras tanto, estaría estancado en el planeta.

Encontró en un bolsillo un cigarrillo de autoencendido, lo expuso al aire y contempló la combustión de la punta.

Estancado.

Afortunadamente, consideró, no había ido a parar a mal sitio. Había caído en un amplio valle surcado en el centro por un torrente. Una película de hierba tachonada de extrañas flores rosadas cubría casi todo el terreno, a su vez rodeado de suaves colinas y bosques de árboles grandes cuya forma recordaba al helecho. El clima parecía cálido y templado, y el cielo era de un brillante azul tropical rasgado por jirones de nubes que se deslizaban lentamente.

Se apartó un mechón de pelo negro de la venda que le rodeaba la cabeza y frunció el entrecejo. Según su mapa estelar, los naturales del planeta eran humanos — probablemente los degenerados restos de aquellos que habían colonizado el planeta cientos de años atrás— pero pacíficos.

Mejor que lo fueran, pensó; no tenía en la nave ningún arma con que defenderse.

El calor del sol lo dejó amodorrado y dejó que sus pensamientos fueran a su aire. Dos semanas en aquel lugar y luego partiría para Canopus, donde la regañona de su mujer y la antojadiza de su hija pequeña le exigirían sin ninguna duda una extensa y detallada explicación de las causas de su demora. Probablemente no se creerían nunca la historia auténtica, así que tenía dos semanas para fraguar una aventura inverosímil que sin embargo pudieran tragarse.

Pero hasta ese momento le quedaban dos semanas de trabajo duro y solitario. En cierto modo, unas agradables vacaciones.

Cogió una hoja de verde hierba del suelo y la masticó durante un rato. Podía comenzar el trabajo al día siguiente; emplearía el día presente en descansar y recuperarse.

Así, se tendió sobre un costado y estuvo dormitando el resto del día.

Apenas había salido el sol cuando se levantó y fue a inspeccionar los desperfectos de la nave. Los reactores del fondo estaban fundidos y destrozados; los generadores tendrían que volver a cargarse; y los puntales, barandas y arandelas interiores tendrían que ser soldados.

Cogió una pala y dio vueltas alrededor del cruce de conductos tubulares, dejando que el rocío humedeciera su calzado de trabajo. Lo más prudente, pensó, sería abrir un agujero bajo los reactores traseros, dejar que el cohete se mantuviera en la parte elevada y trabajar en ellos de tan cómoda manera. En eso consistiría el trabajo más

pesado, también el más difícil y, junto con el de los generadores, el más importante.

Se puso aprensivamente el mono, hincó la pala, la alzó cargada y lanzó la carga por encima de su hombro. Era tierra fértil, muy rica, como si nunca hubiera sido utilizada. Los habitantes de aquel lugar serían sin duda ninguna estrictamente cazadores...

El sol pegaba duro y se encontró con que no hacía más que pararse para descansar. Nunca había sido un tipo musculoso, de entrada, y, magullados como tenía los brazos, no resultaba cosa fácil. Cerca del mediodía había abierto ya un pozo que le llegaba a la cintura y cuando llegó la tarde estaba ya metido hasta los hombros. Hacía tiempo que se había quitado la parte superior del mono y el sudor había empapado su camiseta e irritado algunas de las heridas que no se habían cerrado del todo.

Le quedaban todavía dos pies para alcanzar los conductos tubulares, pero tenía que descansar. Le dolía en un millar de puntos y en sus manos se habían formado ampollas, que a su vez habían reventado y vuelto a crecer. Dejó la pala a un lado y se sentó en el fresco suelo de la zanja.

Cinco minutos más tarde escuchó pasos y una voz que decía:

—Traemos regalos para el hombre del cohete.

Perplejo, miró hacia arriba, tanteando en busca de la pala por si necesitaba un arma.

Al borde del pozo había tres individuos. Dos no hacían más que mirar con los ojos alerta, su piel estaba bronceada e iban vestidos con pieles de animal ricamente decoradas. Lo observaban con minuciosa curiosidad, pero no con la curiosidad de los naturales que nunca han visto extraños con anterioridad. De ello conjeturó Reynolds, y lo hizo correctamente, que había habido otros visitantes en días pasados.

El tercer miembro del grupo —el que le había dirigido la palabra y, al parecer, el único que sabía su idioma— era una chica más bien guapa, con los típicos rasgos redondeados que tantas chicas nativas parecían poseer. La miró con un interés más que casual, notando que su falda era de tejido hecho a máquina, cuya mitad inferior procedía probablemente de una especie de bata en que los misioneros que iban de una estrella a otra solían meter sus cargas idólatras. La chica se había quitado la parte superior de la prenda, prefiriendo al parecer la caricia del sol y la libertad.

Reynolds salió del pozo, hizo una leve reverencia y mostró a continuación que sus manos estaban vacías. (¿Qué otra cosa hacer en una situación parecida?) Los hombres transportaban lo que supuso eran los regalos: delgadas láminas de cobre con toscos diseños nativos grabados en ellas, unas cuantas mantas hechas con pieles gruesas y cajas llenas de carne muy fresca que no tenía aspecto agradable.

Los nombres colocaron los regalos en el suelo, ante ellos, y retrocedieron a continuación con el rostro cruzado por sonrisas maliciosas. Al hacerlo, chapurrearon con la chica en su idioma.

—Éstos son los regalos obligatorios que mi gente, los mantanai, desean darte —

entonó ritualmente la muchacha con rostro solemne—. Regresaremos mañana para ver lo que tú nos des a cambio.

Reynolds tuvo la sospecha de que no se iba a beneficiar demasiado con aquellos regalos.

—¿Qué has querido decir con eso de regalos obligatorios? —preguntó.

Pareció que iba a darle una explicación, pero en seguida cambió de idea y sacudió la cabeza con rapidez.

Reynolds sintió que su tensión interna aumentaba. La actitud de la muchacha le confirmó que se iba a ver en dificultades.

La chica se dio la vuelta para reunirse con los dos hombres.

—Aguarda —dijo Reynolds con suavidad—. ¿Hay algún padre por aquí?

Ella negó con la cabeza de nuevo y Reynolds creyó ver un rastro de lástima en sus ojos.

—No —dijo—. El buen padre ha regresado a los cielos.

Supuso que no se estaba refiriendo a que el padre había dejado el planeta de la manera acostumbrada.

—¿Qué le ocurrió?

Ella dudó un momento y Reynolds pudo ver una leve pátina de sudor en su frente. Tras ella, los otros dos nativos sacudían la testa con impaciencia y fruncían el entrecejo.

—Él... no ganó en el juego de los Regalos.

Reynolds cocinó la cena en la fogata que hizo junto a la nave, pero había perdido el apetito y no comió mucho. Los regalos de los nativos, pensó, eran regalos griegos. Había algo sospechoso en ellos, algo muy diferente de la franqueza que usualmente mueve a hacer regalos.

Estuvo pensando preocupado durante un rato y luego se dirigió a su tosco lecho de mantas y su colchoneta de aire. Había mucho trabajo que hacer el día siguiente, con nativos o no, y necesitaba dormir.

Apenas emitió el primer ronquido cuando oyó claramente los pasos de alguien que se movía justo un poco más allá del radio luminoso alcanzado por las brasas del fuego. El ruido se fue acercando y, cogiendo la linterna eléctrica, la encendió enfocándola en la dirección de los rumores.

Allí estaba la muchacha, parpadeando ante el haz de luz.

—¿Qué quieres? —preguntó con aspereza.

Ella se humedeció los labios con nerviosismo.

—El buen padre fue amable conmigo —dijo, casi susurrando—. Tú has hecho que lo recuerde.

Las tribus primitivas solían tener por lo común muy poco miramiento con las mujeres, pensó, salvo en lo tocante a los niños que criaban o el trabajo que desarrollaban en los campos o en las labores textiles. La bondad del padre la había impresionado, al parecer.

—¿Y qué quieres ahora?

—Creí que te interesaría saber algo del Intercambio de Regalos —dijo.

Pensó cínicamente que era un gesto conmovedor, lo que acabó por apaciguarlo. Probablemente estaba corriendo un riesgo al haber acudido hasta él.

—Cuéntamelo entonces —dijo con amabilidad.

Ella se sentó a su lado y la luz procedente de la fogata despertó brillos en las partes superiores de su cuerpo.

—El padre Williams solía decir que mi gente, los mantanai, eran capitalistas primitivos —comenzó, pronunciando la penúltima palabra con vacilación—. Que, para nosotros, el cobre, las pieles y el grano no eran medios para un fin, sino un fin en sí mismo. Que nos gustaba acumular la riqueza sólo para jugar con ella y porque daba prestigio.

Se daba cuenta de que repetía al pie de la letra las palabras del padre Williams; poco significaban para ella, pero confiaba en que significaran mucho para él.

—¿Qué clase de juegos?

Ella meditó un minuto, buscando una frase apropiada.

—Utilizamos el cobre y las pieles para los desafíos —dijo con lentitud—. Puede ocurrir que un jefe organice una fiesta para otro y le ofrezca mucho cobre y muchas mantas. Si el otro jefe no destruye los regalos y le devuelve el festín, en cuyo caso habrá de darle regalos todavía mayores, queda deshonrado.

Comenzaba a comprender, consideró Reynolds. La costumbre del derroche, ostentar cuánta riqueza se poseía. Los enemigos se retaban con posesiones, no con pistolas, y el duelo proseguiría incesantemente hasta que uno de los contrincantes se declarase en bancarrota o no quisiera arriesgar más mercancías. Costumbre ciertamente apropiada para un planeta tan lozano.

—¿Qué ocurre cuando pierde uno de los jefes? —dijo.

—Si el jefe ganador lo exige, el otro puede ser conducido a la muerte. Es obligado a beber de la Última Copa un veneno que derrite los huesos. Pasan los días y el bebedor se siente más y más débil hasta que queda reducido a... una pelota —esta descripción fue acompañada de vividos gestos realizados con la mano y animadas expresiones faciales, que Reynolds encontró singularmente atractivas a pesar de la vulgaridad del término.

—¿Y qué ocurre cuando participa un extraño como yo?

Ella lo miró con tristeza.

—En ese caso, lo que está en juego es el orgullo de toda la tribu, y la pena por la derrota es siempre la muerte.

Reynolds lo digirió en silencio.

—¿Es la única manera que tienen de usar la riqueza?

La chica negó con la cabeza.

—No. La usan también para comprar una esposa, una casa o para pagar por un nieto.

La chica comenzó a mirar con nerviosismo por encima del hombro y el hombre pudo advertir que tenía miedo de ser descubierta, un miedo que comenzaba a sobreponerse al recuerdo del padre Williams. Llevó la conversación a otros temas con urgencia y descubrió, entre otras cosas, que el padre Williams le había dado el nombre cristiano de Ruth. Se preguntó con desazón qué habría ocurrido si el padre Williams hubiera sido budista o mahometano. Al cabo del rato, la chica se levantó para irse.

—Volverás alguna otra noche, ¿eh? —preguntó Reynolds arteramente, dándose cuenta repentina de que se iba a encontrar muy solo en una situación peligrosa y sin nadie con quien hablar.

Ella vaciló, alumbró una rápida sonrisa y se sumió en las tinieblas.

Una vez hubo desaparecido, Reynolds meditó sobre su situación con el corazón palpitante. A la mañana siguiente estarían de vuelta y él tendría que ofrecer regalos que se considerasen superiores a los que había recibido. Pero no tenía nada de sobra, nada a la sazón de lo que pudiera separarse.

La única solución —y se trataba de una solución apurada, advirtió sombríamente— era ir despojando de piezas a la nave y esperar satisfacer a la muchacha y disponerse para emprender el vuelo antes de que el juego mortal alcanzara su desenlace.

Al día siguiente volvieron Ruth y los representantes indígenas, acompañados de una nutrida compañía de mirones. Reynolds aguardó en la nave hasta que dieron las primeras muestras de cansancio, y entonces bajó con sus regalos.

Pero antes había que seguir cierto ritual. Había preparado una hoguera por la mañana y le prendió fuego. Luego, adelantó las pieles, los cacharros de cobre y los montones de carne que le habían dado el día anterior. Se encaró con el gentío, alzó la carne de manera bien visible y a continuación la arrojó al fuego. Los representantes se removieron pero en seguida brotó del gentío un murmullo de aprobación. Cogió las pieles asimismo, observó sus junturas, las despedazó por ellas y fue arrojando los pedazos a las llamas. Las piezas de cobre, previamente reblandecidas con ácido, no corrieron mejor suerte: una por una las fue rompiendo contra la rodilla y arrojando detrás de las pieles. La multitud gruñó aprobadoramente, pero Reynolds no se hizo ninguna ilusión. Les gustaba sin duda el «juego» limpio, pero sabían qué conclusión debía tener.

Hizo señas a Ruth para que se acercase y tradujese para los dos orondos representantes. Al hablar, lo hizo en voz alta, para que los reunidos se percataran del deje aunque no entendieran las palabras.

—Diles que los mantanai me traen regalos infantiles, que apenas pueden aceptarse; que su tribu debe de ser muy pobre si eso es todo lo que puede permitirse. Diles que los regalos que les daré van a dejar a la tribu a la altura del betún.

Entonces se puso a enumerar sus regalos. Una colchoneta de aire, dos mantas de

lana, una silla de acero tubular inoxidable. Vaciló. La gente no emitía el menor sonido, de modo que continuó aumentando la ristra. Un uniforme espacial de sarga blanca, un cofre de plata exquisita que había querido regalar conciliadoramente a su mujer y un juego de ollas relucientes que había comprado en Altair. Impresionada, la gente dejaba escapar ya algunos murmullos. Por último, en un alarde de menosprecio, añadió una chaqueta negra de cuero lustroso.

La multitud volvió a rugir con aprobación y comenzó a alejarse. Ruth asintió; por el momento había ganado. Pero sólo por el momento.

Trabajó afanosamente toda la tarde y gran parte de la noche, destacando el soplete de brillante blancura en medio de la obscuridad. No supo cuánto tiempo había pasado. Pero consideró que no podía haber sido mucho.

A la mañana siguiente fue despertado por el clamor de la multitud apiñada frente al cohete. Los nativos y una Ruth de rostro soberbio lo estaban esperando junto con una hilera de hombres con los brazos cargados de regalos.

Habían llegado los regalos retadores del día.

Una semana después de su aterrizaje forzoso, a pesar del trabajo efectuado, la reparación de la nave estaba todavía a medio hacer.

Y el juego mortal había ido progresando.

Un juego que le había comido ya todo aquello que no era estrictamente esencial para las operaciones de la nave. Arandelas, puntales metálicos, barandas, todo lo que fuese claro y brillante y bastase para aplacar la exigencia de valor de los nativos. Por supuesto, se había quedado sin vajilla, sin ropa blanca, sin utensilios para escribir y casi sin ropa. Todo esto había quedado a merced de los majaderos y opulentos prohombres del planeta que lo habían mirado con curiosidad y destrozándolo a continuación para demostrar que se trataba de artículos sin valor en comparación con lo que ellos poseían.

¿Qué le habían dado a cambio? ¿Cuántas láminas de cobre, pieles y mantas se había visto obligado a destruir? Estos artículos no significaban nada para los nativos ya que el planeta era tan fértil que había mucho, muchísimo más donde tales artículos tenían su origen.

Eran los contenidos de su nave contra los recursos de un planeta y no había la menor duda de cómo iban a acabar las cosas.

—He dejado la nave en bragas —dijo con tranquilidad.

Ruth se aproximó al fuego un poco más, jugueteando la luz amarilla en la tersura de su piel.

—Lo sé —dijo—. Has perdido el juego.

Sin embargo, no había podido remediarlo, pensó con amargura. Había jugado con lo que tenía lo mejor que había podido, analizando el sentido nativo de los valores para tener una idea de lo que más apreciaban.

—¿Cuándo vendrán por mí? —preguntó secamente.

Ella contemplaba fijamente el fuego, cuyas llamas saltarinas se reflejaban en sus ojos.

—Mañana, quizá al otro día. Pero a la semana siguiente no tendrás ya nada, salvo... —dejó la frase a medio acabar y en su lugar hubo un expresivo temblor.

Reynolds se sintió un tanto atemorizado. No había forma de salir del paso. Si huía, se alejaría de la nave y por tanto de toda oportunidad de volver a casa. Y sus probabilidades de sobrevivir solo en el planeta eran muy pocas.

—Mi padre vendrá mañana a observar —dijo Ruth.

—¿Tu padre?

Su sonrisa dejó sus dientes al descubierto.

—Mi padre. El más rico del pueblo. El jefe.

De modo que iban a acudir todos, pensó, a ver cómo se las apañaba en la gran celebración.

Entonces se percató de la expresión de la muchacha e hizo por olvidar sus propios problemas. Ella no corría mejor suerte, arriesgando su vida para proporcionarle información y haciendo lo poco que podía en su favor.

—¿Cómo reaccionó el padre Williams ante este barullo? —preguntó.

—Cuando llegó —dijo la chica—, había una gran enfermedad. El padre Williams ayudó a los mantanai y mi padre le permitió darme ropa y que me enseñase su idioma. Pero al cabo de unos pocos años lo olvidaron e hicieron que el padre Williams jugase al juego del Intercambio de Regalos —hizo una pausa y luego repitió—: Fue muy amable conmigo.

Si salía con vida de aquélla, pensó Reynolds, levantaría un monumento donde fuese en memoria del padre Williams.

Alrededor de la nave se apelotonaron a la mañana siguiente nativos de todos los tamaños y clases, buscando sitio para ver la derrota final de Reynolds y oír que éste admitía que era mayor la riqueza de la tribu. Tan interesados como corredores de bolsa que observan las cotizaciones en el tablero, pensó Reynolds. Se preguntó cómo reaccionarían algunos nativos si fueran transportados a su forma social. Con su concupiscencia de riquezas y su sagacidad para manejarlas, probablemente dominarían el Universo al cabo de un año.

Como de costumbre había preparado una hoguera que encender en seguida. Luego se preocupó de destrozarse de manera aparatosa los cacharros de cobre, las pieles, los tejidos, y los montones de comida; suficientes sin duda para alimentar al pueblo durante un mes, reflexionó.

—El pueblo de mantanai es poderoso —entonó con solemnidad, y Ruth tradujo— y sus hazañas en la captura de los *arapai* se cantan en las canciones de cazadores que pasan de padres a hijos —cogió varias pieles gruesas y ricas de uno de los montones—. Pero éstas no pueden ser las pieles de los *arapai*; antes bien, se dijera que son hediondos pellejos de ratas salvajes —y arrojó las pieles a las llamas, a las que añadió

las que quedaban; el gentío lanzó una profunda exclamación y Reynolds supo que el rostro de los jefes estaba inflamado.

Cogió una de las grandes láminas de cobre.

—He oído relatos relativos al inmenso valor del Cobre-de-Mil-Soles, y he oído elogios de muchas bocas. Si estas historias son ciertas, ¿por qué no me traéis ese cobre? ¿Por qué tengo que soportar esta asquerosa imitación que no entusiasmaría ni a un niño de seis años, esta pieza de *hunswah* aporreado? —quebró las láminas por las líneas señaladas por el paso del ácido y las arrojó al fuego. Detrás fueron el Cobre-de-la-Fiesta-de-Otoño y el Cobre-de-las-Aguas-Canoras.

Cuarenta minutos más tarde había acabado de quemarlo todo en la hoguera y recibido la aprobación de la muchedumbre.

Entonces, el jefe se le acercó, lleno de magnificencia con sus pieles ricamente decoradas. Ruth acudió tras él, con el rostro calmo y los ojos destellando miedo.

—Has destruido el poderoso cobre y las blandas pieles de los *arapai* —dijo el jefe con suavidad—, pero no eran riquezas de mucha importancia. Acaso tengas tú regalos que avergüencen a éstos, regalos que den muestra cabal de tu poder y tu inmensa riqueza.

Era una nota bien sarcástica, pues sabía con certeza que Reynolds había dejado la nave vacía.

—Tengo lo que dices —dijo Reynolds con calma, advirtiendo la mirada de sobresalto que le lanzó Ruth; señaló el montón de artefactos que había frente a la puerta del cohete y que se había pasado reuniendo casi toda la noche—. Alimentos succulentos y sabrosos, panes y viandas que alimentarán a tu tribu durante muchos días y una máquina que transformará las materias más básicas en delicadezas superescogidas.

El montón incluía todas las provisiones que tenía a bordo y su máquina de alimentos sintéticos.

Como de costumbre, la muchedumbre lanzó su exclamación de aprobación y se alejó, sabiendo que el desenlace se había limitado a posponerse.

Una vez se hubieron marchado, Reynolds pudo sentir las garras del miedo apretando su corazón una vez más. Ya no podía volver, a no ser que Ruth pudiera proporcionarle alimentos del poblado.

El día se presentó nublado, excelente para trabajar en el cohete. Las nubes amortiguaban el enervante calor del sol y Reynolds se sintió presa de un nuevo entusiasmo. Hasta el olor de la grasa quemada por su soplete llegaba a oler bien. Le quedaba un día para acabar con sus reparaciones; veinticuatro horas más y podría poner rumbo a Canopus con una explicación por su retraso que fuera tan extravagante que sonara a convincente.

Había acabado con una de las últimas tiras de un tubo de escape e iba ya a ocuparse de otra para su rápida soldadura cuando distinguió a la comitiva que se

acercaba por el valle. Estaba compuesta por el jefe, los dos representantes y Ruth. Y, como de costumbre, de los mirones de turno.

Sólo había pedido veinticuatro horas, pensó con dolor, y hasta esto se le iba a negar. Una rotación del planeta y se habría largado...

—Has de ir a casa de mi padre para la fiesta —dijo con pesar—. Planean que sea la última.

Dejó el soplete y se dispuso a seguir a Ruth al poblado. No había tenido ocasión de cambiarse de ropa para la cena, pensó con humor sombrío, ya que no le quedaba más que un par de pantalones. Todo el resto de su ropa se le había ido en «regalos».

La casa del jefe era un edificio bien construido con una abertura circular y amplia en la fachada. Debajo de esta abertura estaba el fogón, renegrido de cenizas de muchos fuegos. Por lo general se hacía otro fuego en el que se cocinaban las grandes tajadas de carne para la fiesta y se asaban los tubérculos enterrados en las brasas que rodeaban el foco de las llamas.

La fiesta era sofisticada y, en apariencia, todo el pueblo estaba invitado. La cerca estaba atestada de sudorosos nativos cuyos ojos relampagueaban cada vez que Reynolds daba un bocado a la carne o hacía el menor movimiento.

Los condenados comen buena comida, pensó Reynolds, y a él aquélla no le gustaba ni pizca.

La interminable comida llegó a una pausa y el jefe alzó los brazos pidiendo silencio. Ante esta señal, una docena de jóvenes que había en la cabaña se fue y volvió con los suministros y la máquina alimenticia que fuera el «regalo» de Reynolds de unos días antes.

—El extranjero es poderoso —dijo el jefe con solemnidad— y ha demostrado poseer mucha riqueza. Pero, ay, su riqueza no es nada al lado de la de los mantanai —uno de los hombres arrojó un puñado de comida al fuego y Reynolds contempló el humo que brotaba—. Es semejante al rocío de la mañana comparado con el océano —otro puñado—. El número de habitantes de este poblado comparado con las hierbas del valle.

Era demencial, pensó Reynolds; una manía cultural que aparentemente no se detenía ante nada. Un capitalismo frenético, pervertido hasta una forma salvaje.

El último puñado se había consumido ya en el fuego y la máquina de alimentos había quedado reducida a metal retorcido cuando el jefe se volvió a Reynolds.

—Nos llega la vez de demostrar cuán poderosos son los mantanai, cuánta es la riqueza que mana de nuestro pueblo.

Los doce jóvenes volvieron a desaparecer y a regresar con la acostumbrada variedad de dádivas, pero esta vez en increíble profusión. El gentío lanzó una exclamación y calló en el acto cuando procedió a enumerar los regalos.

—Piel de cien *arapai*, cazados en el primer período de la primavera, tratada con rama de sauce... el Cobre-de-los-Muchos-Inviernos... el Cobre-de-las-Nieves-Eternas... veintidós canastas de la caza más gorda y perfecta... el Cobre-de-las-

Multitudes-Alegres... tres canastas de lo más succulento de las bayas, notables por su exquisitez y aroma...

La sola enumeración llevó una hora y cuando hubo acabado ésta, el centro de la choza estaba ahita de canastas, pieles y ruedas de cobre.

El jefe se volvió triunfante a Reynolds.

—¿Qué nos vas a dar ahora, extranjero? Es tu turno.

Ruth acabó de traducir y se sentó en el suelo junto a él.

—No tengo nada para dar —le dijo Reynolds en voz baja.

—Entonces hemos acabado —respondió ella.

Por fin había llegado el desenlace. Reynolds estaba demasiado cansado para sentir miedo.

—Reza por mí y por el padre Williams —dijo con voz apagada.

La muchacha se encogió levemente de hombros.

—Rezaremos juntos.

Lo dijo de tal manera que el hombre la miró sobresaltado.

—¿Qué has dicho?

Ella rió con suavidad.

—Que estaremos juntos. Saben que he estado ayudándote. Mientras has jugado al juego, he estado a salvo. Pero ahora que has perdido, me ocurrirá lo que te ocurra a ti.

El gentío se había quedado ominosamente inmóvil, esperando el momento crítico en que Reynolds y Ruth fueran apresados y forzados a beber la Última Copa. Iba ya el jefe a dar la orden cuando Reynolds se puso en pie y se plantó en el centro de la estancia.

Miró ceñudamente a cuantos lo rodeaban, escupió a continuación sobre la lámina de cobre que tenía más cerca y la arrojó al fuego.

—Los regalos de los mantanai son regalos de criaturas —dijo en voz alta—. Riqueza de viejas.

Comenzó a dar patadas a los regalos como un enfurecido titán en miniatura, acercando comida y pieles hacia el fuego, hasta que las llamas alcanzaron una altura y una anchura duplicadas gracias al nuevo combustible arrojado a ellas. Los nativos que estaban más cerca de la hoguera retrocedieron precavidos.

Una vez hecho esto, el gentío lo contempló con expectación inmóvil, aguardando sus regalos en réplica.

—Yo ofrezco a cambio —dijo paladeando las palabras— la casa de muchos fuegos, la flecha de metal que viaja por entre las estrellas: mi cohete.

Hubo un rumor de estupefacción y las cabezas se agitaron con aprobación rápida.

Nuevamente había ganado, pensó Reynolds, pero la comedia había llegado a su último acto.

Ruth fue a verlo temprano a la mañana siguiente y buscaron un lugar apartado en la ribera del torrente, no muy lejos del cohete, puesto ya bajo vigilancia.

—Te comportaste como un valiente —dijo ella.

El hombre forcejeó con la inmodestia.

—Lo sé.

—Mi padre se quedó muy sorprendido.

—Ya lo sospechaba —dijo Reynolds con indiferencia.

Ella quedó inmóvil unos instantes con la mirada clavada en las aguas.

—¿No te entristece no poder volver?

—Por supuesto —dijo él automáticamente, aunque en el acto masculló otra idea.

¿Lamentaba el no poder volver? Si desapareciera, sería dado por muerto, lo que beneficiaría económicamente a su familia. Y este beneficio, ciertamente, era lo único que su familia había deseado de él.

Por otro lado, a despecho de su sentido de la ostentación y de la propiedad, los naturales del planeta no eran malas personas.

—Bueno, la verdad es que no lo sé —añadió—. Acaso, pasado el tiempo, pueda aprender a olvidar...

La chica rió y preguntó en seguida:

—¿Te gustaría ser un jefe?

Se apoyó sobre un codo y la miró con ojos inquisidores. Había dejado de sonreír.

—Pronto serás un jefe —dijo ella—. Al menos por varios días.

—¿Qué dices?

La chica señaló el poblado y la tierra que lo rodeaba.

—Esta tarde destruirán el cohete; entonces, todo esto será tuyo en calidad de último regalo.

—Lo que quiere decir que he ganado, ¿no?

La chica negó con la cabeza.

—El pueblo y la tierra serán tuyos, pero sólo temporalmente.

Era una idea astuta, pensó, dejando de apreciar de pronto la belleza del día y la compañía de Ruth. Le iban a entregar el poblado y las tierras de la tribu y el juego acabaría. Puesto que no podía dar a cambio un regalo superior, lo que dictaba la costumbre era que se convirtiera automáticamente en señor que vive fuera de sus dominios, por decirlo así, y la propiedad volviera a sus antiguos propietarios.

El juego había llegado sin duda a su última etapa.

No podría destruir el regalo de la tribu ni entregar otro superior a cambio; estaba arruinado.

Estaba admirando el paisaje, el hermoso torrente, el clima tropical, con una suerte de gozo melancólico y pensando cuánto tiempo seguiría apreciándolo cuando le asaltó un pensamiento. ¿Por qué no? ¿Qué tenía que perder?

—¿Cuánto tiempo nos queda, Ruth?

Ella miró el lugar ocupado por el sol.

—No mucho, unas cuantas horas.

—Suficiente —cogió a Ruth de la mano y corrió con ella río abajo hasta una

hondonada, no muy lejos de la nave.

Los bidones de aceite lubricante —una media docena— estaban todavía donde él los había dejado a fin de protegerlos del fuego cuando se dedicó a manejar el soplete a destajo. Cogió una piedra y golpeó la espita de uno hasta que ésta quedó rota y el aceite listo para salir; entonces volcó el bidón y lo hizo rodar por la ribera de modo que el aceite fue esparciéndose por la hierba y las tranquilas aguas del riachuelo.

Unas cuantas horas después, Reynolds había acabado ya con el último bidón y estaba listo para recibir al jefe y a los investigadores del poblado.

—La riqueza de los mantanai es grande.

(Del interior del cohete brotó el ruido que hacían los nativos mientras golpeaban los generadores, los conductos y la delicada maquinaria con piedras y barras metálicas.)

—La riqueza de los mantanai es como las arenas de la playa.

(Del cohete surgió un ruido crispado cuando los medidores y otros instrumentos de precisión fueron reducidos a astillas de vidrio y metal.)

—La riqueza de los mantanai es tan infinita como las estrellas del cielo.

(Se produjo un chisporroteo cuando se encendió un buen fuego en la sala de mando.)

Reynolds contemplaba la destrucción del cohete con calma; había aceptado su destino por lo que parecía un largo tiempo. Pero su turno se aproximaba.

Tras una elaborada ceremonia que duró lo suyo, Reynolds fue obsequiado con el poblado y las tierras adyacentes y, presumiblemente, también con sus moradores. Entonces se adelantó con una antorcha en la mano.

—Las tierras de los mantanai son como huevo de buitre: estériles por completo. Una tierra pobre habitada por gente pobre. ¡Contemplad cuán poco las estimo! —y arrojó la antorcha en una zona húmeda del terreno.

El fuego prendió el combustible y las llamas se elevaron retorcidas, dirigiéndose hacia el torrente. Momentos más tarde, las aguas que portaban el combustible ardían despidiendo nubes de humo negro.

Parecía que Reynolds iba a destruir la tierra.

La cara del jefe estaba pálida.

—¿Piensa eso realmente el extranjero?

Reynolds asintió con repugnancia mientras estallaba horripónicamente el primer bidón. Los nativos congregados se pusieron cómo la cera. Otro bidón explotó.

—¡Nos va a matar! —aulló el jefe, palideciendo hasta las uñas.

Reynolds sonrió.

—Las propiedades de los mantanai y los mantanai mismos no valen un pimiento.

Otra explosión.

—¡Pero tú también vas a morir!

Reynolds se encogió de hombros.

—Es mi último regalo. Ya sabía que no ibas a subir, a los cielos sin llevarme contigo.

El jefe se arrodilló de pronto y besó los encallecidos pies de Reynolds.

—La riqueza del extranjero es inmensa; la de los mantanai es pequeña e insignificante —su rostro estaba contraído por el miedo—. ¡El extranjero ha ganado!

El último de los bidones estalló con ruido terrible.

—¿No podría perdonar el extranjero —rogó el jefe—, cuya riqueza es tan considerable, nuestras míseras tierras y nuestro poblado?

Habían aprendido a ser humildes por fin, pensó Reynolds. Pero asintió con solemnidad y alzó las manos hacia la franja de fuego que rodeaba el poblado. No hubo más explosiones, ni más inflamaciones repentinas, y, gradualmente, el fuego fuese disminuyendo.

Había ganado, pensó Reynolds con agitación, ganado con una trampa que prácticamente no había tenido tiempo de preparar. Diez minutos más y las llamas se habrían apagado solas, dando cuenta de su engaño.

Pero seguía estando estancado, y esta vez para el resto de su vida. Habría compensaciones, por supuesto, y la primera de ellas que tendría que ahorrarse el infeliz regreso a su casa de Canopus.

El planeta era cómodo, el clima benigno. Y a él le había gustado siempre tener una vida cómoda.

Además, estaba Ruth.

—¿Qué le ocurrirá a Ruth? —preguntó al jefe.

La faz del jefe adoptó una expresión severa.

—Ella se entrometió en el juego del Intercambio de Regalos. Tendrá que beber de la Última Copa.

Reynolds quedó horrorizado.

—Escucha, el pueblo y las tierras que lo rodean son míos. Yo...

El jefe negó con la cabeza.

—Es la tradición —sin embargo, el rostro del jefe adquirió un matiz pícaro—. Aunque, claro, si el extranjero está pensando en hacer un regalo, entonces puede ser perdonada.

No había duda de a dónde querían conducirlo los mantanai.

—¿Qué quieres a cambio?

Con firmeza:

—Que el pueblo y las tierras vuelvan a sus propietarios.

Más tarde, en la ribera del riachuelo, Ruth apoyó la cabeza en el brazo y contempló soñadoramente el cielo.

—¿Sabes por qué ganaste?

—Claro que sí. Temían perder todas sus propiedades.

Ella negó con la cabeza.

—En parte es eso. Pero por encima de todo se trataba de que tu último regalo fuera renunciar a tu vida. Nunca habrían podido corresponderte.

Él asintió con vaguedad, no muy interesado en aquello, y le contó los planes que tenía para el futuro y el lugar que ella iba a ocupar en ellos. Hacía tiempo que debía haber visto, pensó, que los esfuerzos prodigados por ella en su beneficio eran algo más que recuerdo de la bondad del padre Williams.

La chica no respondió a lo último.

Él se sonrojó, creyendo que sus planteamientos habían sido desacertados.

—Te has olvidado —dijo ella con suavidad— del precio de las bodas.

Yacía él tumbado en el suelo con la cabeza aturdida. Al devolver el pueblo y las tierras a la tribu, había salvado la vida de Ruth pero se había quedado sin nada.

Había ganado su vida —y la de ella—, pensó, pero había caído en situación semejante a la de una bancarota en medio de la sociedad capitalista más brutal que la Naturaleza había creado nunca, desposeído hasta del precio de los esponsales con la mujer que amaba.

Reynolds acabó el relato y apuró el ponche que quedaba en su copa.

—Entonces —dijo Harkins—, cuando entregamos nuestras armas a aquellos nativos hicimos esencialmente lo que usted había hecho. Cortocircuitar la ceremonia del Intercambio de Regalos ofreciendo nuestras vidas, el regalo definitivo, aquel que no puede ser rebasado.

—Esencialmente —asintió Reynolds—, aunque muy simplificado.

Reynolds sorbió algunas gotas de licor que quedaban en su vaso y contempló pensativo la pequeña ponchera.

—Me gusta la comodidad, y a medida que me iba haciendo más y más rico, y en consecuencia ganaba más y más fuerza en el consejo de la aldea, hacía lo posible para que se fueran aplicando mis ideas sobre el mejoramiento civil —apartando la mirada de la ponchera, la posó en sus alrededores—. Realmente, muy simple.

Hubo un breve silencio, suficiente para que un grupo de cantores de villancicos situado en la otra punta dejara sentir las notas iniciales de *Noche de paz* y *El buen rey Wenceslao*.

Harkins miró a Reynolds de arriba a abajo y pensó que el tipo había soltado mentiras muy gordas, mentiras incapaces de caber en el *Churchill*.

—Me estoy preguntando una cosa, señor Reynolds —dijo—. Usted tuvo que devolver el pueblo y las tierras para salvar la vida de la chica —lo dijo de una manera que, obviamente, no pudo gustar a Reynolds—. Y que usted se quedó más pobre que las ratas. Entonces, ¿cómo consiguió riqueza e influencias?

—Trabajé todo un año —dijo Reynolds— antes de poder pagar el precio de mis bodas con Ruth. Aun así, el precio no era elevado, no más que el de otras vírgenes del pueblo. Es evidente que su gusto respecto de las mujeres disentía del mío.

—No sé que tiene que ver eso con lo que le he preguntado —dijo Harkins con

aspereza.

Reynolds rebuscó en los pliegues de su capa y pasó a Harkins un dibujo sencillo. En él se veía a una mujer gorda, de rostro agradable, rodeada de niños.

—Creo haber dicho antes que los nativos suelen pagar por tener nietos. Es decir, el suegro paga por su primer nieto el cien por cien de los intereses del precio nupcial que el marido de la hija le había dado. Paga el doscientos por cien por el segundo nieto y el cuatrocientos por cien por el tercero, doblando siempre la cantidad. La mayoría de los mantanai no se preocupan de tener mucha familia, pero Ruth y yo pensamos siempre en tener una familia numerosa, y, como usted recordará, el padre de Ruth era el hombre más rico del pueblo.

Harkins miraba el dibujo con la boca abierta, contando el número de niños y haciendo números al mismo tiempo.

—Por supuesto, tuvimos mucha suerte —dijo Reynolds de buen humor—. Quince hijos: todos varones.

EL ÁRBOL DE NAVIDAD

de John Christopher

Christmas tree

LA gente que tiene que trabajar lejos de casa afirma que la Navidad es una época más bien triste; una época en que se recuerdan las alegrías pasadas y la calidez del hogar y la familia. Piénsese en lo descolorida que podría parecer la Luna a un hombre que tuviera que estar en ella a causa de un corazón sensible a las emociones aéreas: ¡cuánto no suspirará por un árbol de Navidad auténtico! John Christopher da cuenta de este doloroso sentimiento en el conciso relato que sigue.

John Christopher, escritor inglés cuyo verdadero nombre es Christopher Youd, ha contribuido con muchas novelas a la ciencia-ficción, entre las que se cuentan *The little People* y *No blade of grass*.

El amortiguador nos posó en tierra con suavidad. Mis ojos no abandonaron el dial en ningún momento y vieron que la aguja no sobrepasaba las cuatro gravedades y media. Lo que no estaba mal para un bote como el *Arkland*; he conocido a un mal piloto que alcanzaba las siete gravedades para aterrizar en la Tierra. Sin embargo, no me llenó de entusiasmo. Young Stenway había salido de su cabina antes de que acabaran los balanceos. Por mi parte, me quedé inmóvil un momento mientras él me miraba y me decía sonriendo:

—Vamos, Joe, ¿qué haces? ¿Pensar en una pensión?

Me levanté de un salto y le di un empujón en broma que lo hizo caer de nuevo en su asiento. La gravedad del terreno que se abría bajo nosotros era normal; se trataba de esa sensación de cosa correcta que sueles sentir en el alma y en los músculos, sin que importe cuánto tiempo hayas estado sin sentirla. Está bien eso de sentirse firme todavía.

—Así que esto es Washington. ¿Qué día es hoy? —dijo Stenway.

—Vuelves a las andadas, criatura. ¿Cómo voy a saber qué día es hoy? Soy tan turista como tú.

Sonrió, se sonrojó un tanto y se inclinó sobre el calendario múltiple. Vi que pasaba el dedo por encima con la cara arrugada.

—Viernes. ¿Sabes, Joe? Si vamos a tardar más de catorce días en el viaje, pasamos la Navidad aquí.

—Si tardamos más de diez días —le devolví—, la Junta de Directores entera se suicidará con agujas de hacer ganchillo. ¿Qué te ocurre?

Sonrió de lado y salió con rapidez. Estaba un poco preocupado por él. Hacía menos de un año que estaba en el servicio. No se había amoldado todavía al trajín. Seguramente pensaba que algunos de nosotros éramos de hierro. Pero era necesario bajarlo de la higuera por su bien.

Fui a ver a Louie. Estaba en el espacio desde hacía dos años menos que yo y estábamos enrolados en el *Arkland* desde que éste fuera botado ocho años atrás. Pero no nos veíamos muy a menudo, ya que nuestra misión era muy distinta y nos ponía a cada uno en un extremo diferente de la nave. Lo encontré entre sus cosas, atildándose. Dijo:

—Hola, Joe. ¿Todavía con nosotros?

—Así parece.

—Tiempo de mierda, de mierda, ¿sabes?

—Louie. ¿Me haces un favor?

—Claro, Joe. Lo que quieras.

Dejó el cepillo del pelo y comenzó a empolvase la cara para cubrirse el sarpullido que según él le había salido después de ponerse una vacuna. Era algo que no podía entender. Te señalaba en la Tierra, te marcaba como hombre del espacio, pero ¿por qué avergonzarse de ello? Claro, a mí nunca me han marcado así, por eso no puedo hablar.

—¿Has arreglado ya los bultos para el próximo viaje, Louie?

Asintió mientras presionaba el polvo con la yema de los dedos.

—Quiero meter algo a bordo.

—¿Cómo de grande? —preguntó Louis.

—De unos cinco pies de alto. Acaso dos pies de anchura... cuando esté atado.

Louis adelantó la quijada y se pasó por la cara una pieza de terciopelo negro. Dijo entre dientes:

—Si te llevas un recuerdo, ¿qué dirán los del Pentágono?

—¿Por qué han de decir nada los del Pentágono?

Louis se volvió.

—Mira, Joe, sabes cómo están las cosas. Sabes lo que vale un flete espacial. No hay un miligramo de más que no esté bajo revisión. ¿Qué quieres meter, vaya?

—Es para el viejo Hans. Pensaba llevarle un árbol de Navidad.

Louie permaneció mudo un instante. Se había acicalado bien con los polvos pero pude verle el rubor escarlata debajo. Dijo luego:

—Muy bien. Súbelo la noche antes de la partida. Ya veré de escondértelo.

—Gracias, Louie. Por cierto, ¿cuándo partimos? ¿Te lo han dicho?

—El diecinueve. Ahora vete y métete en la mierda por nueve días. Pero no olvides que mañana toca enfermería.

Lo miré con cara de pocos amigos, pero se estaba dando ya otra capa de polvos. La revisión médica era una rutina que siempre acontecía entre dieciocho y veinticuatro horas después del aterrizaje. Los médicos sabían por qué, o decían que lo sabían. No era cosa que soliese olvidarse. Pero tampoco valía la pena preocuparse.

El *Arkland* llegaba a Washington cada cinco viajes. Sabía un poquito de números y me había acostumbrado ya. Había un momento jodido, cuando una de las chicas se iba y las viejas se quedaban, pero lo aceptabas. Hay siempre una generación más joven. Esperé al día anterior a la partida y me dejé caer por la oficina de la compañía. Tienen toda una manzana en el Bulevar Roosevelt que es más grande que todo Luna City. La sección de Bienestar se encuentra en el piso 32. Me puse malo cuando miré por sus ventanas.

En el despacho había una rubita deliciosa y se me ocurrió que la próxima vez iría a Bienestar nada más bajar de la nave. Tenía pinta de devorarme toda una paga como la que más.

—En sus manos está mi vida —dije—. Quiero comprar un árbol de Navidad.

Me miró sorprendida y con desaprobación, pero estaba muy ocupada. Consultó un montón de guías telefónicas como gato que busca un ratón.

—Árboles de Navidad —dijo—. El mejor sitio es el Vivero Leecliff. Señor Cliff. A unas quince millas de aquí. Puede tomar un helicóptero en la terraza.

—No me diga que este edificio tiene terraza —dije; sonrió entonces, pero muy brevemente—. Tengo una semana libre después de noviembre del año que viene —le dije cuando me dispuse a marcharme—. Volveré por aquí.

El helicóptero hizo el trayecto en unos diez minutos. Me llevó a un lugar en que llegaría a dudarse de la existencia misma de Washington. De un lado había un montón de cobertizos bajos y unos cuantos edificios de cristales. Del otro nada más que campos y más campos con plantíos. Me di cuenta de que habían pasado más de diez años desde mis últimas vacaciones en la Tierra. Uno se habitúa. Por vez primera se me ocurrió pensar que me había perdido algo.

Habían telefonado diciéndole al señor Cliff que yo estaba al caer. El lema de la compañía es «Buen Servicio». El tipo me esperaba cuando el helicóptero tomó tierra. Era un individuo pequeñajo y gordo, con aspecto de estar sorprendido por algo. Dijo:

—Mayor Davis, encantado de verlo. No solemos tratar con muchos hombres del espacio. Entre y vea mis rosas.

Parecía inquieto y dejé que me condujera. Por otro lado, no tenía mucha prisa por volver a la ciudad.

Uno de los pabellones cristalinos lo tenía lleno de rosas. Vacilé en la puerta y el señor Cliff dijo:

—¿Bien?

—Había olvidado que olían así —dije.

Dijo con orgullo:

—Es excepcional. Una semana para Navidad y con este aspecto. Observe esta *Frau Karl Druschki*.

Se trataba de una rosa blanca, de forma perfecta y perfume primaveral. Las rosas me embriagaban. Caminé tras el señor Cliff mirando las rosas, sintiéndolas, respirándolas. Cuando comenzó a oscurecer consulté mi reloj.

—Señor Cliff, he venido a comprar un árbol de Navidad.

Salimos del pabellón de las rosas con renuencia.

—¿Va a cambiar de costumbres y pasar la Navidad en la Tierra, Mayor Davis?

—Pues no... en Luna City. Es para una persona que está allí.

No dijo nada y esperó a que yo prosiguiera.

—Un fulano llamado Hans —dije—. Se ha pasado lo menos cuarenta años en la Luna. Nació en un pequeño lugar de Austria. En plena montaña, con pinos alrededor y nieve todo el invierno. Ya sabe. Sufre de nostalgia.

—Entonces ¿por qué no regresa?

La gente siempre se sorprendía cuando uno demostraba qué poco se sabía de la vida que llevábamos, aunque supongo que es algo que no puede reprocharse. Lo que excita es lo novedoso —choques, locura orbital, naufragios espaciales—, ya que la rutina es pura monotonía. Supongo que hay cosas que la compañía no dice a la Publicidad. No es que haya algo de que avergonzarse, sino que no suele hablarse de determinados temas.

—Señor Cliff —dije—, los médicos lo tienen todo medido. Se trata de lo que ellos llaman tensión acumulativa. No se puede viajar en una nave espacial sin entrenamiento previo. Por supuesto, depende de los planetas a que se vaya. Por lo que

respecta a la Tierra, con una carraca tipo normal, el máximo es de unas cinco o seis gravedades —eché los hombros atrás, saboreando el aire—. Uno puede estar fuerte físicamente —continué—, pero eso no sirve de nada. Lo que cuenta es el corazón. Cuando empieza a debilitarse se le avisa a uno; se puede pedir el retiro entonces y cobrar una pensión. Por supuesto, hay unos que pueden sobrellevarlo. Están siempre en condiciones, pero...

—¿Pero...? —dijo el señor Cliff.

—Hay un aviso final también. Hay una revisión después de cada trayecto; para la siguiente se es ya un veterano. Pero llega un día y dicen que no rotundamente. Uno protesta, pero la respuesta sigue siendo no. Un despegue más y la diña uno. Eso es lo que dicen. No hay forma de comprobarlo; no dejan que uno suba a una nave nunca más.

—Son muy considerados, Mayor Davis.

Reí.

—Oh, sí, mucho. Lo único es que... después de cada aterrizaje le someten a uno a una revisión. A Hans le dieron el aviso final en Luna City.

—Vaya —el señor Cliff se inclinó a oler una rosa roja—. ¿Cuánto dijo que hace de eso?

—Hans es un anciano. Unos setenta. Por lo general le dan a uno el aviso final cuando ronda los treinta.

—¿Es muy grande Luna City?

—Se está bien —dije—. En la guía de turistas. Un par de manzanas de largo por una de ancho. Bajo tierra también es habitable.

—Es terrible, Mayor Davis. Cuarenta años así. Sin árboles, sin pájaros... ¿Y los jóvenes saben eso y siguen corriendo el riesgo? No puedo creerlo.

Era una vieja historia, pero nunca me había sentido antes tan irritado. Me contuve. Era un buen tipo.

—Usted no lo entiende, señor Cliff. Hay algo especial en ello. Y a veces pasan más de cinco años entre el primero y el último avisos. Un tipo alcanzó hasta diez. Siempre hay otro viaje que hacer antes de acceder a sentar cabeza para el propio provecho. No se recluían fácilmente hombres del espacio. Y siempre se puede tener suerte.

—¿Cuándo le dieron a usted el primer aviso, Mayor Davis?

Me ruboricé.

—Hace tres años. ¿Y qué? Lo que importa ahora es el árbol de Navidad, señor Cliff.

—Se los enseñaré. Los árboles navideños son mi fuerte. Por favor.

Me llevó al lugar y me enseñó los abetos y el aroma de las rosas dejó paso al rico perfume de los árboles que me recordaban mis años niños y las vacaciones que pasaba junto a los lagos. El señor Cliff rompió el silencio al cabo del rato.

—He estado pensando, Mayor Davis... He de proponerle algo que puede

interesarle.

No vi a Louie cuando subieron el árbol a bordo; se encargó de hacerlo uno de sus muchachos. No había rastro de policía de la compañía y supuse que Louie la estaría entreteniendo con alguna partida amistosa de poker. Y limpiándole la pasta también, si es que Louie era el mismo de siempre. No pude verlo hasta el final de mi segundo turno en la nave. La pantalla del radar estaba limpia; era una temporada exenta de meteoros. Louie estaba repantigado frente a ella leyendo un libro.

—Louie, yo también hice el zángano cuando estuve en la marina. ¿Para esto te pagan?

A veces no hay que fiarse de las largas ondas que se prolongan durante mucho tiempo en el radar, y Louie sabía que yo había estado demasiado tiempo en el espacio para eso. Aun cuando estén funcionando los relevadores automáticos, tiene que haber un hombre ante la pantalla. Y la compañía no regala el tiempo; la sección de radar depende también del capitán. Cada tres permisos se pierden dos días.

Louie sonrió.

—Estoy hecho cisco, ¿recuerdas?

Le alargué un cigarrillo.

—Gracias por lo de la carga. ¿Qué les hiciste creer? ¿Que era oro?

Negó con la cabeza.

—Sólo mi propio honor de camarada. Si esa órbita que nos has hecho seguir resulta no ser tan buena, nos estrellaremos aproximadamente diez minutos antes que de otra forma. Y acabo de ver que la curva meteórica se alza por tres milésimas de segundo. Es un riesgo enorme.

—Mi órbita es buena —dije—. Nunca he encontrado otra mejor. En el próximo trayecto voy a dejar la órbita Luna-Tierra ya que Christiansen va a ocupar mi puesto. Después de eso no necesitarás preocuparte por mi destreza, Louie.

—Me alegro, Joe, siempre confié en tu buen sentido. Yo desapareceré en el momento en que me suelten la menor indirecta. No vale la pena.

—Pues sí, Louie, voy a hacerlo.

—Lo echarás de menos, Joe, pero se te pasará. Has estado mucho tiempo.

—Está en las afueras, Louie. Un vivero. Plantas que crecen, todo tipo de plantas. Abetos, crisantemos, narcisos... y rosas para Navidad. Y la Luna no será más que algo que influirá en las plantas. No echaré de menos nada.

—Tienes suerte, Joe. Eso es lo que pasa: que tienes suerte.

Descendimos a tres gravedades y volví a sentirlo: una aguda punzada en el pecho como si el corazón y los pulmones estuvieran rodeados de cuerdas y alguien estuviera tirando de ellas con fuerza. Se me pasó a los pocos momentos y me puse en pie, ligero y activo en medio de la gravedad lunar. No perdí el tiempo con minucias circunstanciales. Busqué en seguida al viejo Hans pero no di con él. Llamé al *Portugués*, que estaba en la taberna.

—¡*Portugués!* ¿Dónde está Hans? Traigo algo para él.

Se me acercó dando bandazos. Con un corpachón como el suyo no sé por qué tuvo que haber elegido la Luna. Se encogió de hombros, de manos, de cejas, de todo.

—Demasiado tarde ya —dijo—. Murió ayer al anochecer. Lo enterraremos dentro de unas horas.

En Luna City no hay nada de sobra. No vas a tirar algo que has transportado durante un cuarto de millón de millas; lo que incluye oxígeno. Cuando los hombres mueren en la Luna, sus cadáveres se mantienen hasta la noche, en que, durante trescientas treinta y seis horas, la obscuridad congela en la superficie las últimas huellas de la atmósfera lunar. Durante la noche, en cierto momento, el cadáver se coloca en un tractor y se lleva, en medio de ritos muy baratos, hasta alguna grieta de la zona roqueña. Con la salida del Sol el fino aire se funde, el líquen gris corre como la peste por el fondo de los cráteres y en aquella jungla microscópica los diminutos insectos lunares despiertan para entablar batallas tan auténticas como las que hicieran los tiranosaurios. Cuando las sombras del cráter se alargan hacia el ocaso, la grieta se vacía de nuevo. Ni la carne, ni el pelo, ni los huesos escapan a los insectos.

El *Portugués* conducía el tractor en medio de la noche cerrada. Louie y yo íbamos sentados junto al cadáver de Hans, cubierto por una sábana, situado entre ambos, en el suelo. Permanecimos silenciosos mientras el pequeño remolque saltaba con sus cadenas metálicas sobre el granito y la lava helada. Y no pensaba que lo que nos hacía callar era la muerte; apreciábamos al viejo Hans, pero le había llegado la hora y ahora partía para la eternidad desde los magros confines de Luna City. Lo que nos tranquilizaba era la muerte exterior, al igual que tranquilizaría a cualquiera que anduviese por entre aquellos picachos y crestas tan antiguos, bajo las estrellas parpadeantes.

El *Portugués* detuvo el tractor en una elevación que se alzaba aproximadamente a mitad de camino entre Luna City y el Cráter Kelly. Era el cementerio habitual; la superficie del planeta estaba allí cicatrizada con profundos altibajos en virtud de alguna catástrofe remota. Bajamos las viseras de nuestros trajes espaciales y salimos. El *Portugués* y yo transportamos a Hans con soltura, resultando incluso fantásticamente ligero su cuerpo frágil en medio de la gravedad lunar. Lo colocamos cuidadosamente en una grieta amplia y honda y regresamos al tractor. Louie venía hacia nosotros con el árbol de Navidad. Se había humedecido y la humedad se había congelado en el acto. Parecía el elemento central del escaparate de un almacén. Aunque fuera una buena idea volver con él a Luna City, no nos pareció tan apropiado en aquel momento.

Lo sujetamos con piedras; el *Portugués* rezó una oración y nos volvimos al tractor, contentos de subirnos las viseras otra vez y de poder encender un cigarrillo. Permanecimos allí el tiempo que estuvimos fumando, mirando por la pantalla frontal. El árbol destacaba verde y blanco contra la hosca negrura del Cráter Kelly. Encima estaba la Tierra, brillando con la luz diurna. Pude descubrir Italia, clara y limpia de

neblinas, pero más al norte la Austria a que pertenecía Hans estaba oculta por las espesas nubes de diciembre.

No nos dijimos nada. El *Portugués* arrojó la colilla y puso en marcha el tractor, poniendo rumbo a Luna City. Entramos por el portón B, el *Portugués* encerró el tractor y volvió a reunirse con nosotros. Puso sus gordos brazos alrededor de nuestros hombros.

—Vamos, muchachos. La casa invita a un trago siempre que hay un entierro.

—La revisión primero, *Portugués* —dijo Louie—. Nos veremos después. Guárdanos una buena ración de ron.

Lo vimos alejarse y por nuestra parte nos dirigimos al Edificio de la Administración. Los otros habían pasado la revisión mientras habíamos estado fuera y teníamos un par de médicos con los que no tuvimos que esperar. Nos sentamos luego en la antesala, esperando a que nos entregaran las tarjetas. Al cabo del rato se nos llamó por los altavoces.

—Mayor Davis. Teniente Enderby. Tarjetas listas.

A Louie se la entregaron antes. Observó el sello azul que había en ella: PRIMER AVISO. Sonrió.

—Parece que vamos a la par, Joe. ¿Hay oportunidad para un tercer compañero en ese asunto de las flores?

No dije nada. Pude ver mi tarjeta ante el médico que me la entregó. Contemplé la estrella roja que habían impreso en ella; aunque no hubiera sabido lo que significaba me habría percatado de todos modos. Era la marca del exilio, del fuera de la ley que había esperado demasiado para retirarse. Era el comienzo de una historia semejante a la de cierta persona cuyo final, después de cuarenta años, había contemplado en la ladera del Cráter Kelly bajo el globo burlón de la Tierra.

—Era mi último viaje —dije al médico—. Me iba a retirar en cuanto llegáramos a Amberes.

Meneó la cabeza.

—Lo lamento.

—No me importa si es un millón de posibilidades contra una; correré el riesgo; y que nadie se culpe si sale mal. Firmaré cualquier documento de descargo que la compañía quiera.

—No resultará, Mayor. Usted conoce el reglamento. Por ahora no conocemos ningún remedio. Y no podemos permitir que usted se suicide.

Sabía que no iba a resultar. Louie se había ido. Todos sabemos que es mejor eso que quedarse cerca de uno al que han puesto la estrella roja. Aún tuve tiempo de mirar al médico. Era muy joven y no parecía muy contento. No había tenido tiempo de dar otra estrella antes, imaginé.

—Podía haber sido peor, Mayor. Podía haberle pasado en Phobos.

Desde el nivel más alto de Luna City puede contemplarse el cielo; por la noche, se ven estrellas y el suave resplandor de la Tierra. Abajo, hacia el oeste, Sirio

relampaguea sobre el Cráter Kelly. He estado allí horas enteras contemplando estas cosas.

Sigo creyendo que puedo oler las rosas.

EL REGALO DE NAVIDAD

de Gordon R. Dickson

The christmas present

Nuevamente el problema de explicar el significado de la Navidad a los extraños de otro Mundo: pero la conmovedora historia de Gordon R. Dickson contrasta con la anterior de Isaac Asimov. La presente trata de un muchacho que quiere enseñar el espíritu navideño a una criatura de otro Mundo; nunca habría imaginado el resultado.

Gordon R. Dickson ha escrito ciencia ficción durante veinticinco años y ha ganado tanto el premio Hugo como el Nebula. Es más conocido por su colección de narraciones *Dorsai*.

—¿Qué es Navidad? —preguntó Harvey.

—Es la época en que se hacen regalos —dijo Alian Dumay; este harapiento niño de seis años permanecía acucillado bajo la agonizante luz del canal, conversando con el cidoriano—. Esta noche es Nochebuena. Mi padre cortó un espino, y mi madre está ahora dentro, componiéndolo.

—¿Componiéndolo? —repitió el cidoriano; permanecía flotando en la superficie del agua del canal.

Alguien, acaso el padre de Alian, lo había bautizado Harvey mucho tiempo atrás. A la sazón nadie lo llamaba por otro nombre.

—Eso significa colocar las cosas en el árbol —dijo Alian—. Embellecerlo. ¿Sabes lo que significa embellecer, Harvey?

—No —dijo Harvey—. Nunca he visto la belleza.

Pero se equivocaba: igual que, por una razón diferente, se equivocaban los humanos que llamaban Cidor a un planeta feo y pantanoso porque en él no había nada verde, nada familiar en las playas húmedas que emergían en su amplio planeta marino: sólo los desmedrados y peligrosos espinos y la maleza. Había belleza en Cidor, pero era una belleza diferente. Era un Mundo plateado en que los espinos se alzaban como finos bocetos de tinta y quedaban siluetados contra el cielo nublado; y esto era bello. Los grandes y solemnes peces que se deslizaban por los no canalizados senderos de sus mares eran hermosos con la belleza propia de los buques inmensos que hacían travesías largas. Y Harvey, aunque sin saberlo, era lo más bello de todo, con su cuerpo pisciforme y brillante y la capa de filamentos argentados que le brotaban por todas partes cuando permanecía en el agua. Sólo su voz era inarmónica, semejante al graznido, pues un constreñido receptáculo de aire no está fabricado para la tesitura de la voz humana.

—Podrás ver mi árbol cuando esté listo —dijo Alian—. Así podrás saberlo.

—Gracias —dijo Harvey.

—Ya lo verás. Habrás luces de colores. Y bolas brillantes y también estrellas; y regalos que lo rodearán.

—Me gustaría verlo —dijo Harvey.

En la cima de la pendiente de la tierra represada se encontraba el límite de la granja Dumay, recuperada a las aguas, cuya puerta de la cocina se encontraba abierta y de la que surgía un pálido y cálido dedo de luz que se prolongaba sobre la tierra negra hasta dar en el muchacho y el cidoriano. La silueta de una mujer se interponía al fluir de la luz.

—Ya es hora de regresar, Alian —dijo la voz de su madre.

—Ya voy —respondió él.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Se puso en pie con lentitud.

—Si ha arreglado ya el árbol, vendré a decírtelo —dijo a Harvey.

Alian se dio la vuelta y ascendió la pendiente con parsimonia, adaptando el leve

cuerpo a los ritmos automáticos que imponían sus botas de goma. La puerta abierta lo aguardaba y lo engulló... hacia la luz y la comodidad humana de la casa.

—Quítate las botas —dijo su madre—. No quiero que llenes de barro la casa.

—¿Está preparado el árbol? —preguntó Alian, mientras se descalzaba.

—Primero quiero que comas —dijo su madre—. La cena está lista —lo acompañó hasta la mesa—. Y sin atragantarte. Hay tiempo de sobra.

—¿Vendrá papá a tiempo para poder abrir los relígalos?

—No hay que abrir los regalos hasta mañana. Entonces estará aquí papá. Ha tenido que ir río arriba hasta el almacén de suministros. Volverá nada más amanezca; estará aquí antes de que te levantes.

—Bueno —dijo Alian con solemnidad, inclinándose sobre el plato—; pero no debiera meterse en el agua por la noche porque entonces es cuando los bueyes de las aguas salen por detrás de la barca y no se les puede ver.

—Venga —dijo su madre, palmeándole el hombro—. No hay bueyes de las aguas por aquí.

—Hay bueyes de las aguas en todas partes. Eso dice Harvey.

—Déjate de esas cosas y come. Tu padre no se va a embarcar por la noche.

Alian se apresuró con la comida.

—¡Ya he terminado! —dijo al final—. ¿Puedo verlo ahora?

—Como quieras —dijo ella—. Mete en el lavaplatos el plato y los cubiertos.

Reunió sus utensilios de comer y los introdujo en el lavaplatos; luego echó a correr hacia la habitación contigua. De súbito se detuvo contemplando el espino. No podía moverse: era como si una ola fría y poderosa se hubiera elevado repentinamente en su interior y hubiera hecho desaparecer de su ánimo todo contento. Entonces se percató de los pasos de su madre que sonaban a su espalda; de pronto sintió que los brazos de ella lo abrazaban.

—Vamos, pequeño —dijo ella sin separarse—, no esperarías que fuera como el último año, allá en la nave que nos trajo aquí, ¿verdad? Allí sí que había un auténtico árbol de Navidad, con adornos verdaderos, suministrados por las líneas espaciales. Aquí hemos tenido que hacer lo que hemos podido.

El muchacho se puso a sollozar súbitamente. Se dio la vuelta y se abrazó a la madre.

—No es... un árbol de Navidad —pudo articular por fin.

—Claro que sí, pequeñín —el muchacho sintió la mano de su madre que le removía el pelo—. No es igual que los árboles de Navidad que suelen hacerse, sino como lo que creemos ha de ser y debe significar para nosotros. Lo que hace que la Navidad sea Navidad es el afecto y los regalos, no el aspecto del árbol navideño o la manera de estar colgados los regalos. ¿No sabías eso?

—Pero, yo... —una sucesión de sollozos le impidió continuar.

—¿Qué, pequeño?

—Prometí... a Harvey...

—Vamos —dijo ella—, vamos... —la violencia de la tristeza infantil habría desmoronado a cualquiera; del bolsillo de su delantal sacó un pañuelo de papel blanco y limpio—. Suénate. Así. Ahora dime qué prometiste a Harvey.

—Enseñarle —hipó—, enseñarle un árbol de Navidad.

—Oh —exclamó ella con suavidad; lo acunó en sus brazos—. Bueno, pequeño, ¿sabes una cosa? Harvey es cidoriano; nunca ha visto antes un árbol navideño. De manera que éste podría parecerle tan maravilloso como el árbol de la nave te pareció a ti.

El muchacho parpadeó, resolló y miró a su madre con duda.

—Sí, se lo parecería —le aseguró ella con dulzura—. Pequeño, los cidorianos no son como las personas. Sé que Harvey puede hablar e incluso que a veces manifiesta sentido común... pero no es como un ser humano. Cuando crezcas entenderás esto mejor. Su Mundo pertenece al agua y es difícil que comprenda lo que es de la Tierra, como nosotros.

—¿No sabe él nada de la Navidad?

—Nada.

—¿Ni ha visto nunca un árbol de Navidad, ni le han hecho regalos?

—Nunca, cariño —le hizo una última caricia—. ¿Por qué no vas hasta él, lo traes y le dejas que mire el árbol? Apostaría a que le parece bello.

—Bien... de acuerdo —Alian se dio la vuelta con rapidez y echó a correr hacia la cocina, donde se puso las botas.

—No te olvides de la chaqueta —dijo la madre—. La brisa se desata después de la puesta del sol.

Se puso la chaqueta, se ajustó las polainas que protegían del barro y corrió en dirección al canal. Harvey lo estaba esperando. Alian dejó que el cidoriano subiera en su brazo y de aquella manera condujo hasta la casa a la gran burbuja brillante.

—Mira, míralo —dijo después de haberse quitado las botas con una mano y llevado a Harvey hasta la sala de estar—. Eso es un árbol navideño, Harvey.

Harvey no respondió en seguida. Rieló, se balanceó en el codo de Alian y extendió sus largos filamentos, semejantes a cabellos de plata, en torno de la chaqueta del chico.

—No es un árbol de Navidad auténtico, Harvey —dijo Alian—. Pero lo importante no es esto. Tenemos que arreglarnos con lo que tenemos porque lo fundamental en Navidad es el afecto y los regalos. ¿Sabías eso?

—No, no lo sabía —dijo Harvey.

—Bueno, ahí está.

—Es bello —dijo Harvey—. Un bello árbol de Navidad.

—¿Te das cuenta? —dijo la madre de Alian, que se había mantenido a un lado observando—. Ya te dije que Harvey lo encontraría bello, Alian.

—Bueno, habría sido más bello si hubiéramos tenido algunos auténticos adornos brillantes que ponerle, en lugar de esos pedazos de chapa y esas cuentas. Pero no nos

preocupemos por eso, Harvey.

—No nos preocupemos —dijo Harvey.

—Creo, Alian —dijo la madre—, que sería mejor que llevaras a Harvey de vuelta. Su cuerpo no puede estar fuera del agua mucho rato y no nos sobra tiempo para colgar tus regalos antes de que te vayas a la cama.

—Bueno —dijo Alian; hizo ademán de dirigirse a la cocina, pero se detuvo al instante—. Mamá, ¿no quieres decir buenas noche a Harvey?

—Buenas noches, Harvey —dijo ella.

—Buenas noches —dijo Harvey con su voz graznante.

Alian se abrigó y llevó a Harvey al canal. Cuando volvió vio que su madre había colgado ya los papeles multicolores y que había puesto sobre su cama las cajas y las cintas. Vio también el afilador de bolsillo que iba a regalar a su padre y la pequeña figurilla que había moldeado con arcilla indígena, luego cocido y después pintado para que fuera enviada a la casa de su abuela y de su abuelo, que eran los padres de su madre. Embarcar una onza para la Tierra costaba cincuenta unidades y la figurilla pesaba exactamente una onza, pero los abuelos pagarían el flete cuando llegara a su destino. Al verlo todo listo, Alian se empinó hasta alcanzar el techo de su armario ropero.

—Cierra los ojos —dijo; la madre los cerró prietamente.

Alcanzó un par de guantes de trabajo que iba a regalar a su madre y los metió cuidadosamente en una de las cajas.

Se pusieron a colgar juntos los regalos. Una vez hubieron terminado, una vez puestos los regalos bajo el espino y colocado los magros adornos caseros, Alian se entretuvo unos momentos con los colgajos. Luego, se dirigió a la caja que contenía sus juguetes y sacó el estuche de los hombres del espacio. Estaban modelados con la misma arcilla que el regalo de sus abuelos. Lo había hecho su padre y su madre los había pintado. Todo tenía forma perfecta, salvo el piloto, cuya mano derecha —aquella que había sostenido el mando— estaba rota. Cogió esta figura y la enseñó a su madre.

—Vaya, ¿para quién es? —preguntó ella; el muchacho pasó el dedo por el brazo roto.

—Es un regalo de Navidad... para Harvey.

La madre lo observó.

—¿Tu piloto? ¿Cómo correrá tu nave espacial sin él?

—Oh, ya me las apañaré —dijo.

—Escucha —dijo ella—. Harvey no es igual que un niño pequeño. ¿Qué va a hacer él con el piloto? No puede jugar bien con él.

—Es cierto —dijo Alian—. Pero podrá guardárselo, ¿no?

La madre sonrió.

—Claro que sí —dijo—. Podrá guardarlo. ¿Quieres colgarlo tú para él?

Él negó con la cabeza, muy serio.

—No —dijo—. No creo que Harvey pueda abrir los paquetes con habilidad. Me pondré la chaqueta, bajaré al canal y se lo daré ahora.

—Esta noche no, Alian —dijo la madre—. Es muy tarde. Tendrías que estar ya en la cama. Puedes dárselo mañana.

—Cuando se despierte mañana no lo querrá.

—Como quieras —dijo ella—. Yo se lo llevaré. Ahora, ve en seguida a la cama.

—De acuerdo —Alian se dirigió a su cuarto y sacó el pijama; una vez instalado en el cálido y limpio lecho, la madre le dio un beso y apagó todo menos la luz nocturna.

—Que duermas bien —dijo y, cogiendo el piloto manco, salió del dormitorio y cerró la puerta tras ella con suavidad.

Puso en marcha el lavaplatos. Luego, volviendo a coger el piloto, se puso la chaqueta y las botas y salió en dirección a la orilla del canal.

—¿Harvey? —llamó.

Pero Harvey no estaba a la vista. Permaneció inmóvil un instante observando el oscuro y nocturno paisaje de aguas y tierras llanas, a duras penas iluminado por la neblinosa y obscurecida faz de la luna cidoriana más próxima. De aquella tierra extraña surgió un sentimiento de soledad que la sobrecogió y le hizo desear el pronto regreso de su marido. Se estremeció y se agachó para dejar el piloto junto al borde del agua. Se había alejado ya y caminaba a la sazón a mitad de la pendiente camino de la casa cuando oyó que la llamaba la voz de Harvey.

Se volvió. El cidoriano estaba en el borde del agua, medio encaramado en la tierra, sosteniendo con los filamentos la pequeña forma del piloto. La mujer fue a su encuentro y el cidoriano se deslizó graciosamente hasta el agua. Podía desplazarse sobre la tierra, pero era un trabajo que lo agotaba.

—Ha perdido usted esto —dijo él, alzando el piloto.

—No, Harvey —replicó la mujer—. Es un regalo de Navidad. De Alian. Para ti.

El cidoriano quedó a flote en el lugar en que se encontraba sin decir palabra. Pero al rato dijo:

—No comprendo.

—Lo sé —suspiró ella, sonriendo levemente al mismo tiempo—. Navidad es la época en que nos hacemos regalos los unos a los otros. Esto se practica desde hace mucho tiempo... —allí, en la obscuridad, descubrió que quería dar explicaciones y que se maravillaba, al oír su propia voz, de que se sintiera tan a gusto hablando solamente a Harvey.

Una vez hubo acabado la historia de la Navidad y las posibles razones que habían podido mover a Alian, guardó silencio. Y el cidoriano permaneció balanceándose igualmente silencioso en las oscuras aguas.

—¿Entiendes? —dijo ella al cabo.

—No —dijo Harvey—. Pero es hermoso.

—Sí —dijo ella—, es hermoso, tienes razón —volvió a estremecerse cuando salió

del cálido recuerdo de la infancia y tomó conciencia del Mundo húmedo y escalofriante en qué se encontraba—. Harvey —dijo de pronto—, ¿cómo se está en el río... y en el mar? ¿Resulta peligroso?

—¿Peligroso? —repitió él.

—Me refiero a los bueyes de las aguas y todo eso. ¿Atacan realmente a un hombre que va en barco?

—Unos lo hacen. Otros no —dijo Harvey.

—Ahora soy yo quien no comprende, Harvey.

—Por la noche —dijo Harvey— salen de lo profundo del agua. Son muy distintos unos de otros. Unos permanecen nadando. Otros saltan hasta la tierra para coger a los humanos. Otros se están quietos esperando. La mujer se estremeció.

—¿Por qué?

—Tienen hambre. Están rabiosos —dijo Harvey—. Son bueyes de las aguas. ¿No le gustan? —la mujer se estremeció.

—Me dan miedo —vaciló—: ¿No se meten contigo?

—No. Yo soy... —Harvey buscó la palabra— eléctrico.

—Vaya —la mujer se rodeó a sí misma con los brazos como si quisiera retener su calor interno—. Hace frío —dijo—. Me voy.

Harvey se removió en el agua.

—Me gustaría darles un regalo —dijo—. Hacerles un regalo.

La respiración de la mujer sonó un tanto ronca.

—Gracias, Harvey —dijo amable y solemne—. Nos sentiremos muy contentos si nos haces un regalo.

—Salud —dijo Harvey.

Extrañamente congratulada e inundada de tibieza, la mujer se dio la vuelta, ascendió la pendiente y penetró en la apacible calidez de la casa. Harvey quedó todavía observándola desde el agua. Cuando la puerta se hubo cerrado y todas las luces se hubieron apagado, se volvió y se dirigió hacia la entrada del canal.

Se hubiera dicho que flotaba, pero en realidad estaba nadando a gran velocidad. Sus cientos de filamentos semejantes a cabellos favorecían su rápido desplazamiento sin una sola agitación. Hasta se habría dicho que el agua no era para él una substancia pesada, antes bien ligera como un gas a través del cual viajara movido gracias a los impulsos más sutiles de su pensamiento. Emergió en la boca del canal y enderezó sus movimientos hacia el río, desplazándose a la misma velocidad y con la misma soltura al sortear las pequeñas islas. Se deslizó por el río hasta que llegó a un lugar entre dos islotes en que el agua era negra y profunda y los espinos enderezaban sus ásperas siluetas hacia el rayo plateado de la luna.

Allí se detuvo. Y allí, irguiéndose lentamente ante él, rompiendo la blanda superficie de las aguas, vio la cabeza grande y en forma de rana, adornada por dos proyecciones cartilagosas y tubulares que nacían de los ojos minúsculos. La cabeza era tan grande como un bidón de aceite, pero había emergido en completo silencio.

Aquel ente le habló mediante vibraciones que comprendió a la perfección.

—¿Pasa alguna cosa mala con esa gente nefanda, que está fuera de toda razón, para que hayas venido hasta aquí?

—He venido en busca de un regalo navideño —dijo Harvey—, para hacer que participes en él.

Una hora después del alba del día siguiente, Chester Dumay, padre de Alian, bajaba por el río. El experto en terreno de la Colonia viajaba con él y los botes de ambos se desplazaban atados, maniobrando con el motor del que iba delante. Al llegar al estrecho abierto entre los dos islotes, hablaban de las malas condiciones del suelo de las tierras de Chester, allí donde limitaban con el río. Pero el experto en terreno —su nombre era Père Hama, tipo delgado, pequeño y de piel oscura— se detuvo a mitad de una frase.

—Aguarda un segundo —dijo, mirando más allá de Chester Dumay—. Mira eso.

Chester miró y vio una masa grande y oscura que flotaba un tanto fuera del agua, cogida en el tronco de un árbol medio sumergido que emergía del embarrado fondo del río a unos treinta pies de la lejana orilla. Dio vuelta al timón y dirigió el bote hacia la masa.

—¿Qué diablos...?

Fueron aproximándose y Chester paró el motor para dejar que el movimiento de las aguas condujera al bote. La corriente los arrastró y el casco del que iba delante tropezó en un pellejo hinchado y negro, lazado con frágiles cordeles de plata y cruzado de punta a punta de cicatrices causadas al parecer por un látigo. Se balanceaba siniestramente en el agua.

—¡Un buey de las aguas! —dijo Hama.

—¿Qué es eso? —preguntó Chester, fascinado—. Nunca he visto ninguno.

—Yo sí... en el Tercer Aterrizaje. Éste es monstruoso. ¡Y está *muerto*! —había una nota de desconcierto en la voz del experto.

Chester tocó con cautela el inmenso cadáver y éste se volvió un poco. Algo parecido a un bulbo gris se dejó ver durante un segundo a través de las mugrientas aguas para desaparecer en seguida.

—Un cidoriano —dijo Chester; silbó—. Está destrozado. Pero ¿quién habría pensado que un cidoriano arremetiera contra un bicho de éstos? —contempló el cuerpo del buey de las aguas.

Hama se estremeció ligeramente a pesar de que el sol calentaba lo suyo.

—Y que ganara, he ahí lo extraordinario —dijo el experto—. Nadie lo habría sospechado —de pronto dijo—: ¿Te ocurre algo?

—Oh, no. Pensaba en que nosotros cazamos uno una vez en nuestro canal; mi hijo juega con él muy a menudo: Harvey se llama —dijo Chester—. Y me estaba preguntando...

—Yo no dejaría que mi chico se acercara a un ser capaz de matar a un buey de las

aguas —dijo Hama.

—Pues a Harvey le va bien —dijo Chester—. Sin embargo... —con el ceño fruncido echó mano del bichero e hizo presión con él sobre el cadáver, apartando el bote y disponiéndolo para poner el motor en marcha otra vez; el zumbido inundó sus oídos mientras se encaminaban río abajo—. De todos modos, creo que no hay razón para hablar de esto a mi mujer y al chico, no hay por qué estropearles la Navidad. Más tarde, cuando tenga una oportunidad de verme a solas con Harvey...

—Por supuesto —dijo Hama—. No diré una palabra. No hay razón para ello.

Siguieron río abajo.

A sus espaldas, el cadáver del buey de las aguas, alterada su posición, se deslizó del árbol empotrado en el agua y comenzó a flotar corriente abajo. La corriente lo hacía girar con lentitud una y otra vez, consiguiendo con esto que el cuerpo aplastado del cidoriano muerto apareciera momentáneamente al aire libre. Los rayos amarillos del sol, que caían brillantes sobre un pequeño piloto de juguete hecho con arcilla, envuelto en hebras de plata, se reflejaban en él.

TRAICIÓN NAVIDEÑA

de James White

Christmas treason

Los niños aprenden el significado de la Navidad de una manera muy simplificada; pero hay niños que pueden estar dotados de habilidades especiales, como el teletransporte y la psicocinesis, niños que obtienen información de sus padres, que ignoran estos poderes en ellos. En cuyo caso, pueden sacar conclusiones muy extrañas acerca de Santa Claus. Y si ocurriera que deciden meterse en el ajo...

James White vive en Belfast, Irlanda del Norte, y ha escrito ciencia-ficción durante muchos años. Sus relatos están caracterizados por la ingenuidad del detalle y frecuentes brotes de ingenio. El presente cuento es una buena muestra de ello.

Richard se sentó en la gruesa alfombra que estaba al lado del catre de su hermano y observó a la pandilla a medida que iba llegando.

El primero en llegar fue Liam, que vestía un grueso jersey sobre un pijama demasiado ceñido para él: sus padres no tenían calefacción central. Luego llegó Mub, cuya familia no la necesitaba por la noche. Cuando llegó Greg, tropezó y cayó sobre un camión que pertenecía a Buster, ya que venía del exterior y la luz lunar que llenaba la estancia le impedía ver las cosas con claridad. El ruido que provocó no despertó a los adultos que dormían, pero Buster se sobresaltó y comenzó a hacer crujir los muelles de su cama y hubo que hacerle callar. Loo llegó la última, con uno de sus enormes y divertidos vestidos, y se quedó parpadeando durante un rato hasta que acabó por sentarse en la cama de Richard, junto a los otros.

Podía comenzar la sesión.

Richard se sentía preocupado por algo, y ello a pesar de que la Investigación prometía ser fetén, pero esperaba que ello fuera una señal de que se estaba haciendo grande. Su padre y los demás adultos estaban casi siempre preocupados. Richard tenía seis años.

—Antes de oír nuestros informes —comenzó con solemnidad—, repasaremos las Actas de la última...

—¿Hacemos...? —susurró Liam con rabia.

A su lado, Greg soltó un montón de palabras absurdas que iban más allá del susurro y no significaban nada. Mub, Loo y su hermano de tres años se limitaron a dar muestras de impaciencia.

—¡Silencio! —susurró Richard y hubo silencio—. Hay que repasar las Actas, así lo dice el libro de mi padre. Y hablar sin hacer ruido, ya que puedo oíros igual...

Ése era su único talento, consideró Richard con envidia. Comparado con las cosas que podían hacer los otros no era mucho. Era incapaz de ir hasta el antro de Loo, con su divertido cobertizo sin laterales y su techo vuelto hacia arriba, y no podía jugar a piratas en la barca que el padre de Liam había regalado a éste. Había un enorme agujero en el barco y le habían quitado el motor, pero todavía disponía de sogas, redes y taladros de hierro, y a veces las olas se acercaban tanto que parecía que flotara. Algunos de la pandilla se asustaban cuando las olas grandes se volvían blancas y se desparramaban sobre la arena, pero él no sentiría miedo si fuera capaz de ir hasta allí. Ni había estado en la casa de Mub, llena de ruidos y gentío y nada bonita, ni había subido a los árboles que se alzaban junto a la granja de Greg.

Richard no podía ir a ninguna parte a menos que un adulto lo llevara consigo en tren, coche o lo que fuera. Mientras que si los otros querían ir a cualquier parte iban y ya estaba: hasta Buster podía hacerlo ya. Todo cuanto podía hacer era escuchar y contemplar sus mentes mientras jugaban, y explicar en voz alta al resto cualquier cosa complicada que uno de ellos pensara y quisiera decir. El único sitio en que podía entrar era la mente de sus amigos... ¡si pudiera ver lo que su padre estaba pensando!

Era el mayor y el jefe de la panda, pero ello en sí no era muy divertido.

—¡Quiero mi tren! —estalló Greg impaciente.

En la mente de Richard se dibujó la silueta indistinta del modelo de tren prometido, silueta que fue desplazada por la de las muñecas de Mub, la pizarra de Loo, el traje de vaquero de Liam y la ametralladora de Buster. Su cabeza ardía.

—¡Dejad de pensar tan alto! —ordenó cortante—. Lo tendréis, lo tendréis todo. Lo hemos prometido.

—Ya lo sé, pero... —dijo Greg.

—¿Cómo? —completaron los demás a coro.

—Para eso hemos abierto la Investigación, para descubrirlo —replicó Richard—. Y nunca lo descubriremos si seguís rumiando cosas. ¡Silencio, pandilla, y atención!

El silencio llenó la habitación y hasta los ruidos mentales cesaron. Richard comenzó a hablar en un susurro: había descubierto que si hablaba mientras pensaba evitaba que su mente vagara o se fijase en otra cosa. Y, además, había aprendido algunas palabras adultas nuevas y quería impresionar a la pandilla con ellas.

Dijo:

—Hace dos semanas, papá nos preguntó a Buster y a mí lo que queríamos para Navidad y nos habló de Santa Claus, que nos traerá cualquier cosa que queráis, o cualesquiera dos cosas o cualesquiera tres cosas, razonablemente, según dice papá. Buster no se acuerda de la Navidad pasada, pero el resto de nosotros sí y así es como ocurre. Cuelgas tus calcetines y por la mañana los encuentras llenos de dulces, de manzanas, de todo, pero lo gordo que has pedido, eso lo encuentras en la cama. Aunque los adultos no parecen saber con seguridad cómo llegan allí...

—En un trineo con renos —susurró excitado Greg.

Richard negó con la cabeza.

—Ninguno de los adultos puede decir cómo ocurre exactamente, se limitan a decir que Santa Claus ha de venir, nos ha de dejar los juguetes y que no hay que preocuparse por ello. Pero nosotros no podemos menos que preocuparnos. He aquí por qué vamos a hacer una Investigación para descubrir lo que ocurre de veras. No podemos comprender de qué manera un hombre, aunque tenga un trineo y renos mágicos que vuelan, puede repartir todos los juguetes en una noche... —Richard respiró profundamente y prosiguió sin olvidarse de usar las nuevas palabras de los adultos—. Distribuir todo su material en el curso de una noche única es una imposibilidad lógica.

Buster, Mub y Greg se quedaron impresionados. Loo pensó: «Richard es un pretencioso», y Liam dijo:

—Yo creo que Santa Claus va en un avión a chorro.

Aturdido ante la múltiple reacción de sus palabras, Richard iba a susurrar «¡So bizca!» a Loo, cuando lo pensó mejor y dijo:

—Los aviones a chorro hacen ruido y lo recordaríamos si lo hubiéramos oído la última Navidad. Pero lo que hay que hacer en una Investigación es ir derechos a los hechos y luego dar con la respuesta —y añadió mirando a Loo— mediante un

proceso de razonamiento deductivo.

Loo no dijo ni pensó una palabra.

—Perfecto, pues —prosiguió Richard enardecido—: he aquí lo que sabemos...

Nombres: Santa Claus. Descripción: un hombre grande incluso al lado de un adulto, complexión elástica, ojos azules, pelo y barba blancos. Viste gorra, chaqueta y pantalones rojos, adornados todos con pelusa blanca; lleva también cinturón negro que brilla y botas hasta la corva. Según minuciosas preguntas hechas a los adultos, éstos coincidían en cuanto a la vestimenta, aunque ninguno admitía haberlo visto nunca.

El padre de Liam había sido interrogado intensamente en este sentido y había acabado por reconocer que él lo sabía porque así se lo había dicho el abuelo de Liam. El acuerdo general se extendía también a la cuestión de que vivía en algún punto del Polo Norte, en una cueva secreta bajo el hielo. Al parecer, la cueva contenía fábricas y almacenes de juguetes.

Se sabía bastante acerca de Santa Claus. El punto más importante era el que tocaba a sus métodos de reparto. En Nochebuena, sin embargo, ¿volvía una y otra vez al Polo Norte cuando necesitaba volver a cargar el trineo? Si ocurría así, la forma de obrar era muy aventurada y la pandilla tenía buenas razones para sentirse preocupada. No querían que hubiera dificultades en Nochebuena, como, por ejemplo, que los juguetes se retrasaran o que llegaran confundidos. Si algo querían, era que llegasen pronto y bien.

Dos semana atrás, Richard había visto a su madre empaquetar algunos juguetes en una caja. Ella le había dicho que eran para los huérfanos, ya que Santa Claus nunca los visita.

La pandilla tenía que asegurarse de que todo iba a salir bien. Imagínense un despertar en la mañana navideña en que uno descubre que no es más que un huérfano.

—No hemos obtenido más información a este respecto —continuó Richard—, de manera que tenemos que encontrar la cueva secreta y ver de qué modo hace el reparto. Pandilla, fue ésta vuestra última misión; vuestros informes serán valiosísimos para nuestro cometido. Primero tú, Mub.

Mub negó con la cabeza, no tenía nada de que informar. Pero había una imagen de fondo en que se apreciaba la cara de su padre con aspecto de furia, de tener malas pulgas y no muy buenas intenciones, y una solemne bofetada producida por la mano amplia y de palma rosada que su padre tenía y que había herido mucho más su dignidad que su trasero. A veces, su padre jugaba con ella durante horas y ella no hacía más que preguntarle cosas en todo momento, pero otras veces entraba el individuo soltando incoherencias y tropezando en los objetos, tal como hacía Buster cuando aprendía a andar, y en esos momentos había tortazos en vez de respuestas. Mub no sabía qué hacer respecto de su padre en tales ocasiones.

Sin pronunciar una palabra todavía, la chica levitó sobre la cama y se dirigió al ventanal. Miró al exterior, al desierto frío e inundado de luz lunar y a los distantes

edificios en que trabajaba el padre de Richard.

—¿Loo? —dijo Richard.

Tampoco ésta tenía nada que decir.

—Liam.

—Esperaré al final —dijo Liam con presunción; estaba claro que tenía cosas importantes que decir, pero se limitaba a pensar en las gaviotas para evitar que Richard se enterase del asunto.

—Como quieras; tú, Greg.

—Descubrí dónde se almacenan algunos juguetes —comenzó Greg; y se puso a describir un viaje, con su madre y su padre, a la ciudad y a esos lugares llamados tiendas; dos de éstas habían resultado estar llenas de juguetes; luego, al volver a casa de nuevo, su padre le había dado una somanta y lo había enviado a la cama sin cenar.

—¡Oooh! —exclamaron Loo y Mub con afecto.

La causa era, explicó Greg, que había visto un tractor muy bonito, con cadenas de locomoción capaces de hacerle ascender por montañas de libros y cacharros. Cuando volvió a casa estuvo pensando mucho en él y entonces había creído que tal vez pudiera conseguirlo de la manera que todos hacían cuando se encontraban en algún sitio y veían que se habían dejado en otro lugar distinto aquellos juguetes con los que querían jugar. Su padre lo descubrió jugando con el tractor y le propinó cuatro azotes con los calzones bajados, y le dijo que no estaba bien coger cosas que no eran de uno y que el tractor tenía que volver a la tienda.

Pero los golpes cesaron de doler al cabo de un rato y estaba ya despierto cuando su madre le dio un abrazo y tres grandes chocolates con crema. Acababa de comerlos cuando entró su padre y le llevó algunos más...

—¡Oooh! —exclamaron Loo y Mub con envidia.

—¿Caramelos para mí? —preguntó Búster; cuando estaba excitado regresaba al lenguaje infantil; Greg susurró «Noch», vocablo absurdo que usaba cuando pensaba «No», y añadió en silencio:

—Yo me los zampo todos.

—Volviendo al tema de nuestra Investigación —dijo Richard con firmeza—. Anteayer, mi padre nos llevó a Buster y a mí a una tienda. Yo había estado antes en la ciudad, pero en esta ocasión fui capaz de hacer preguntas. He aquí los resultados de mis pesquisas. No todo el Mundo sabe siempre lo que quiere para Navidad, de manera que las tiendas exponen todos los juguetes de qué dispone Santa Claus para que se sepa lo que hay que pedir. Pero los juguetes que hay en las tiendas no pueden tocarse hasta Navidad, igual que los que están en el Polo Norte. Papá así lo dijo y cuando hablamos con Santa Claus, éste dijo lo mismo...

—¡Santa Claus!

Un tanto embarazado, Richard prosiguió:

—Sí, damas y caballeros: Buster y yo hablamos con Santa Claus. Nosotros... le preguntamos acerca de su trineo y sus renos y luego acerca de lo que a nosotros nos

parecía un problema lógicamente insoluble: el suministro y la distribución. Cuando le preguntamos esto, él se puso a mirar a papá y papá se puso a mirar las moscas que pasaban, y entonces vimos que su barba estaba sujeta con un elástico. Cuando acabamos de formularle las preguntas oportunas —continuó Richard—, nos dijo que éramos unos chicos muy listos y que tenía que admitir que él no era más que uno de los representantes de Santa Claus, enviado para felicitar las Navidades a todos los chicos y chicas, ya que el propio Santa Claus estaba muy atareado haciendo los juguetes. Dijo que Santa Claus ni siquiera nos diría cómo se las apañaba, que era Alto Secreto, pero que él, por su parte, sabía que Santa Claus tenía ordenadores electrónicos y otros cachivaches y que creía en la ciencia moderna y que le gustaba estar al día en esos asuntos. De manera que, en ese punto, agregó, no teníamos que preocuparnos por nuestros juguetes, ya que todo estaba bajo control, y llegarían a su hora. Era un tipo magnífico —concluyó Richard— y no se inmutó cuando le descubrimos el disfraz y le hicimos las preguntas. Incluso nos dio un par de regalitos a cuenta.

Mientras terminaba, Richard no pudo menos de preguntarse si aquel representante le había contado todo lo que sabía, ya que se había mostrado muy intranquilo ante algunas preguntas. Richard pensaba que era una lástima que no pudiera atender a lo que todos pensaban en vez de estar ceñido a los críos de su banda. Si supieran tan sólo dónde estaba aquella cueva secreta...

—Yo lo sé —dijo Liam de pronto—. Lo he descubierto.

Todos se lanzaron a hacer preguntas a la vez y se pusieron a hablar en vez de pensar. ¿Dónde estaba?

¿Había visto a Santa Claus? ¿Estaba mi tren allí? ¿Había juguetes de...? En su mente, Richard tronó:

—¡Silencio! Vais a despertar a mi padre. Yo haré todas las preguntas —dijo a Liam—: ¡Magnífico! ¿Cómo diste con ella?

Una de las habilidades de Liam —que compartía con Greg y Buster y, en menor grado, con las niñas— era que se ponía a pensar en un lugar en que deseaba estar y en seguida se plantaba allí. O, para precisar más aún, en seguida se plantaba en uno de los lugares que más se parecían a aquél al que quería ir. No pensaba tanto en el sitio como en el objeto que deseaba: era una cuestión de ambiente más que de geografía. Decidía si el lugar había de tener noche, día, lluvia, luz solar, nieve, árboles, hierba o arena y luego concretaba otros detalles menores. Cuando su imagen mental estaba completa, iba hasta allí, o bien iban todos, excepción hecha de Richard. Liam y Greg habían encontrado cantidad de sitios estupendos de esta manera, sitios que la pandilla usaba cuando se cansaba de jugar en el patio de este o aquel miembro, ya que cuando iban a uno de esos lugares sabían siempre de qué forma volver.

En aquella ocasión, Liam se había esforzado por dar con cuevas heladas que contuvieran juguetes y pesebres para renos, pero no había encontrado ninguna. Al parecer no existía ningún lugar semejante. Luego se puso a preguntarse cómo sería un

lugar en que hubieran de fabricarse y almacenarse los juguetes y hasta repartirse con rapidez. La respuesta fue que tenía que tratarse de una máquina. No podía ser tan ruidosa y mugrienta como la fábrica a que su padre lo había llevado el pasado verano, en Derry, pero tenía que tratarse de un lugar mecanizado.

Claro que podía no haber juguetes, ya que éstos podían estar por fabricar o trasladar todavía. Y si, como había sugerido Richard, los trineos y los renos estaban pasados de moda, entonces había que quitarlos también de la imagen. Y en cuanto a la cueva de hielo, vaya por Dios, tenía que consistir en un sitio helado para que Santa Claus trabajase allí, pero si éste ponía en marcha la calefacción las paredes se derretirían, o sea que la cueva podía prescindir del hielo perfectamente. Con lo que él se quedaba era con una gran fábrica subterránea, tal vez un almacén, en el Polo Norte o en zona cercana.

No era una descripción muy buena del lugar que había buscado, pero había dado con éste.

En la mente de Liam se hallaba el recuerdo de un pasillo inmenso y resonante, tan grande que se diría era una calle. Estaba limpio, brillante y completamente vacío. En el techo había una especie de grúa con muchos ganchos colgando, un poquito parecidos a las grúas que había visto trasladando carbón en los muelles, sólo que las que él recordaba estaban pintadas de rojo y verde, y a ambos lados del pasillo se alineaban filas de formas altas, espléndidas, inconfundibles: cohetes.

¡Cohetes!, pensó Richard excitado: ¡he ahí la respuesta! Los cohetes eran lo más rápido de todo, aunque no se explicaba todavía cómo se repartían los juguetes. Sin embargo, lo descubrirían con facilidad ahora que conocían el secreto de la cueva.

—¿Buscaste dentro los juguetes? —preguntó Greg, justo antes de que los demás hicieran la misma pregunta.

Liam lo había hecho. Muchos de los cohetes estaban llenos de maquinaria mientras que la proa parecía contener una especie de material rutilante. Todos los cohetes que había visto eran iguales y se había cansado de flotar en torno de la proa de los cohetes y había abandonado la exploración. En la otra punta del pasillo había un letrero muy grande y cosas escritas en él, cosas muy divertidas. Había llegado hasta el cartel cuando dos adultos con pistola entraron corriendo y le gritaron palabras absurdas. Había tenido miedo y se había alejado de allí.

Cuando acabó Liam, las niñas lo felicitaron y el agujero que tenía en el peto del jersey comenzó a hacerse más y más grande. Greg quiso acabar con aquello y afirmó:

—No eran palabras absurdas. Me refiero a lo que los guardias te gritaron. Si pudieras recordar mejor el sonido, yo podría decirte el significado...

Richard pensó con impaciencia que justo cuando las cosas se estaban poniendo la mar de interesantes se iba a liar el asunto con que si las palabras eran absurdas o no. Buster, Liam y él podían entenderse entre sí tanto si pensaban como si hablaban, pero cuando uno de los otros hablaba en voz alta entonces sí que se desataba el absurdo. Pero ellos opinaban lo mismo acerca de Richard, Liam y Buster cuando hablaban en

voz alta. Aunque lo divertido era que Loo, Mub y Greg no podían entenderse entre sí tampoco.

Richard opinaba que esto era así porque vivían en lugares diferentes, como pasaba en las imágenes que había estudiado en las revistas de *National Geographic* de su padre. Gracias a éstas había llevado hasta él el lugar en que vivía Liam, una aldea de pescadores en la costa de Irlanda del Norte. Por qué hablaban allí una forma risible, aunque reconocible, de inglés americano era algo que Richard no sabía. Loo y Mub eran casos más difíciles; había un par de sitios en que la gente tenía ojos torcidos o piel oscura y pelo negro rizado. Greg era el imposible porque no tenía piel ni pelo ni ojos especiales. Su gente se ponía sombreros de piel en invierno, pero no era un gran detalle del que partir...

—¿Qué hacemos, Richard? —dijo Liam—. ¿Seguir pensando en la cueva? No creo esté en los viejos libros de tu padre.

Richard pensó para sí durante un rato; luego abrió su mente y preguntó:

—¿Cuánto tiempo tenéis?

Mub dijo que hasta la hora de la cena. Greg había acabado de desayunar y supuestamente estaba jugando en el cobertizo hasta que pasaran tres o cuatro horas. El tiempo de Loo era parecido al de Greg. Liam pensó que, donde él vivía, estaban a punto de desayunar, pero que a su madre no le importaba si se quedaba en la cama en aquellas mañanas tan frías. En cuanto a Buster, lo mismo que Richard, disponía de toda la noche.

—Perfecto —dijo, una vez asimilados todos los informes—. Parece que la cueva que encontró Liam no es la auténtica: los cohetes no contenían juguetes. Quizá se trate de un lugar desde el que enviar los juguetes que aún no han llegado del taller de Santa Claus. Lo que buscamos es este taller y no tiene que ser difícil ahora que sabemos la clase de sitio que buscamos: un lugar subterráneo con cohetes.

A medida que proseguían sus pensamientos, éstos fueron haciéndose autoritarios.

—Tenéis que encontrar esos lugares subterráneos y ver qué pasa en ellos. No podemos estar seguros de nada de cuanto aquí hemos discutido, ya que pudiera tratarse de una entre cientos de cuevas. Cuando deis con una, no permitáis que os vea nadie, mirad si hay juguetes y ved si podéis encontrar la oficina del hombre que esté a cargo del lugar. Si es Santa Claus o si tiene la apariencia de un tipo amable, hacidle preguntas. Y recordad decir por favor y gracias. Si no es un tipo amable o no hay nadie, buscad cosas hasta donde podáis. ¿Enterado todo el Mundo?

Todo el Mundo pensó: Sí.

—Perfecto, pues. Greg irá a la cueva que encontró Liam, porque él puede entender lo que la gente decía. Liam y Buster buscarán cuevas por su cuenta. Pero recordad, que una vez veáis que no hay juguetes, tenéis que marcharos y buscar otro sitio distinto. No perdáis el tiempo. Mub y Loo se quedarán aquí por si necesitáis su ayuda; pueden ir a nuevos lugares tan fácilmente como los chicos.

La boca de Richard se quedó seca de pronto. Y terminó:

—De acuerdo, chicos: al trabajo.

Buster desapareció de pronto en medio de un «¡Ondiá!» de excitación. Liam permaneció todavía un momento pensando:

—Pero ¿por qué había guardias en la cueva?

—Quizá —replicó Greg— para proteger los juguetes de los delincuentes juveniles. No sé lo que es esto exactamente, pero mi padre dice que rompen y roban cosas y que si me quedaba el tractor que había cogido de la tienda, sería uno de ellos cuando creciera.

Liam y Greg desaparecieron en calma. Loo y Mub se pusieron a reunir los juguetes de Buster. Flotaron sobre la cama de éste y se pusieron a jugar a casitas.

Richard se metió en la cama y se quedó tumbado apoyado en los codos. Buster era el miembro de la pandilla que solía meterse en más jaleos, de modo que fue el primero con quien sintonizó mentalmente. Pero su hermano estaba en un lugar en que cada cohete estaba sostenido por una grúa particular en vez de permanecer derecho por su cuenta. El ruido de voces y de pasos resonaba en todo el lugar de una manera fantasmal, pero su hermano no había sido localizado. Buster informó que había mirado dentro de la proa de los cohetes y que éstas estaban llenas de chatarra y de cierta tela que echaba chispas y le daba miedo.

La tela no echaba chispas, por supuesto, pero Buster tenía la habilidad de mirar a través de los objetos —objetos como paredes de ladrillo y capotas de motor— y cuando miró dentro de la proa del cohete, la tela chispeaba. Igual que los alambres de la electricidad en casa, pensó, sólo que peor. No había juguetes ni la menor señal de Santa Claus, de manera que iba a marcharse a otro sitio. Richard conectó con Greg.

Greg estaba en la cueva que encontrara Liam. Dos de los guardias hablaban todavía de haber visto a un crío en pijama. Greg iba a echar un vistazo más y luego se dirigiría a otra parte. El informe de Liam era más o menos parecido al de su hermano, sobre todo en lo tocante al material de la proa de los cohetes, que le daban demasiado miedo para acercarse más. Richard cerró todo contacto y se puso a pensar para sí.

¿Por qué había guardias en las cuevas? ¿Para proteger los juguetes de los ladrones, de cualquier daño, como había sugerido Greg? Pero, en ese caso, ¿dónde estaban los juguetes? La respuesta a esta pregunta era que algunos se encontraban en las tiendas...

De pronto recordó un fragmento de conversación sostenida la víspera entre su padre y su madre cuando entraron en una tienda. Richard no sabía exactamente lo que pasaba porque había estado ocupado en que Buster no tropezara con nada. Papá había preguntado a su madre si quería algo para Navidad: un collar o un broche, etc.. Mamá había dicho: «Oh, John, sería estupendo, pero...» Entonces, un tipo que estaba tras el mostrador se había acercado a su padre, le dijo no sé qué y se fue de nuevo. Papá había dicho que bueno. Entonces había dicho mamá: «Pero, John, ¿estás seguro de que puedes hacerlo? Es un robo, un robo descarado. Los tenderos suelen ser todos unos piratas en Navidad».

Guardias que vigilaban el lugar, según la teoría de Greg, y los comerciantes eran los que robaban en Navidad. Todo comenzaba a tener sentido, pero Richard estaba preocupado por la imagen de conjunto que se iba formando.

Loo y Mub tenían la almohada y el oso de trapo flotando encima de la cama y entre ambos objetos, formando un ocho, se veía el camión roto de Buster. Pero como hacían lo posible por no hacer ruido, Richard no les dijo nada. Quiso conectar con los otros de nuevo.

Buster había encontrado otra cueva; lo mismo ocurría con Liam. Greg había estado en otras tres: todas eran pequeñas y llenas de cosas que no buscaba la pandilla. Todos los cohetes de que se informaba estaban llenos de la misma cosa desconcertante, y no había señales ni de juguetes ni de Santa Claus. Etcétera. Los ojos de Richard comenzaron a cerrarse y tuvo que sentarse en el borde de la cama para no dormirse.

Mub estaba echada en la cama de Buster, haciéndose la mamá enferma y Loo estaba de rodillas a su lado, haciendo como que era la enfermera. Habían hecho trizas el camión y alrededor de la almohada y del oso de trapo flotaba una serie de fragmentos en órbita. Richard sabía que más tarde compondrían el camión antes de que se fueran a casa y hasta probablemente lo arreglarían. Deseó poder hacer algo tan útil y comenzó a preguntarse si Loo podría desplazar también a las personas.

Nada más mencionárselo, la niña dejó de ser una enfermera para ponerse a hacer experimentos. Richard hizo lo que pudo por quedarse sentado en el borde de la cama, pero Loo lo forzaba a caer de espaldas. Era como si un cojín grande y blando le empujara por los brazos y el pecho. Cuando quiso interponer los codos, nuevos cojines le hicieron elevar los brazos. Una vez lo hubo forzado a permanecer tumbado, Loo le dijo que quería volver a jugar a enfermeras. No le gustaba el otro juego porque le provocaba dolor de cabeza.

Richard se puso a conectar otra vez con los exploradores.

Buster estaba ya en su cuarta cueva, mientras que Liam y Greg estaban en la séptima y la novena, respectivamente. La sorprendente velocidad de la busca se explicaba por el hecho de que no tenían que caminar de aquí para allá dentro de las cuevas: se limitaban a *ir*. El cansancio de las piernas, descubrió Richard, había sido la razón de que todos hubieran pensado la misma idea feliz. Lo que parecía enervar a los guardias, claro. Allí donde iba la pandilla siempre conseguían poner nerviosos a los guardias —era difícil resguardarse de tanto vigilante—, pero nunca se habían detenido tanto en ningún sitio que pudiesen atraparles. Habían topado con muchos cohetes pero ni rastro de taller de juguetes ni de Santa Claus.

Richard estaba ya seguro de que los guardias eran soldados. En ciertas cuevas llevaban uniformes verde oscuro con cinturones negros y trebejos rojos en los hombros, y sólo Greg podía entender las palabras que decían. En otra parte, en la cueva que había buscado Liam al principio, vestían uniformes grisazulados con botones brillantes y franjas en las mangas y Liam había podido entender sus palabras.

Luego, en muchas otras cuevas estaban vestidos como en aquella foto de papá, tomada cuando trabajara en un lugar llamado Corea.

Pero ¿dónde estaba Santa Claus? Durante las tres horas siguientes, la búsqueda de su paradero continuó siendo un fracaso. Mub fue a su casa a desayunar y Loo a cenar, ambas con orden de volver a la noche siguiente, acaso antes, si las llamaba Richard. Liam tenía otras dos horas antes de que su madre fuera a levantarlo de la cama. Greg tenía que irse a cenar.

Pero volvió a la media hora para seguir buscando cuevas y fue entonces cuando Richard advirtió algo muy divertido en los informes que le llegaban. Era como si estuvieran viendo las mismas cuevas por segunda vez: las mismas grúas pintadas de rojo, la misma disposición de los cohetes, incluso las mismas caras de los guardias. La única explicación que podía darse era que estaban en las mismas cuevas del principio.

Sin perder un instante advirtió a la pandilla de sus sospechas y abrió su mente para recibir y retransmitir. Esto significaba que Buster, Greg y Liam sabían todo lo que estaba en todas y cada una de las mentes puestas en acción, un todo tocante a la búsqueda y al número total de cuevas halladas hasta el presente, junto con sus características identificadoras. Sabiendo esto evitarían volver sobre un terreno ya explorado por otro miembro de la pandilla. Richard les dijo entonces que buscaran nuevas cuevas.

Lo hicieron pero no encontraron ninguna. En conjunto habían cubierto cuarenta y siete, todas sitas en grandes espacios subterráneos, con cientos de cohetes en ellas, debajo de lugares más pequeños con unos cuantos solamente. A la sazón parecía estar claro que se trataba de todas las cuevas existentes y que en ninguna de ellas había ni rastro de Santa Claus.

—Algo ha fallado, pandilla —dijo Richard con preocupación—. Tenéis que volver a las cuevas más grandes y mirar un poco mejor. Esta vez tenéis que preguntar.

—Pe... pero los guardias lo persiguen a uno y gritan —dijo Greg—. Y dan miedo.

—Tengo hambre —dijo Buster.

Richard no le hizo caso y dijo:

—Buscad en las cuevas más grandes otra vez. Buscad los sitios de importancia, lugares en que haya muchos guardias. Encontrad al jefe de todos y hacedle preguntas. Y no os olvidéis de decir por favor y gracias. Los adultos te dan prácticamente todo lo que pides si dices por favor...

Había pasado un rato y nada había ocurrido. Richard seguía pendiente sobre todo de Buster, porque su hermano tenía cierta tendencia a olvidar lo que estaba buscando si algo de interés le salía al paso. Buster comenzaba a tener una gazuza tremenda y un aburrimiento fenomenal.

El contacto siguiente lo estableció con Liam, que apareció oculto detrás de un ancho armario metálico y mirando al interior de una habitación muy grande. Tres

paredes estaban llenas de arriba a abajo de otros armarios, algunos de los cuales producían ruidos zumbantes y vibrantes y encendían y apagaban luces. La sala estaba vacía de toda presencia, salvo de un guardia que se encontraba en la puerta, pero siempre había estado igual. Richard pudo ver en la mente de Liam el recuerdo de dos hombres en la sala que habían hablado y se habían marchado antes de que Liam pudiera preguntarles nada. Vestían uniformes grisazulados y uno tenía una cosa de oro en la gorra. Liam recordaba todas las palabras que habían intercambiado, incluso aquéllas más largas y que no comprendía.

Las cajas de las luces relampagueantes se llamaban Ordenador Principal y éste daba velocidad y Trayectoria a cada uno de los cohetes que había en la cueva y a unas veinte más semejantes, con lo que podían enviarse al lugar que se deseara con sólo darle al botón apropiado. Podía decir a cientos y cientos de cohetes dónde tenían que ir, cosa que ocurriría nada más hubiera un blip. Liam no sabía lo que era un blip. ¿Lo sabía Richard?

—No —dijo Richard con impaciencia—. ¿Por qué no se lo has preguntado a uno de los guardias?

Porque el hombre con la cosa de oro en la gorra había dicho al guardia que la situación estaba empeorando, que los informes procedentes de las demás bases afirmaba que había Infiltraciones y que se estaba empleando algún arma de tipo alucinatorio, ya que los guardias insistían en que los saboteadores no eran adultos. Había dicho que contaba con un truco así de sucio justo antes de Navidad y ordenó al guardia que matase a toda persona sin autorización que quisiera entrar en la sala del ordenador. Liam no sabía lo que era una persona sin autorización, pero pensó que podía referirse a él. De todos modos, tenía hambre, su madre esperaba que se levantara de un momento a otro y quería volver a casa.

—Haz lo que te dé la gana —dijo Richard.

Quizás usara trineo y reno cuando papá era joven, pensó con excitación, y ahora haya preferido los cohetes. Los ordenadores le dicen dónde ha de ir, tal como nos dijo el representante de Santa Claus.

Pero ¿por qué habían dicho a los guardias que matasen a las personas? A las personas sin autorización, cosa que sonaba a gente sórdida, acaso igual que delincuentes juveniles. ¿Quién estaba utilizando un truco así de sucio justo antes de Navidad? ¿Y dónde estaban los juguetes? En pocas palabras, ¿quién estaba entrometiéndose en su Navidad y en la de todos los demás?

La respuesta fue haciéndose cada vez más patente en la mente de Richard y cuando alcanzó el último grado de lucidez lo puso tan furioso que habría atizado a cualquiera. Pensó en conectar con Greg, pero en seguida decidió que debía ver si podía arreglar las cosas en vez de limitarse a descubrir cuántas otras habían salido mal. Así que llamó a Loo y a Mub, las puso en contacto a través de su mente y dijo:

—Loo, ¿conoces el tirachinas que guarda Greg debajo de su colchón? ¿Puedes mandármelo sin tener que ir a buscarlo a casa de Greg?

Aquel arma rudimentaria apareció en la cama de Richard.

—Magnífico —dijo—. Ahora, ¿puedes devolverlo a su si...?

El tirachinas desapareció.

Loo no estaba haciendo nada especial en aquel momento y no le habría importado continuar con el juego. Pero para Richard no era ningún juego, sino una prueba.

—Mub, ¿puedes hacer tú lo mismo?

El padre de Mub estaba en el trabajo y su madre se encontraba cocinando. Mub estaba a punto de comerse una cucharada de azúcar quemado. Un poco ausente contestó:

—Sí, Richard.

—¿Os cansa la cabeza al hacerlo? —preguntó con inquietud.

Al parecer no. Las chicas le explicaron que era difícil mover personas, gatitos y peces porque las cosas vivas tenían una mente con que oponer resistencia, pero las cosas muertas no podían oponerse y podían ser movidas con facilidad. Richard les dio las gracias, cambió la onda y se puso en contacto con Greg.

A través de los ojos y la mente de Greg vio un ancho escritorio y dos hombres con uniformes verde oscuro al otro lado: uno estaba detrás del otro, que era más anciano y más grande, y estaba sentado. Greg estaba sentado en una silla que había junto al escritorio, a unos pies del hombre más grande.

—Te llamas Gregor Ivanovitch Krejinski —dijo el hombre grande sonriendo; era un tipo agradable, un poco como el padre de Greg, con pelo gris oscuro y rayas en el rabillo de los ojos; parecía tener miedo de Greg, pero hacía lo posible por ser amable; Greg, y también Richard a través de éste, se preguntaron por qué tenía miedo.

—Y dices que tus padres tienen una granja que no está muy lejos de cierta ciudad —prosiguió el hombre grande con amabilidad—. Pero no hay granjas ni ciudades como las que tú describes en trescientas millas a la redonda. ¿Qué tienes que decir a esto, pequeño Gregor? Creo que tienes que decirme cómo entraste aquí.

Era una pregunta difícil. Greg y los demás miembros de la pandilla no sabían cómo entraban en los lugares, se limitaban a hacerlo.

—Yo... vine, señor —dijo Greg.

El hombre que estaba en pie se quitó la gorra y se secó la frente, perlada de sudor. En voz baja habló con el hombre grande acerca de otras bases de lanzamiento que habían sido invadidas de manera similar. Dijo que las relaciones con los del otro lado habían sido buenas durante todo el año, pero era obvio que se habían dejado engañar por una falsa seguridad. En su opinión, estaban siendo atacados por un arma psicológica de nuevo cuño y todos los oficiales ejecutivos tendrían que estar con el dedo listo sobre el botón rojo, atentos a la primera señal. El hombre grande lo miró ceñudo y el otro dejó de hablar.

—Bueno —dijo a Greg—, si no puedes decir cómo entraste, Gregor, ¿puedes decirme por qué?

También sudaba el hombre grande.

—Para encontrar a Santa Claus —dijo Greg.

El otro hombre se echó a reír de manera muy graciosa, pero el hombre grande le impuso silencio y le dijo que llamase por teléfono al coronel y añadió lo que tenía que decirle. En opinión del hombre grande, el muchacho en sí no era un peligro, antes bien lo peligroso estaba en que las circunstancias de su aparición entrañaban cosas más graves. Sugería a partir de estas reflexiones que la base debía estar preparada para un lanzamiento de emergencia y que el coronel debía usar su influencia para convencer de lo mismo a las otras bases. No sabía todavía qué clase de táctica se estaba usando contra ellos, pero continuaría el interrogatorio.

—Bien, hijo —dijo, volviendo a Greg—. No puedo decirte cómo encontrar a Santa Claus con exactitud, pero quizá podamos hacer un trato. Tú me dices lo que sabes y yo te digo lo que sé.

Richard pensó que el hombre grande era magnífico y dijo a Greg que le sonsacara el máximo e interrumpió la conexión. Era hora de conectar con Buster otra vez.

Su hermano estaba a punto de descubrirse ante un hombre sentado en una pequeña estancia llena de luces coloreadas en las paredes. En una de éstas había una gran pantalla de cristal con una línea blanca que daba vueltas y más vueltas; el hombre estaba inclinado hacia delante, con las manos en las rodillas. Masticaba.

—¿Caramelos? —preguntó Buster esperanzado.

El tipo se dio la vuelta con rapidez. Una de sus manos corrió a la pistola que colgaba de su cinturón y la otra se quedó detenida sobre un botón rojo que había en el cuadro de luces, pero no lo apretó. Se quedó mirando a Buster con la cara blanca, blanca, y la boca abierta. Entre sus dientes se veía un trozo pequeño de chicle.

Buster quedó muy frustrado; había pensado que el hombre podía estar comiendo pasteles o caramelos de chocolate. Pero el chicle no le apetecía cuando tenía hambre. Sin embargo, si se comportaba correctamente, el hombre le daría un pedazo y hasta le diría dónde estaba Santa Claus.

—¿Cómo está usted? —dijo con cuidado.

—B-bien, gracias —dijo el hombre y sacudió la cabeza; apartó el dedo del botón rojo y apretó otro; se puso a hablar con alguien.

—Persona sin autorización en sala de disparo... No, no, no he pulsado el botón... Ya conozco las órdenes, joder, pero es que se trata de un crío. De unos tres años y... en pijama.

Minutos más tarde entraban corriendo dos hombres. Uno era delgado y joven y dijo al hombre del panel que mantuviera fijos los ojos en la pantalla en caso de que hubiera blip en vez de hacer el gili con el niño. El otro era grandote y ancho, muy parecido al hombre que hacía preguntas a Greg, sólo que éste llevaba corbata en vez de un cuello alto y tieso. El otro hombre miró a Buster detenidamente y luego hincó una rodilla en tierra.

—¿Qué haces aquí, hijito? —dijo con voz divertida.

—Buscar a Santa Claus —dijo Buster, mirando los bolsillos del hombre; parecían

estar vacíos hasta de pañuelo; luego, a instancias de Richard, preguntó—: ¿Qué es un blip?

El hombre que estaba en pie comenzó a hablar con rapidez. Dijo que aquello era una especie de diversión, que los guardias de todas las bases habían estado informando de la presencia de niños, que los del otro lado estaban tramando algún tipo de golpe solapado. Y justamente cuando todo el mundo creía que las relaciones no podían ser mejores. Aunque, claro, aquel niño podía no ser un niño sino un hombre disfrazado...

—¿Disfrazado de niño de tres años? —preguntó el hombre grande, poniéndose derecho.

Toda la cháchara no había servido a Richard de gran cosa y se estaba poniendo impaciente. Pensó durante un minuto y en el acto hizo que Buster dijera:

—¿Qué es un blip... *por favor*?

El viejo fue hasta donde estaba el que se encontraba ante la pantalla. Susurraron un momento y luego el primero regresó junto a Buster.

—¿No deberíamos atarle las manos? —dijo el hombre delgado.

Con voz tranquila, dijo el hombre grande:

—Contacte con el general. Dígale que hasta nueva orden considero conveniente que todas las bases de lanzamiento se mantengan en Situación Roja. Mientras tanto veré lo que puedo descubrir. Y llame al médico, podemos comprobar lo del disfraz.

Se apartó del armario recién abierto con una barrita de caramelo en la mano; le quitó el envoltorio y dijo:

—¿No le enseñaron psicología en su momento? —y a Buster—: Un blip es una señal blanca muy pequeña que aparece en una pantalla como la que ese hombre mira.

La mente de Buster se encontraba tan atareada con el caramelo que Richard tuvo dificultades para hacer que preguntara cosas. Pregúntale qué produce un blip, pensó furioso a su hermano —¿por qué no se podía penetrar en la mente de los adultos?—, y al cabo lo consiguió.

—La presencia de un cohete —dijo el hombre grande; y añadió con desconcierto—: ¡Esto es ridículo!

—¿Cómo aparece un cohete? —instó Richard.

El hombre atento a los blips se sujetaba otra vez las rodillas. Nadie le había preguntado nada, pero dijo:

—Apretando el gran botón rojo, por ejemplo... —su voz era muy ronca.

Observando y escuchando a través de la mente de su hermano, Richard decidió que había observado y escuchado suficiente. Durante algún rato había estado preocupado por el bienestar, de Greg, Liam y Buster: no se hacía más que hablar de disparos, y, además, los guardias miraban de manera muy rara a aquellos niños que ningún daño podían hacer. Richard había visto disparar a la gente en la televisión y aunque no había pensado mucho en lo que podía significar estar muerto, el recibir un tiro le parecía una cosa muy triste. No quería que ocurriera eso a ninguno de la

pandilla, sobre todo en aquel momento en que había llegado a la conclusión de que no había razones para proseguir con la búsqueda.

Santa Claus estaba oculto en algún sitio, y si lo que Richard sospechaba era cierto, no podía reprochárselo. *Pobre Santa Claus*, pensó.

Con rapidez, Richard ordenó suspender la busca. Creía saber lo que iba a seguir, pero quería pensar un poco más antes de decidir nada. Apenas había terminado de hacerlo cuando Buster apareció en su cama chupando todavía la barrita de caramelo. Richard le pidió la mitad y se metió también en la cama. Pero no durmió.

Mub y Loo no habían visto ninguna cueva todavía, de manera que podía aprovechar esta circunstancia. Utilizando los datos disponibles en las mentes de los tres chicos, se sentía capaz de dirigir a las chicas por las cuarenta y siete cuevas sin ningún problema. Las chicas fueron vistas un par de veces, pero no ocurrió nada: ellas se limitaron a mirar, no a hacer preguntas. Cuando estuvo seguro de que habían entendido las intenciones últimas, Richard las devolvió a su casa, aunque les recomendó que practicasen con piedras y objetos que él pudiera ver desde la ventana. Luego, se tendió de costado y se quedó mirando el desierto bañado por la luz de la Luna.

Las piedras menudas y los grandes terrones comenzaron a moverse. Adoptaban diversas disposiciones: trazaban círculos, cuadrados y estrellas, o bien se colocaban en montón. Pero casi todas cambiaban de ubicación con una velocidad tal que Richard apenas podía seguir el movimiento. Los Poster de una valla desaparecieron y los alambres quedaron sueltos aunque no rotos, y algunos arbustos aparecieron flotando en el aire sin afectar para nada el terreno ni sus propias raíces. Una hora después les dijo Richard que parasen y les preguntó si estaban seguras de que aquello no les cansaba la cabeza.

Ellas dijeron que no, que movilizar cosas muertas era sencillo.

—Pero vais a tener que hacerlo muy rápido —comenzó Richard.

Al parecer eso no importaba. Siempre que supieran dónde estaban los objetos los moverían con igual facilidad, *así*, y Mub le envió la imagen de su padre chasqueando los dedos. Tranquilizado, Richard les dijo que lo devolvieran todo al desierto, tal como había estado antes, y que se dispusieran a conocer los otros lugares de que les había hablado. Se alegraron mucho de poder combinar los asuntos de la pandilla con sus propias diversiones.

Richard oyó pasos en la escalera. Era la hora del desayuno.

Desde las primeras horas de la mañana, Richard había estado seguro de saber qué había ido mal con todo aquel negocio navideño, y que la banda tenía que arreglar lo desarreglado. Era una responsabilidad aterradora para un niño de seis años y el problema estaba en que él no sabía lo que pudieran decir los adultos. Lo que quería hacer podía acarrear consecuencias nefastas si su padre llegaba a enterarse: incluso podían pegarle. Los padres de Richard le habían enseñado a respetar la propiedad ajena.

Pero su padre solía estar un tanto amodorrado a la hora del desayuno. Acaso pudiera hacerle algunas preguntas sin que su padre tuviera que devolverle otras tantas.

—Papá —dijo mientras terminaba el cereal—, ¿conoces todos esos cohetes que tiene Santa Claus en las cuevas secretas del Polo Norte? ¿Y los cachivaches que hay en la proa de los cohetes, a los que da miedo acercarse...?

Su padre sacudió la cabeza, hizo cara de no entender ni gorda y se puso a hablar con mamá. Dijo que nunca habría aceptado un trabajo tan alejado de la casa si no hubiera confiado en que la madre, en sus tiempos maestra de escuela, iba a mirar por la educación de los niños. Pero parecía obvio que ella estaba forzando demasiado a Richard y que era muy joven para saber nada de bases atómicas. A lo que respondió la madre que no iba a creerle si le decía que Richard podía leer el *National Geographic*. Estaba claro que le había enseñado cosas que sobrepasaban las posibilidades de un niño de seis años, pero era por la sencilla razón de que Richard podía asimilarlo: no es que ella fuera una madraza, sino que Richard era un niño muy despabilado. Por cierto, ella no le había hablado nunca de bases nucleares; tenía que haberlo leído él en alguna revista.

Y así siguió la cosa. Richard suspiró, considerando que cada vez que hacía una pregunta complicada su padre y su madre se liaban a hablar de su proceso educativo y hacían caso omiso de la pregunta en cuestión.

—Papá —dijo Richard durante una pausa—. Son los juguetes de los grandes, ¿verdad?

—¡Sí! —le soltó el padre—. Pero la gente mayor no quiere jugar con esos juguetes. Es más, viviríamos mejor sin ellos —desvió la conversación en el acto y volvió a discutir con la madre; Richard se excusó y se fue, enviando a Buster el pensamiento de que lo siguiera cuanto antes.

De modo que la gente mayor no quería sus juguetes, pensó Richard con satisfacción ceñuda. Lo que significaba que la pandilla podía seguir adelante.

Todo el día lo pasó Richard atendiendo los movimientos de Loo y Mub. Las chicas eran rápidas, pero había una gran cantidad de cosas por hacer e hizo que Greg y Liam las ayudaran: también los chicos podían mover cosas, aunque no con tanta rapidez como las chicas. Pero como habían estado despiertos tanto tiempo, uno por uno se fueron quedando dormidos. Cuando el sueño venció a Buster y a Richard, su madre pensó que habían caído enfermos, aunque estaban tan frescos como de costumbre cuando llegó el padre, así que no lo mencionó. Aquella noche, la pandilla volvió a reunirse en el dormitorio.

—Olvidaremos por ahora las Actas de la última sesión —comenzó Richard formalmente, y a continuación les abrió su mente a todos.

Hasta entonces habían actuado todos a tenor de sus órdenes, pero por las cosas que habían estado haciendo tenían que haber deducido lo que se proponía; en aquel momento, sin embargo, lo *supieron*. Él les dio todas las piezas del rompecabezas y les

hizo ver cómo encajaban.

Las evasivas de los padres, la superabundancia de los almacenes de juguetes y los ordenadores que podían dirigir un cohete hasta cualquier lugar del Mundo. Un representante de Santa Claus extrañamente inquieto —sin duda estaba bajo vigilancia—, las cuevas secretas vigiladas por soldados irritados, comerciantes que eran ladrones. Y delincuentes juveniles, y un Santa Claus que era inencontrable porque tenía que haberse espantado y escondido, ya que sin duda sentía vergüenza de dar la cara a los niños y de tener que confesar que le habían robado los juguetes.

Obviamente, los delincuentes juveniles habían entrado en las cuevas de Santa Claus y las habían dejado limpias, dejando sólo en ellas los juguetes de los adultos que éstos ya no querían: esto explicaba por qué los guardias de Santa Claus estaban tan furiosos con todo el Mundo. Luego, los juguetes robados se habían enviado a los comerciantes, que probablemente actuaban en connivencia con los delincuentes. Así de sencillas eran las cosas. Santa Claus no aparecería aquella Navidad y nadie recibiría juguetes, a menos que la pandilla hiciera algo al respecto...

—Hemos de conseguir que los niños tengan por lo menos *algo* —prosiguió Richard malhumorado—. Pero ninguno podrá tener lo que pidió. No hay forma de saber lo que significan para todos nosotros todos esos cientos de cohetes. De manera que aceptaremos lo que sea. Lo único que ocurrirá es que haremos que la Navidad tenga lugar tres días antes. Pandilla, a trabajar.

Buster volvió a la sala en que le habían dado el caramelo la noche anterior, aquella sala en que había un hombre que miraba una pantalla con una línea blanca dando vueltas. Pero a la sazón entró sin que lo advirtieran y permaneció oculto: iba a actuar sólo como ojos de la pandilla. Entonces, Mub y Loo conectaron con la sala distante a través de la mente de Buster y la de Richard y comenzaron a mover al hombre que estaba sentado ante la pantalla. Más exactamente, movieron su mano y su brazo en dirección al gran botón rojo.

Pero el adulto no quería apretar el botón y provocar blips. Luchó por mantener apartada la mano con tanta tenacidad que Loo se quejó de que le dolía la cabeza. En el acto se conjuntaron —Liana, Greg, Buster y las chicas— y se concentraron. El dedo del hombre comenzó a moverse hacia el botón y el individuo se puso a berrear a alguien por radio. Con la otra mano desenfundó la pistola y se golpeó el brazo con ella, apartándolo del botón. Se estaba portando mal, muy mal.

—¿Por qué no apretamos nosotros el botón —preguntó de pronto Greg— en vez de hacer que lo apriete otro?

Richard sintió que el rubor inundaba su rostro; eso tenía que haberlo pensado él. Un segundo más tarde, el botón se hundía hasta el fondo de su alvéolo.

Los sistemas de Alarma General eran eficientes tanto en un lado como en otro. Al cabo de tres minutos, las cuarenta y siete bases de misiles habían lanzado o estaban lanzando sus cohetes. Era un proceso automático, no había comprobaciones de seguridad, ya que los misiles estaban siempre dispuestos para el lanzamiento. Durante

esos mismos tres minutos, los submarinos portamisiles recibieron órdenes de ocupar las posiciones previamente asignadas en las costas enemigas y de los campos de aviación partieron gigantescos bombarderos en pos de la aniquilación total. Al igual que dos vastas bandadas de peces se enfrentan en el agua, los misiles surcaron el espacio, mientras los antimisiles les salían al encuentro con rabia suicida. Las bandadas se dispersaron y apuntaron hacia la tierra, desviando su curso, llevando la muerte a sus blancos. Los informes de los desastres comenzaron a ser emitidos.

Diecisiete personas dañadas por el desplome de bloques de piedra; cráteres de veinte pies en el centro de la ciudad; daños por valor de miles de dólares, libras y rublos. No pasó mucho antes de que se distribuyeran mensajes urgentes a bombarderos y submarinos. Lo primero que querían saber las autoridades era por qué no habían explotado los misiles enviados contra el enemigo y por qué habían fallado a su vez los que el enemigo había lanzado contra ellos.

También querían saber quién o qué había obligado al personal de las bases de ambas partes a ver y hacer cosas que no querían. Y por qué el examen llevado a cabo en los misiles inútiles revelaba restos fundidos y aplastados de trenes y pistolas de juguete y si este suceso podía tener alguna relación con los robos perpetrados en los grandes almacenes de lugares tan separados como Salt Lake City, Irkutsk, Londonderry y Tokio. Al principio, ambas partes se avinieron con cautela a comprobar notas, llenos de gran curiosidad por saber qué había provocado todo aquello, ya que tenían en común una cosa. Más tarde, por supuesto, descubrieron más cosas...

La Navidad de aquel año arribó con el comienzo de una paz duradera, aunque los seis miembros de una joven y hábil pandilla no supieron apreciarlo. Los juguetes que habían puesto en las proas de los cohetes en substitución del material chisporroteante que había en ellas —y que había sido arrojado al océano, ya que los adultos no lo querían— no habían alcanzado su objetivo. Se habrían apenado en caso de que hubieran hecho algo muy malo. Pero no podía ser así, sin embargo, ya que Santa Claus llegó como se decía que llegaba, en trineo y con un reno.

Pero en ese momento dormían todos y no pudieron verlo.

EL NUEVO PADRE NAVIDEÑO

de Brian W. Aldiss

The new father christmas

La Tierra se mecaniza más y más. ¿Qué ocurriría si las máquinas se hicieran cargo de todo y los seres humanos quedarán amenazados con la extinción? Quizá las máquinas adoptaran nuestras tradiciones, como la de Navidad, y las dotaran de un cariz amedrentador.

Brian Aldiss ha escrito muchas novelas y relatos de ciencia-ficción; es también muy conocido como antólogo e historiador de la ciencia-ficción, autor de *Billion year spree*.

Roberta, la menuda anciana, bajó el reloj del estante y lo puso sobre la hornalla; luego tomó la tetera e intentó darle cuerda. El reloj había llegado casi al punto de ebullición antes de que ella se diera cuenta. Chillando en voz baja, para no despertar al viejo Robin, tomó el reloj con un repasador y lo dejó caer sobre la mesa. Marchaba furiosamente. Lo contempló.

Aunque Roberta daba cuerda al reloj todas las mañanas al levantarse, llevaba meses sin echarle una mirada. Esa mañana, al contemplarlo, vio que eran las 7:30 del día de Navidad, 2388.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Navidad, ya! ¡Si parece que apenas han pasado las Pascuas!

Ni siquiera tenía idea de que fuera el año de 2388. Tanto ella como Robin llevaban mucho tiempo en la fábrica. Se sintió contenta de que fuera Navidad, porque le gustaban las sorpresas... pero también sintió algo de miedo. Porque aquello la llevaba a recordar al Nuevo Papá Noel, y habría preferido no pensar en eso. El Nuevo Papá Noel, según se decía, hacía sus rondas en la mañana de Navidad.

—Debo contárselo a Robin —dijo.

Pero el pobre Robin había estado demasiado susceptible en los últimos tiempos; era de suponer que se pondría de malhumor al encontrarse de pronto con la Navidad encima. De cualquier modo, como Roberta era incapaz de reservarse nada, tendría que bajar a contárselo a los vagabundos.

Tras poner la tetera al fuego, salió de la vivienda para entrar a la fábrica, como un ratón que emergiera de su nido oloroso a pastel de fruta. Roberta y Robin vivían en lo alto de la fábrica, y los vagabundos habían fijado su domicilio ilegal en la parte más baja. Roberta fue bajando en puntas de pies por muchas, muchas escaleras de metal.

La fábrica estaba poblada por ese tipo de sonidos que Robin llamaba «el ruido silencioso». Era constante, día y noche, y hacía tiempo que los dos humanos habían dejado de escucharlo. Cuando los dos fueran ya incapaces de oír nada, el ruido proseguiría. Esa mañana, las máquinas estaban más atareadas que nunca, y no tenían el menor aspecto navideño. Roberta reparó especialmente en dos máquinas por las que sentía un odio especial: una se movía como un telar, empacando un alambre increíblemente fino en cajas increíblemente pequeñas; la otra se revolcaba como si luchara contra algún enemigo invisible, aparentemente sin producir nada.

La anciana pasó con cautela junto a ellas y bajó al sótano. Al llegar frente a una puerta gris, llamó con los nudillos. De inmediato pudo oír que los vagabundos se echaban contra la puerta, del lado interior, gritándose ásperamente.

Roberta, incapaz de alzar la voz, esperó que hicieran silencio, y entonces dijo, tan claramente como pudo:

—Soy yo, muchachos.

Tras una pausa muda, la puerta se abrió unos milímetros. En seguida se abrió por completo. Tres siluetas ojerosas se presentaron ante ella, con expresiones de angustia: Jerry, el ex-escritor, y Tony y Dusty, quienes nunca habían sido ni serían más que

vagabundos. Jerry, el más joven, tenía cuarenta años; le quedaba, por lo tanto, media vida para dormitar por ahí. Tony tenía cincuenta y cinco, y Dusty sufría de erupciones.

—¡Creímos que era la Barredora Infernal! —exclamó Tony.

Cada mañana, la Barredora Infernal barría toda la fábrica. Cada mañana, los vagabundos se veían obligados a parapetarse en la habitación, para que la barredora no los arrojara con todas sus pertenencias por los vertederos de basura.

—Entre, por favor —dijo Jerry—. Perdone el desorden.

Roberta entró; fatigada por su larga caminata, se sentó en un cajón de embalaje. El cuarto de los vagabundos la ponía nerviosa; sospechaba que a veces llevaban mujeres allí; además, había calzoncillos colgados en un rincón.

—Tengo algo que decirles, a los tres —empezó.

Todos esperaron, corteses aunque intrigados. Jerry se limpiaba las uñas con una chincheta.

—Acabo de olvidar qué era —confesó la anciana.

Los vagabundos suspiraron ruidosamente, con alivio. Tenían miedo de todo lo que amenazara perturbar su tranquilidad. Tony se sintió comunicativo.

—Hoy es Navidad —dijo, echando a su alrededor una mirada furtiva.

—¿De veras? —exclamó Roberta—. ¡Pero si recién han pasado las Pascuas!

—Permítanos —dijo Jerry— desearle una Navidad segura y un Año Nuevo libre de persecuciones.

Esa muestra de cortesía hizo rebrotar los temores latentes de Roberta.

—Vosotros... no creéis en el Nuevo Papá Noel, ¿verdad? —les preguntó.

Ninguno respondió, pero la cara de Dusty tomó el color de la cáscara de limón; ella comprendió que sí, que creían en él. También ella.

—Será mejor que vengáis al departamento para celebrar este día feliz —dijo—. Después de todo, la unión hace la fuerza.

—Yo no puedo pasar por la fábrica —dijo Dusty—; las máquinas me hacen brotar la erupción. Es una especie de alergia.

—De cualquier modo, iremos —decidió Jerry—. Nunca se debe desperdiciar una invitación.

Los cuatro treparon las escaleras como pesados ratones, y atravesaron la fábrica en constante expansión. Las máquinas fungieron ignorarlos.

En el departamento los esperaba un verdadero pandemónium. La tetera estaba hirviendo, y Robin gritaba pidiendo auxilio. Aunque oficialmente estaba condenado a guardar cama, podía levantarse en momentos críticos; ahora estaba de pie junto a la puerta del cuarto, y Roberta tuvo que ir a quitar la tetera del fuego antes de ir a tranquilizarlo.

—¿Y por qué has traído aquí a esa gente? —inquirió, en un violento susurro.

—Porque son nuestros amigos, Robin —contestó Roberta, tratando de llevarlo de nuevo a la cama.

—¡Ésos no son amigos míos! —protestó él.

Se le ocurrió algo terrible para decirle; temblando, luchó con la idea, y finalmente no dijo nada. El esfuerzo lo dejó débil e irritable. Era horrendo estar bajo el dominio de su mujer. Su obligación, como cuidador de la gran fábrica, era cuidar de que no entrara ninguna persona indeseable; pero, tal como estaban las cosas, no podía expulsar a los vagabundos, puesto que su mujer los defendía. La vida era, sin lugar a dudas, algo exasperante.

—Vinimos a desearle una segura Navidad, señor Proctor —dijo Jerry, deslizándose en el dormitorio con sus dos compañeros—. ¡Navidad, y yo con erupciones!

—No es Navidad —gimoteó Robin, mientras Roberta le metía los pies bajo las frazadas—. Lo decís sólo para molestarme.

¡Si pudieran al menos intuir la cólera que rodaba por sus venas como una enfermedad! En ese momento, el conducto de distribución del correo tintineó, y un sobre entró en la habitación, como lanzado por una catapulta. Robin lo tomó de manos de Roberta y lo abrió, tembloroso. Dentro había una tarjeta de Navidad, firmada por el Ministro de Fábricas Automáticas.

—Esto prueba que hay otra gente viva en el Mundo —dijo Robin.

Aquellos tres tontos no eran lo bastante importantes como para recibir tarjetas de Navidad. Su esposa echó una mirada miope sobre la firma del ministro.

—Esto es un sello de goma, Robin —dijo—. No prueba nada.

Eso terminó de ponerlo furioso. ¡Que lo contradijera delante de esa canalla! Además, desde la Navidad pasada las mejillas de Roberta se habían arrugado más, cosa que lo molestaba profundamente. Cuando estaba a punto de desollarla, sus ojos se posaron casualmente en la dirección escrita en el sobre; decía: «Robin Proctor, F. A. X10».

—¡Pero si esta fábrica no es X10! —protestó a viva voz—. Es la SC541.

—A lo mejor hace treinta y cinco años que estamos en una fábrica que no nos corresponde —dijo Roberta—. ¿Qué importancia tiene?

La pregunta era tan absurda que el anciano apartó las cobijas hasta los pies de la cama.

—¡Bueno, ve a averiguar, vieja estúpida! —chilló—. El número de la fábrica está grabado en la salida. Ve a ver qué dice. Si no dice SC541, debemos salir de aquí en seguida. ¡Rápido!

—La acompaño —dijo Jerry a la anciana.

—¡Todos vosotros iréis con ella! —dijo Robin—. No quiero que os quedéis aquí conmigo. ¡Me asesinaríais en esta misma cama!

Sin gran sorpresa (aunque Tony lanzó, al pasar, una mirada triste a la tetera vacía) se encontraron en los preñados estratos de la fábrica, y bajaron hacia la salida. Allí había cintas transportadoras que llevaban los productos terminados hacia los vehículos que esperaban.

—Esto no me gusta mucho —dijo Roberta, intranquila—. Con sólo echar una mirada fuera siento que mi agorafobia se agrava.

De cualquier modo, hizo lo que Robin le había indicado. Sobre la puerta de salida, un cartel rezaba: X10.

—Robin no me creerá cuando se lo diga —se quejó.

—Yo creo que la fábrica cambió de nombre —observó Jerry, tranquilo—. Quizá cambió también de ramo. Después de todo, no hay nadie que verifique; puede hacer lo que quiera. ¿Siempre ha fabricado estos huevos?

En silencio, contemplaron la interminable línea móvil de huevos de acero. Eran pulidos, grandes como huevos de avestruz; salían al exterior, donde varios robots los apilaban dentro de los camiones encargados del transporte.

—Nunca supe de una fábrica que pusiera huevos —rió Dusty, rascándose el hombro—. Será mejor que volvamos antes de que la Barredora Infernal nos atrape.

Subieron lentamente los innumerables escalones.

—Yo creía que aquí se fabricaban televisores —dijo Roberta, en algún momento.

—Si ya no hay hombres —observó Jerry, sombrío—, no hacen falta televisores.

—No recuerdo bien si...

Cuando se lo dijeron a Robin, se descompuso de furia; llegó a caerse de la cama, y amenazó con bajar a ver con sus propios ojos el nombre de la fábrica. Sólo se contuvo porque tenía la secreta teoría de que la fábrica entera no era sino una de las tantas alucinaciones de Roberta.

—Y en lo que respecta a los *huevos*... —barbotó.

Jerry metió la mano en uno de sus rotos bolsillos y sacó uno de los huevos, depositándolo en el piso. En el silencio siguiente, todos pudieron oír que el huevo hacía *tic-tac*...

—Hiciste mal, Jerry —dijo Dusty en tono áspero—. Eso equivale a... interferir— todos miraron a Jerry, más asustados aún porque ignoraban la causa del miedo que sentían.

—Lo traje porque pensé que la fábrica debía hacernos un regalo de Navidad —explicó Jerry, soñador, agachándose para mirar el huevo—. Saben... Hace mucho tiempo, antes de que las máquinas declararan prescindibles a los escritores como yo, conocí a un robot-escritor. Lo habían dejado para chatarra, pero me contó un par de cosas. Me dijo que las máquinas, al asumir las obligaciones del hombre, también habían adoptado sus mitos. Por supuesto, adaptaron esos mitos a sus propias creencias. Pero creo que les gustaría la idea de entregar regalos de Navidad.

Dusty hizo rodar a Jerry de un puntapié.

—¡Toma, por tu idea! —le dijo—. ¿Estás loco, muchacho? Las máquinas vendrán aquí a buscar ese huevo. No sé qué podemos hacer.

—Pondré el té para preparar la tetera —dijo Roberta, con mucho tino.

Ese comentario estúpido colmó la paciencia de Robin.

—¡Devolved el huevo, todos vosotros! —chilló—. Eso es robar, y nada más que

robar, y yo no quiero que se me complique en semejante cosa. ¡Y después, vosotros, vagabundos, salid de la fábrica!

Jerry, que se había acomodado a gusto en el suelo, dijo, sin levantar la vista:

—No quisiera asustarlo, señor Proctor, pero el Nuevo Papá Noel vendrá por usted, si no tiene cuidado. Aquel viejo mito navideño fue uno de los que las máquinas adoptaron y modificaron. El Nuevo Papá Noel es todo metal y vidrio; en vez de dejar juguetes nuevos, se lleva a las máquinas y a la gente que ya está vieja.

Roberta, que escuchaba junto a la puerta, quedó tan blanca como una sábana.

—Tal vez es por eso que el Mundo se ha despoblado tanto últimamente —dijo—. Será mejor que vaya a preparar un poco de té.

Robin se las compuso para salir de la cama, aguijoneado por su tremenda irritación. Mientras avanzaba tambaleante hacia Jerry, el huevo se cascó.

Se partió limpiamente en dos mitades, dejando al descubierto una pequeña maquinaria. Cuatro diminutos maniqués saltaron fuera y entraron en acción. En un segundo, mediante pequeñísimos soldadores, habían convertido la cáscara en una doble cúpula; del interior surgía un ruido de martillos.

—¡Van a construir otra fábrica aquí mismo, esos desfachatados! —exclamó Roberta.

Intentó aplastar las cúpulas con la tetera, pero ni siquiera logró mellarlas. De inmediato, un leve tintineo invadió la habitación.

—¡Cielos! —exclamó Jerry—. ¡Están telegrafianto para pedir ayuda! ¡Debemos salir en seguida de aquí!

Salieron con Robin, que temblaba de cólera.

Y el Nuevo Papá Noel los atrapó a todos en la escalera.

LA BEFANA

de Gene Wolfe

La Befana

La Navidad celebra el nacimiento de Jesús, que trajo la salvación para todos los hombres. ¿Nos atreveríamos a suponer que esa salvación concierne sólo a la raza humana? ¿Y si el verdadero sentido de la Navidad llega algún día a otro planeta...?

Gene Wolf, ganador del premio Nebula por su relato *La muerte del Dr. Isla*, es uno de los escritores de ciencia-ficción más admirados del presente. Como demuestra el siguiente cuento, puede decir mucho con pocas palabras.

Cuando Zozz, al salir del pozo, hubo dejado limpio su pellejo, ululó ante la puerta de John Bananas. Teresa, esposa de John, abrió y le dejó entrar. Era una mujer delgada de unos treinta o treinta y cinco años y su pelo alternaba el gris con el negro. No sonrió pero él sintió de algún modo que ella se alegraba de verlo.

—No ha venido todavía —dijo ella—. Si quieres pasar, encenderemos el fuego.

—Lo esperaré —dijo Zozz, y caminó sobre sus seis pies por el recibidor hasta alcanzar la piedra que Bananas le había preparado cuando se hicieron amigos.

María y Mark estaban jugando con chapas de botellas en un pedazo de suelo cuadriculado.

—Hola, señor Zozz —dijeron y Zozz respondió al saludo.

La anciana madre de Bananas, a la que Zozz había sobresaltado el día anterior, lo miró con ojos taladradores y volvió a la otra habitación. Pudo oír el alivio de Teresa y su respiración silbante.

—Creo que piensa que lo hice a propósito —dijo.

—No está acostumbrada a ti todavía.

—Lo sé —dijo Zozz.

—Le dije: Mamá Bananas, es su Mundo y son ellos los que no están acostumbrados a ti.

—Claro —dijo Zozz.

Una ráfaga de viento trajo el frío de fuera, que vino a substituir el olor de conejera del otro lado de la pared izquierda.

—Y a ti te digo que es difícil convivir con la madre del marido en un lugar tan pequeño como éste.

—Claro —repitió Zozz.

María anunció:

—¡Viene papá!

Se abrió la puerta y entró Bananas con aspecto de cansancio. Bananas trabajaba en el matadero y aunque sus mejillas estaban azuladas de frío, tenía las perneras del pantalón rojas de sangre. Besó a Teresa y acarició la cabeza de los niños.

—Hola, Zozzy —dijo.

—Hola —dijo Zozz—. ¿Qué tal va todo? —y se apartó para que Bananas pudiera calentarse la espalda.

Alguien gruñó y Bananas preguntó un tanto inquieto:

—¿Qué ocurre?

—La puerta de al lado —dijo Teresa.

—¿Qué?

—Los de al lado. Una mujer.

—Ah, creí que era mi madre.

—Ella está bien.

—¿Dónde está?

—En la habitación del fondo.

Bananas frunció el entrecejo.

—No hay fuego allí. Se va a congelar.

—Pues no voy a decirle que se quede aquí. Que se arrope con una manta.

Dijo Zozz:

—Es por culpa mía. Le molesto —y se levantó.

—Siéntate —dijo Bananas.

—Me voy. Sólo entré para saludarles.

—Siéntate —Bananas dijo a su mujer—: Cariño, no tenías que haberla dejado allí sola. ¿Quieres ir a ver si la haces venir?

—Johnny...

—Teresa, haz lo que te digo.

—De acuerdo, Johnny.

Bananas se quitó el abrigo y se sentó ante el fuego. María y Mark habían vuelto a su juego.

Con voz tan baja que apenas llamaba la atención, dijo Bananas:

—¿Qué te parece?

—Creo que tu madre la pone nerviosa —dijo Zozz.

—Claro —dijo Bananas.

—No es un Mundo cómodo, ¿verdad?

—¿Para los bípedos? No, no lo es, pero tú no sabes de qué manera me muevo.

—Eso está bien —dijo Zozz—. Quiero decir que aquí al menos hay trabajo.

—Es cierto.

María dijo inesperadamente.

—Aquí tenemos suficiente para comer y yo y Mark tenemos leña para el fuego. Donde estábamos antes no había nada para comer.

—¿Te acuerdas? —dijo Bananas.

—Un poco.

—La gente es pobre aquí —dijo Zozz.

Bananas se estaba quitando los zapatos, despegándoles el barro de la calle y arrojándolo al fuego.

—Si te refieres a nosotros —dijo—, somos igual de pobres en todas partes —movió la cabeza en dirección a la habitación del fondo—. Tendrías que oírla hablar de nuestro Mundo.

—¿A tu madre?

Bananas asintió.

—Tendrías que oír lo que tiene que decir.

—Papá —dijo María—, ¿cómo vino aquí la abuela?

—Igual que nosotros.

—¿Dices —dijo Mark— que firmó un papel?

—¿Un contrato laboral? No, es demasiado vieja. Compró un billete... ya sabes,

igual que se compra un artículo en un almacén.

—¿Por qué vino, papá? —dijo María.

—Calla y juega. No nos molestes.

—¿Qué tal van las cosas en el trabajo? —dijo Zozz.

—Así así —Bananas miró hacia la habitación del fondo—. Ella trajo algún dinero, pero es cosa suya. Nunca le he pedido nada.

—Claro.

—Dice que se gastó hasta el último dólar en venir: ya sabes, no se utilizan los dólares en la Tierra desde hace cincuenta o sesenta años, pero ella sigue diciéndolo. ¿Qué te parece? —se echó a reír y Zozz rió a su vez—. Le pregunté hace poco que cómo iba a volver, pero me dijo que no pensaba volver. Quiere quedarse y morir junto a nosotros. ¿Qué iba a responderle?

—No lo sé —Zozz esperó a que Bananas dijese alguna cosa y cuando vio que no lo hacía, agregó—: Es decir, ella es tu madre al fin y al cabo.

—Sí.

A través de la delgada pared podían oír las quejas de la mujer enferma, así como los movimientos de alguien que le hacía compañía.

—Creo que hacía mucho que no la veías —dijo Zozz.

—Sí... veintidós años newtonianos. Oye, Zozzy...

—Sí.

—¿Sabes una cosa? Desearía no haberla vuelto a ver —dijo Bananas.

Zozz no dijo nada mientras se frotaba las manos.

—No suena muy bien, creo.

—Sé lo que quieres decir.

—Con lo que le costó el billete podía haber vivido bien durante el resto de su vida —dijo Bananas y calló un instante—. Cuando yo era pequeño, ¿sabes?, ella era una mujer grande, gorda. Una mujer enorme con voz poderosa. Y mírala ahora: seca y encorvada. Es como si ya no fuera mi madre. ¿Sabes que es lo que ha permanecido inalterable en ella? Su ropa negra. Es lo único que sé reconocer, lo único que no ha cambiado en ella. Incluso puede ser una extraña... a veces cuenta cosas de mí que yo ya ni recuerdo.

—Hoy nos contó un cuento —dijo María.

—Antes de venir tú —dijo Mark—. De una bruja...

—... que trae regalos a los niños —añadió María—. Se llama La Befana^[1], la Bruja de Navidad.

Zozz apartó los labios, dejó ver sus caninos dobles y sacudió la cabeza.

—Me gustan las historias —dijo.

—Ella dice que ya es casi Navidad y que en Navidad había tres reyes magos que buscaban al Niño y se detuvieron en la puerta de la bruja y le preguntaron el camino, ella se lo dijo y ellos repusieron: Ven con nosotros...

Se abrió la puerta de la estancia y entraron Teresa y la madre de Bananas. La

madre de Bananas llevaba un puchero de té. Evitó a Zozz al ir a colgarlo en un gancho y luego se acercó al fuego.

—Y como estaba barriendo no quiso ir —prosiguió María.

Mark añadió:

—Dijo que iría cuando terminase. Era una mujer muy vieja y muy fea. Mira, ahora verás cómo caminaba —se puso en pie y comenzó a renquear por la habitación.

Bananas miró a su mujer y señaló la pared.

—¿Qué pasa ahí?

—Es una mujer. Ya te lo dije.

—¿Ahí?

—Los de la beneficencia... dijeron que podía quedarse ahí. No podía permanecer en el local porque todas las salas estaban llenas de hombres.

—Así —decía María—, cuando lo hubo hecho todo, fue a buscar al Niño, pero no pudo encontrarlo ni lo encontró nunca.

—¿Está enferma?

—Está embarazada, Johnny. No te preocupes por ella. Creo que está con un tipo.

—¿Sabe usted algo del Niño Jesús, señor Zozz? —preguntó Mark.

Zozz buscó las palabras.

—Johnny, hijo mío...

—Sí, mamá.

—Tu amigo... ¿No son creyentes aquí, Johnny?

Teresa dijo un despropósito:

—Los de al lado son judíos.

—¿Sabes? —dijo Zozz a Mark—, el Niño Jesús no ha venido nunca a mi Mundo.

Y dijo María:

—Y así, ella va por todas partes buscándolo con las manos llenas de regalos, y deja algunos cada vez que encuentra un niño, pero dice que no lo hace porque crea que puede tratarse del Niño, como algunas personas piensan, sino sólo de un sustituto. No puede morir nunca. Tiene que hacerlo siempre, ¿no es así, abuela?

Y dijo la anciana encorvada:

—No siempre, niña. Sólo hasta mañana por la noche.

ÍNDICE

Introducción, *Terry Carr*

La estrella, *Arthur C. Clarke*

Navidad en Ganimedes, *Isaac Asimov*

Feliz cumpleaños, querido Jesús, *Frederik Pohl*

El planeta Santa Claus, *Frank M. Robinson*

El árbol de Navidad, *John Christopher*

El regalo de Navidad, *Gordon R. Dickson*

Traición navideña, *James White*

El nuevo padre navideño, *Brian W. Aldiss*

La befana, *Gene Wolfe*

Notas

[1] *Befana*, corrupción al parecer de *Epifanía*, personifica en Italia lo que en España los Reyes Magos y en los países nórdicos San Nicolás o Santa Claus. *Befana* en italiano es «bruja» y también, en inglés, «regalo de reyes». <<